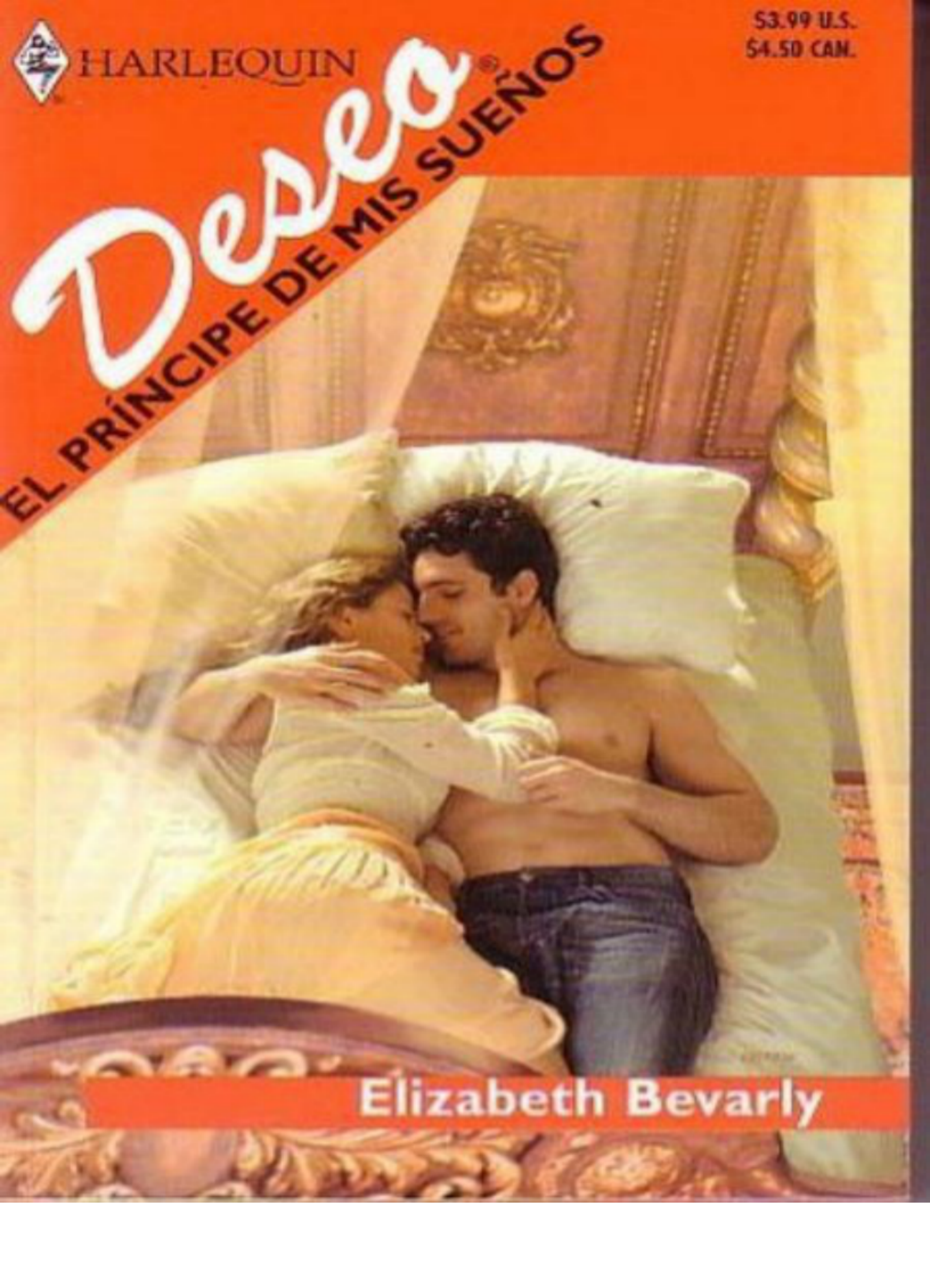

HARLEQUIN
$3.99 U.S.
$4.50 CAN.
Deseo
EL PRÍNCIPE DE MIS SUEÑOS
Elizabeth Bevarly

El Príncipe de mis Sueños

Elizabeth Bevarly

Nº 8 Corona y gloria

Título de la novela: El Príncipe de mis Sueños (2003)
Título Original: Taming the Prince
Serie: multiautor Corona y gloria 8
Editorial: Harlequin Ibérica. S.A
Sello / Colección: Deseo Nº 1220
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Shane Cordello y Sara Wallington

Argumento:

¿Era él su príncipe?

Sara Wallington no tenía claro que quisiera ser la acompañante del posible heredero al trono de su país. Resultaba que Shane Cordello, probable príncipe de Penwick, no era el tipo regio y sereno que ella había esperado, sino que era alguien demasiado alto, demasiado guapo, demasiado...

Shane también estaba confundido por lo que sentía cuando estaba con Sara, y la cosa se complicó aún más cuando se vieron inmersos en una difícil situación de la que debían salir con la ayuda del otro. Pronto Shane se encontró luchando por un país que ni siquiera estaba seguro de sentir como suyo. Cosa que no le ocurría con la mujer que tenía a su lado...

Serie multiautor: Corona y gloria

Cuando una familia real rueda fuera de la alfombra roja por amor, poder y engaño, ¿desean que sus vidas cambien para siempre?

1
The princess is pregnant! *— Laurie Paige*
Sin traducir
Protagonistas: Jean Paul y Megan

2
The princess and the Duke *— Allison Leigh*
Sin traducir
Protagonistas: Duke y Meredith

3
Royal protocol *— Christine Flynn*
Sin traducir
Protagonistas: Harrison y Gwendolyn

4
Her royal husband *— Cara Colter*
Amores imposibles *(Julia 1348)*
Protagonistas: Ben y Jordan

5
The princess has amnesia! *— Patricia Thayer*
Besos inolvidables *(Julia 1355)*
Protagonistas: Jake y Anastasia

6
Searching for her prince *— Karen Rose Smith*
Buscando a su príncipe *(Julia 1361)*
Protagonistas: Marcus y Amira

7
The royal treatment *— Maureen Child*
Un momento especial *(Deseo 1212)*

Protagonistas: J.T. y Jade

8
Taming the prince *— Elizabeth Bevarly*
El príncipe de mis sueños *(Deseo 1220)*
Protagonistas: Shane y Sara

9
Royally pregnant *— Barbara McCauley*
Un peligroso secreto *(Deseo 1278)*
Protagonistas: Dylan y Emily

Capítulo 1

Shane Cordello no necesitaba demasiado para ser feliz. Se conformaba con un cielo sin nubes, la brisa del sur de California agitando su pelo, el aroma a hamburguesas y cebolla en la parrilla y el rítmico e incesante golpeteo de un martillo neumático mientras pulverizaba el pavimento cercano.

Sí, la vida no podía ser mucho mejor.

Lo que significaba que aquel era un día ideal para Shane. Después de fichar en la obra en la que trabajaba como capataz, se encaminó al remolque de comida a tomar una hamburguesa. Mientras caminaba se quitó el casco y pasó una mano por su pelo castaño, humedecido por el sudor.

Al aflojar la corbata que estaba obligado a llevar como capataz notó que el frente de su camisa vaquera también estaba mojado de sudor, al igual que las rodilleras de sus gastados vaqueros, aunque aquello no era debido al sudor, sino al hecho de que había tenido que arrodillarse en el barro para recuperar la pluma Waterman de oro que su madre le había comprado a principios de año como regalo por su veintitrés cumpleaños. Cuando por fin la había encontrado la había guardado en el cajón de su escritorio, y allí pensaba dejarla. No se consideraba la clase de hombre que andaba por ahí con plumas de oro; a él le iba más un bolígrafo Bic.

No merecía la pena apegarse a nada material en la vida, porque antes o después, de un modo u otro, uno se quedaba sin ello. Si no otra cosa, al menos había aprendido aquello durante su estancia en el planeta.

Entrecerró los ojos para protegerse del sol mientras avanzaba hacia el remolque. El otoño en Los Ángeles no era tan frío como en otras partes del país, pero no había duda que el aire era más fresco que durante los meses de verano. Durante aquellos días siempre llevaba su traje de neopreno cuando hacia surf, porque la temperatura del agua había descendido bastante.

Aparte de eso, pocas cosas habían cambiado en su vida durante los últimos tiempos. Y tampoco anticipaba ningún cambio cercano.

Y, por supuesto, así era como le gustaban las cosas.

Amy Collins, encargada del remolque de la comida, sonrió al ver que Shane se acercaba y se puso a prepararle una hamburguesa bien cargada de cebolla.

Todo el mundo en la obra sabía que Amy no había dejado de intentar atraer la atención de Shane desde el primer día. Y lo cierto era que él no se había mostrado totalmente inmune a sus encantos. Amy era bonita, morena, charlatana y tenía todas las curvas

necesarias, todo lo cual satisfacía los gustos de Shane. Pero también había algo en ella que le decía que buscaba una relación duradera, y aquello era algo que él no quería, sobre todo porque sabía que lo «duradero» no existía… al menos en su pequeño rincón del mundo. De manera que se mantenía alejado de Amy, pues sabía que, algún día, ella encontraría su príncipe azul.

—Hola, Amy —saludó mientras se detenía ante el mostrador y buscaba unas monedas en el bolsillo.

—Hola, Shane —replicó ella con una especie de ronroneo cantarín.

Shane sonrió en respuesta, no porque le gustaran los ronroneos, que en realidad encontraba bastante desalentadores, sino porque siempre respondía a las mujeres con una sonrisa. A Shane le gustaban las mujeres. Todas las mujeres. Mucho. Y él también gustaba a las mujeres. A todas las mujeres. Mucho. De manera que era natural que sonriera cuando veía una. Aunque ronroneara.

—¿Cómo te va? —preguntó. La pregunta era mecánica o, como mucho, hipotética. En realidad, Shane no esperaba una respuesta.

Pero Amy se la dio de todos modos.

—Lo cierto es que podría irme mejor —dijo, y sonrió—. Esta semana ha sido bastante solitaria y aburrida. Pero este fin de semana estrenan la última película de Schwarzenegger —añadió, pues había oído que Shane era un gran admirador del actor y de sus películas de acción—. ¿Quieres que vayamos juntos el viernes?

—El viernes no puedo, Amy, pero gracias de todos modos.

—¿Y el sábado?

Shane negó con la cabeza.

—Este fin de semana no puedo. Tengo cosas que hacer.

Amy suspiró casi con impaciencia y su sonrisa decayó un poco.

—Cosas que hacer —repitió—. Si no tienes un poco de cuidado podrías conseguir que cualquier chica se acomplejara, Shane.

—Oh, eso es lo último que querría —dijo él sinceramente—. Pero es cierto que voy a estar ocupado este fin de semana, Amy. Eso es todo —Shane decidió que no había motivo para explicarle que iba a estar ocupado haciendo nada.

—Sí, claro —Amy puntuó sus palabras con un bufido—. Seguro que la reina de Inglaterra te ha llamado para invitarte a tomar el té.

Shane sonrió y estaba a punto de darle una respuesta adecuada cuando oyó que alguien gritaba su nombre. Al volverse vio a Daniel Mendoza, el contratista de la empresa, y también su jefe, ante la puerta del remolque en el que estaban las oficinas. Sostenía su mano con el pulgar y el índice extendidos junto al oído, en un gesto internacional con el que pretendía indicarle que tenía una llamada.

¿Quién lo habría llamado al trabajo?, se preguntó Shane con

ansiedad. La mayoría de sus amigos eran compañeros de trabajo en la obra, y a los que no lo eran no se les ocurriría molestarlo durante las horas de trabajo. Su madre estaba de luna de miel con su quinto marido en Tahití, de manera que no había duda de que tendría otras cosas en la cabeza en aquellos momentos.

Y su hermano Marcus vivía en Chicago y tenía demasiado que hacer en su vida de adicto al trabajo como para llamarlo más de una o dos veces al mes, y Shane acababa de hablar con él hacía una semana. Marcus y él tenían una relación sólida que trascendía la necesidad de una comunicación constante. Y no había sido fácil llegar a aquel grado de comunicación, sobre todo teniendo en cuenta que habían sido separados a causa del divorcio de sus padres cuando tenían nueve años. Shane fue a vivir con su madre y Marcus con su padre, pero pasaron juntos un mes todos los veranos mientras crecían y, a pesar de lo limitado del tiempo que compartieron, lograron establecer un lazo de unión que algunos gemelos ni siquiera llegaban a alcanzar viviendo siempre juntos.

Hacía tiempo que Shane había perdido el contacto con su padre, así que dudaba mucho que fuera este el que hubiera llamado. De manera que si sus amigos estaban en la obra y sus familiares estaban a cientos de kilómetros de allí y con otras cosas en la cabeza... ¡debía de tratarse de una emergencia!

Sin tomar la hamburguesa que Amy había dejado para él en el mostrador, Shane corrió hacia el remolque en el que aguardaba su jefe.

—¿Qué sucede, señor Mendoza? —preguntó sin aliento mientras subía las escaleras metálicas de dos en dos.

Su jefe frunció el ceño.

—Os he repetido cien veces a todos que está prohibido hacer o recibir llamadas personales en la obra.

Shane se relajó al oír aquello. Si el señor Mendoza estaba tan enfadado, no debía de tratarse de una emergencia.

—Lo siento —se disculpó, aunque él tenía muy poco control sobre quien pudiera descolgar el teléfono y marcar aquel número—. ¿Quién es?

—Una mujer —replicó su jefe con evidente desagrado.

La preocupación de Shane dio paso a la confusión.

—¿Una mujer? —repitió—. Nunca he dado este número a una mujer —de hecho, no se lo había dado a nadie excepto a Marcus, y con estrictas instrucciones de que solo lo utilizara en caso de emergencia—. ¿Qué mujer? ¿Qué quiere?

—¿Cómo diablos voy a saber yo qué mujer? —Espetó Mendoza—. Ha dicho que es «personal» —añadió, casi con repugnancia. Era obvio

que los asuntos personales le desagradaban aún más que las mujeres —. Y parece una mujer lo suficientemente mayor como para ser tu madre. Francamente, Cordello, no quiero entrar en eso. Es demasiado...

—puntuó su afirmación con un estremecimiento exagerado de todo su cuerpo.

Nuevamente preocupado, Shane tomó el auricular.

—¿Mamá? —dijo sin preámbulos—. ¿Qué pasa? ¿Sucede algo malo?

Tras unos segundos de silencio, la voz de una mujer mayor sonó del otro lado de la línea.

—¿Señor Cordello?

Aunque solo había pronunciado dos palabras, Shane detectó en la voz de la mujer un acento vagamente británico, algo que no lo ayudó a discernir su identidad. El no conocía a nadie en Gran Bretaña. Solo había reconocido el acento porque era un ferviente seguidor de la serie Benny Hill.

—Shane Cordello al aparato. ¿Quién es? ¿Qué ha pasado?

Tras otro breve silencio, la mujer dijo:

—Espere un momento, por favor, señor Cordello. Se va a poner su majestad la reina Marissa de Penwyck.

—¿Quién? —repitió él, convencido de no haber entendido bien.

—Su majestad la reina Marissa de Penwyck —repitió la mujer—. Espere un momento.

Shane estuvo a punto de colgar por una mera cuestión de principios. ¿Quién se creía que era aquella mujer para llamarlo al trabajo, nada menos, y para decirle que esperara? ¿Y de qué diablos iba aquello? ¿Por qué no le había preguntado también si tenía guardado al príncipe Albert en una lata?

Lo único que le impidió colgar de inmediato fue que su curiosidad era más potente que su orgullo. No había creído ni por un momento que la reina Penwyck fuera a ponerse al teléfono, pero si se trataba de una broma, no había duda de que era bastante sofisticada.

Tras un momento de ruidos estáticos en la línea como si la llamada fuera realmente de larga distancia, oyó un clic que indicaba que alguien se había puesto al otro lado de la línea. Un momento después sonaba la voz de otra mujer que también habría podido ser su madre.

—Señor Cordello? —preguntó, con un acento que a Shane también le sonó británico.

—Sí, soy Shane Cordello —replicó con menos cortesía que antes—. ¿Quién diablos es usted? Y no se moleste en decirme que es la maldita reina de Penwyck, porque no me lo creo.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea seguido de una

breve risita.

—No tengo intención de decirle tal cosa, señor Cordello.

—Bien.

—Porque no soy la... «maldita» reina de Penwyck.

—Lo sabía.

—Soy la reina de Penwyck a secas.

Shane miró a lo alto, exasperado.

—Vamos, señora. ¿Por quién me ha tomado? Por si no lo sabe, no nací ayer.

—Eso ya lo se —dijo la mujer tras otro breve silencio—. Nació hace veintitrés años. El catorce de abril, si no me equivoco.

Shane apartó lentamente el auricular de su oreja y lo miró como si haciéndolo pudiera obtener más información sobre la mujer que estaba al otro lado de la línea. Al ver que su jefe lo miraba como si se hubiera vuelto loco, lo acercó de nuevo a su oreja.

—Sí —contestó—. Esa es la fecha de mi cumpleaños, pero cualquiera puede averiguarla. Sigo sin saber quién es usted y qué quiere.

La mujer suspiró.

—Veo que esto va a ser un poco más difícil de lo que pensaba. Comprendo que se muestre escéptico, señor Cordello, pero le aseguro que soy la reina Marissa de Penwyck, y es importante que hable con usted sobre un asunto urgente...

—Sí, claro —interrumpió Shane—. Si usted es la reina de Penwyck, yo soy el príncipe de la oscuridad. Cuénteme otro cuento.

—Lo que acaba de decir no se aleja mucho de la verdad, señor Cordello —dijo la mujer.

Shane abrió la boca para protestar, pero lo único que surgió fue:

—Eh?

—He dicho que no está lejos de la verdad —repitió la mujer—, aunque no puede decirse que sea precisamente el príncipe de la oscuridad.

Una vez más, Shane trató de encontrar un comentario adecuado y, una vez más, solo fue capaz de repetir:

—Tal vez, lo mejor sería que antes hablara con su hermano Marcus.

—¿Marcus? —repitió Shane, cada vez más confundido.

Pero en lugar de oír la voz de la mujer, oyó la de su hermano.

—Hola, Shane. Soy Marcus.

La confusión que se había instalado en la mente de Shane durante los pasados minutos dio paso a la perplejidad más absoluta.

—¿Marcus? ¿Dónde estás? ¿Quién es esa mujer? ¿Qué diablos está

pasando?

—Contestaré por orden —dijo Marcus—. En primer lugar estoy en Penwyck. Has oído hablar de Penwyck, ¿verdad, Shane? Es una pequeña nación en la isla cercana a Irlanda y a Gran Bretaña. Últimamente ha salido mucho en la televisión porque piensa aliarse militarmente con Estados Unidos. ¿Estás al tanto?

—Uh...

—Creo que nuestra madre vino aquí de luna de miel con su marido número tres, si la memoria no me engaña —continuó Marcus—. Es un lugar precioso. Gente amable. Y me refiero a gente realmente amable. La comida podía ser un poco más fuerte, aunque no me estoy quejando.

Shane sabía que su hermano no era un hombre con el que se pudiera andar jugando. Marcus Cordello no se había hecho millonario a los diecinueve años a base de hacer llamadas de teléfono, y no mantenía su imperio multimillonario a base de preguntar a la gente si tenían al príncipe Albert en una lata. Si él decía que estaba en Penwyck, así era. Y si estaba en Penwyck, eso significaba que la mujer que se había llamado a sí misma «reina de Penwyck» podía muy bien serlo...

Oh, oh.

—Estás en Penwyck? —preguntó Shane, abatido.

—Estoy en Penwyck —confirmó Marcus.

—El Penwyck de la reina Marissa?

—De manera que sí has visto las noticias —dijo Marcus, que, claramente, estaba reprimiendo la risa.

—Eh, ¿Marcus?

—Sí, Shane?

—¿Era de verdad la reina de Penwyck la mujer con la que he hablado hace un minuto?

—Desde luego que sí.

—¿La mujer a la que he respondido de esa manera era realmente una reina?

—Me temo que sí.

—Así que estás junto a la reina de Penwyck?

—Así es.

—Esta muy... ¿enfadada?

Se produjo un silencio, como si Marcus estuviera tratando de averiguar el humor de la mujer que se encontraba junto a él.

—No —dijo finalmente.

Shane suspiró, aliviado.

—Creo que se conformará con cortarte la mano cuando vengas

aquí —añadió Marcus.

—¿Qué?

Sorprendentemente, no fue la parte de «cortarle la mano» lo que más afectó a Shane. Lo que lo puso en alerta fue la parte de «cuando vengas aquí».

¿Pero por qué lo sorprendía aquello?, se preguntó. Marcus empezaba a hacer una costumbre soltarle una bomba de aquellas cada vez que llamaba. La última vez que habían hablado le había dicho que existía la posibilidad de que ambos hubieran sido adoptados siendo niños, aunque Shane no lo había creído, por supuesto. Y ahora Marcus estaba en Penwyck, visitando a la reina. ¿Con qué le saldría a continuación? Shane no quería saberlo.

—Lo cierto es que su majestad es una mujer muy agradable —continuó Marcus—, de manera que puede que se conforme solo con uno o dos dedos.

Shane cerró los ojos, alzó una mano y presionó el puente de su nariz en un esfuerzo por frenar el dolor de cabeza que empezaba a sentir.

—Marcus, ¿se puede saber de qué estás hablando?

Marcus dejó escapar un largo suspiro desde el otro lado de la línea.

—Estoy hablando de algo que probablemente no vas a creer. ¿Estás sentado?

Shane se dejó caer en el sillón de su jefe sin pedir permiso y, por algún motivo, le dio lo mismo que lo mirara como si aquel fuera su último día en la Tierra, o, al menos, su último día de trabajo en Wellman Towers.

—Estoy sentado —dijo—. Ahora, cuéntame qué está pasando.

—Hace mucho tiempo —empezó Marcus—, en un reino muy lejano, vivían un rey y una reina que recibieron la bendición de unos hijos gemelos…

Sara Wallington tiró ligeramente de la manga de su jersey de cachemir rosa, miró por sexta vez la hora en su reloj de oro y suspiró de impaciencia. El tiempo pasaba muy despacio cuando uno tenía problemas. Porque no podía haber nada divertido en la perspectiva de tener que actuar de niñera durante las siguientes veinticuatro horas; una niñera para el potencial heredero de un trono, pero una niñera de todos modos. Sin embargo, el heredero no aparecía por ningún lugar y se suponía que tenían que salir de Los Ángeles a las once en punto. En aquellos momentos eran casi las diez. Aunque fueran a volar en un avión privado, la hora de salida era muy estricta. Si llegaba tarde iban a tener problemas para mantener el programa. Además, ella odiaba la impuntualidad.

Volvió a suspirar mientras jugueteaba con su collar de perlas y colocaba un mechón de pelo pelirrojo de vuelta en su moño. Luego, echó un vistazo a las hordas de personas que caminaban por el aeropuerto como animales rabiosos y se preguntó cómo iba a encontrar a Shane Cordello entre todas ellas. Por supuesto, había sido la propia reina Marissa la que había metido a Sara en aquel lío. «Un favor», le había dicho Su majestad a la madre de Sara en Penwyck cuando había llamado para averiguar si Sara podía ocuparse de ayudar a Shane en sus viajes. Daba lo mismo que tuviera exámenes finales el mes siguiente y un trabajo que escribir. Acompañaría al señor Cordello a su país porque su reina lo había ordenado. En lo referente a Su majestad, los favores igualaban al deber.

De todos modos, localizar a aquel hombre no iba a ser fácil, ya que solo le habían dado una vaga descripción de él; pelo castaño, ojos azules, un metro ochenta y cinco de altura y setenta y cinco kilos de peso. De manera que había podido deducir que era un hombre bastante grande, aunque, como ya había comprobado en los cuatro años que llevaba allí, aquello no era ningún rasgo especialmente característico en Estados Unidos. Además, se suponía que Shane Cordello era bastante guapo, al menos según su hermano.

No podía decirse que fueran muchas pistas, pensó por enésima vez desde que había recibido la llamada de la reina aquella mañana. Era increíble lo que podían cambiar las cosas en doce horas. Apenas había tenido tiempo de explicar la situación a sus profesores y asegurarles que estaría de vuelta en clase el lunes siguiente.

Armada con sus libros de estudios y con el poco equipaje que necesitaría para un largo fin de semana, Sara aguardaba pacientemente a encontrarse con su destino. O, al menos, con Shane Cordello. También había llevado consigo un cartel blanco con la palabra Cordello escrita en él. Lo alzó con la esperanza de que el señor Cordello no fuera uno de aquellos varones atractivos pero no demasiado brillantes que tanto abundaban en aquella ciudad.

Aunque tampoco podía decirse que Sara hubiera pasado mucho tiempo con ningún hombre, brillante o no, durante sus cuatro de años de estancia en aquel país. Los estudios universitarios limitaban bastante las posibilidades de desarrollar una intensa actividad social, sobre todo si uno se los tomaba en serio.

Miró de nuevo su reloj. Vaya, habían pasado cinco minutos desde la última vez que lo había hecho. Debía de estar divirtiéndose bastante.

—Señorita Wallington?

Sara alzó la mirada hacia el hombre que acababa de hablarle y se dio cuenta de inmediato de que la descripción que le habían dado de él no le hacía justicia. Su pelo era del color del café, y sus ojos de un

intenso azul cobalto que le recordaron a las profundidades más remotas del océano. En cuanto a lo de guapo… ¡guau! El adjetivo no hacía justicia a aquel hombre deslumbrante, extraordinario, espléndido…

Suspiró a pesar de sí misma.

«Magnífico». Aquella palabra sí definía a Shane Cordello. Con sus vaqueros, su camiseta blanca, su cazadora vaquera y sus botas, hizo que todos los sistemas de alerta de Sara se pusieran al rojo vivo. Nunca en su vida había sentido que la boca se le hiciera agua mirando a un hombre. Y mientras él la observaba con los labios curvados en una traviesa sonrisa, no solo la boca se le hizo agua.

Y cuando Sara notó todos aquellos cambios, no solo en su cuerpo, sino también en su psique, y se hizo consciente de que la mera presencia física del señor Cordello la había convertido en un volcán a punto de estallar, el alivio que había sentido inicialmente ante su llegada se evaporó al instante. Aquello solo podía darle problemas.

—Es un placer conocerlo por fin, Señor Cordello —dijo con toda la cortesía que pudo—. La reina Marissa me ha hablado mucho de usted.

La afable y abierta expresión de Shane se tomó de pronto en otra de cautela.

—¿Le ha hablado de mí?

Sara asintió.

—Me dijo que era bastante encantador.

En realidad, lo que le había dicho la reina era que Shane Cordello era un hombre que no aguantaba fácilmente las tonterías, pero ella se enorgullecía de ser una persona generosa.

—¿En serio? —replicó Shane con recelo.

—Desde luego —aseguró Sara, y tuvo que esforzarse por reprimir el cálido estremecimiento que recorría su cuerpo cada vez que escuchaba la rica voz de barítono de aquel hombre. Los acentos norteamericanos eran tan… agradables.

Pero debía poner fin a aquello de inmediato.

—El avión está listo para despegar —dijo, en el tono más eficiente que pudo—. ¿Le parece que subamos ya? La reina Marissa no podía prescindir del jet real, por supuesto, pero ha enviado uno de los jets pequeños. Nuestro vuelo de dieciséis horas a Penwyck será mucho más cómodo así.

Con los cambios de horario, Sara había calculado que llegarían a su destino a las once de la noche del día siguiente. Un nuevo estremecimiento la recorrió al pensar que iba a pasar todas aquellas horas encerradas con aquel hombre en un recinto tan pequeño. Y no podía quitarle la vista de encima porque, si perdía al hombre que podía convertirse en rey del país, si fallaba en una misión tan sencilla

como aquella, jamás lograría ingresar en el Royal Intelligence Institute como pretendía.

Dieciséis horas, volvió a pensar, consciente de la evidente mirada de interés que le estaba dirigiendo Shane Cordello.

Pero durante todo aquel tiempo no iban a estar solos, se recordó con alivio. También habría dos pilotos y un sobrecargo y una azafata. La presencia de la tripulación bastaría para impedirle hacer algo precipitado. Algo como saltar encima del señor Cordello y besarlo en los labios una y otra vez...

Pero más le valía pensar en otra cosa, se reconvino.

Bajó la mirada hacia el equipaje del señor Cordello, que consistía en una sencilla bolsa de lona.

—¿Es eso todo lo que ha traído?

El miró su bolsa y luego a Sara.

—¿Necesitaré algo más? Pensaba que no iba a estar en Penwyck mucho tiempo. El suficiente para aclarar esta ridícula historia.

Durante la llamada de teléfono de aquella mañana, la reina había puesto al tanto a Sara sobre todos los detalles de aquella «ridícula» historia. Pero Su majestad no opinaba que fuera ridícula, ni mucho menos. Al menos todavía. Determinadas evidencias sugerían que, veintitrés años atrás, los hijos recién nacidos de la reina Marissa y el rey Morgan de Penwyck fueron cambiados por otros gemelos.

Al parecer, Broderick, el hermano del rey Morgan, celoso porque este hubiera subido al trono cuando consideraba que la posición le correspondía a él, aseguraba que había hecho secuestrar a los herederos del rey y los había entregado en adopción a una rica familia norteamericana inmediatamente después de su nacimiento. En su lugar puso a otros dos gemelos que nunca llegarían a estar cualificados para dirigir Penwyck porque no eran descendientes de sangre real. Y aquel sería el día en que vería cumplida su venganza. Entretanto, había disfrutado sabiendo que los niños criados por los reyes como suyos no lo eran.

La reina estaba muy preocupada ante la posibilidad de que Broderick estuviera diciendo la verdad, y no descansaría hasta que el misterio quedara resuelto. Tras localizar a los supuestos gemelos reales en Estados Unidos, estaba deseando que se reunieran con ella en Penwyck para que se aclararan de una vez por todas las cosas. Marcus Cordello ya estaba allí. Había sido acompañado por lady Amira Corbin, que había sido enviada en una misión parecida a la de Sara.

—No cree ser uno de los hijos perdidos de Su majestad? —preguntó.

—Diablos, no, claro que no —replicó Shane. Sin embargo, pareció

arrepentirse de inmediato—. Lo siento. Disculpe mi francés.

Sara reprimió una sonrisa.

—Hablo con fluidez varias lenguas, señor Cordello, una de ellas el francés, y no he detectado esa lengua en lo que acababa de decir. Sin embargo, acepto sus disculpas, aunque le aseguro que no tiene por qué sentir que debe mimarme. Le aseguro que estoy hecha de materia más dura de lo que parece.

Shane volvió a sonreír al oír aquello, pero en aquella ocasión fue una sonrisa que indicó a Sara que no la creía en lo más mínimo. Ella pensó que daba lo mismo. Sabía que la mayoría de los hombres la miraban como si fuera una muñeca de porcelana que hubiera que proteger constantemente.

¿Pero qué diría Shane Cordello si supiera que el título universitario que estaba a punto de obtener en Administración Pública incluía asignaturas secundarias sobre armamento? Pero no había motivo para apabullar al pobre hombre. A fin de cuentas, solo iban a estar juntos... ¡dieciséis horas!

—Al parecer hay pruebas de bastante peso que sugieren que los hombres criados como príncipe Dylan y príncipe Carlos fueron intercambiados el día de su nacimiento por usted y su hermano Marcus, los verdaderos herederos del trono de Penwyck.

—Y un carajo —replicó Shane con suavidad—. Por expresarlo claramente.

Sarah rio.

—Gracias por cuidar tanto de mi delicada sensibilidad —al mirar a Shane a los ojos, sintió que algo crepitaba en el aire entre ellos, algo que parecía a punto de estallar.

«Mala señal», pensó mientras sentía que todo su cuerpo se acaloraba absurdamente en lugares en los que no necesitaba ningún calor en aquellos momentos. Durante dieciséis horas iba a estar sentada junto a aquel hombre en un avión diminuto sin que los molestara nadie excepto los pilotos y la azafata, personal especialmente aleccionado para no incomodar a los ocupantes del avión a no ser que estos pulsaran los botones de llamada que había en los brazos de sus cómodos asientos.

Dieciséis horas, volvió a pensar. Sin duda, aquel iba a ser un largo vuelo a Penwyck.

Capítulo Dos

En cuanto despegaron, Shane recordó qué iba a pasar dieciséis horas encerrado en aquella pequeña caja de metal y decidió que debía relajarse. O mejor aún, dormir. Había pasado dos días agotadores y estaba exhausto. Pero algo lo mantenía despierto, aunque no lograba imaginar qué era, de manera que se dedicó a analizar su situación.

Repasó todo lo que le había contado Marcus, relacionándolo con lo que le había dicho en la ocasión anterior. Pero gran parte de ello seguía sin tener ningún sentido para él. Adoptados. Por supuesto, aquello era lo que más lo preocupaba. Según Marcus, fueron adoptados porque su madre no había podido tener hijos. Evidentemente, ni ella ni su padre habían considerado apropiado decírselo. La oportunidad nunca había surgido. Nunca había habido motivo. El momento nunca había parecido adecuado... Había un montón de malas excusas para explicarlo. Pero Marcus le había asegurado que su padre se lo había confirmado. A pesar de todo, Shane había llamado a su madre para que le contara su versión de las cosas, pero no había logrado localizarla y, para cuando había tenido que irse, ella no le había devuelto todavía la llamada.

Adoptados. No parecía posible pero, en el fondo, explicaba muchas cosas. En realidad había creído lo que le había dicho su hermano, pero aún no había tenido tiempo de asimilarlo. Adoptados. Aún no estaba seguro de cómo se sentía al respecto. Por un lado, aquello no cambiaba nada su vida. Por otro, lo cambiaba todo.

Pero incluso aquella era la menor de sus preocupaciones en aquellos momentos. Porque además de haber sido adoptado como recién nacido, existía la posibilidad de que Marcus y él hubieran sido intercambiados en la cuna por otro par de gemelos nacidos prácticamente a la misma hora. La madre de estos, una amiga de la reina que por entonces acababa de enviudar, murió en el parto, y la reina arregló las cosas para que fueran adoptados por una pareja de norteamericanos, Joseph y Francesca Cordello.

Pero, en algún momento, todos los planes se habían torcido. La reina Marissa, que gracias a sus servicios de inteligencia conocía las intenciones de su cuñado Broderick, creyó haber frustrado el plan de este antes de que lo llevara a cabo. Pero, al parecer, recientemente habían surgido motivos para hacerle pensar que no había sido así. Tenía motivos para creer que los niños que había criado como suyos no lo eran y que los gemelos Cordello si podían serlo.

Francamente, aquella situación estaba haciendo que la cabeza de Shane diera vueltas sin parar. Incluso después de haber pasado dos días pensando en ello, aún seguía tratando de comprender algo. Y aquel era otro de los motivos por los que había accedido a ir a

Penwyck; allí le explicarían de una vez por todas qué estaba pasando.

No podía creer que Marcus y él fueran los herederos perdidos. Su instinto se lo decía, y no solía fallarle. La reina Marissa tampoco podía creerlo, y por eso había insistido en que Marcus y él acudieran personalmente a Penwyck a hacerse una prueba de ADN en su presencia, para asegurarse de que los gemelos Cordello no eran de hecho lo gemelos de Penwyck. O viceversa.

O lo que fuese.

El dolor de cabeza de Shane no había dejado de aumentar desde el día anterior, y ya se sentía agotado antes de empezar el viaje. Dieciséis horas, pensó. Y todas ellas metido en aquel avioncito con una acompañante que no parecía dispuesta a hacer nada excepto leer libros gordos y beber té.

Aunque el avión fuera pequeño, no le faltaba ninguna comodidad. El y la remilgada señorita Wallington eran los únicos pasajeros en una cabina para doce pasajeros, y una azafata le había puesto un whisky con agua en la mano en cuanto se había sentado. Obviamente, el servicio iba a ser excelente. Y su compañera de viaje...

Lo cierto era que tampoco podía quejarse en aquel terreno. Cuando Marcus lo había llamado aquella mañana para darle los últimos detalles y le había dicho que la reina iba a enviar a una mujer al aeropuerto para que lo acompañara a Penwyck, Shane no había imaginado ni por un momento lo que lo esperaba.

Sin duda alguna, Sara Wallington era una de las mujeres más bellas que había visto en su vida. Por desgracia, también parecía una de las más refinadas. Con su educado acento, su pelo pelirrojo pálido sujeto en un severo moño y sus ojos color verde mar ocultos tras unas gafas ovaladas que se había puesto nada más sentarse, su porte era tan regio que podría haber sido perfectamente la dueña de aquel avión.

A pesar de todo, Shane estaba seguro de que él no era el único que había sentido las chispas que habían saltado entre ellos durante su encuentro inicial. Era posible que la señorita Wallington fuera remilgada, pero su fría fachada no había logrado ocultar el interés, y algo más, que había despertado en ella. Y Shane no podía esperar a averiguar de qué podía tratarse aquel «algo más».

Reprimió un gemido. Justo lo que necesitaba. Atrapado en un avión con una bella mujer obviamente interesada en él... pero que era precisamente la clase de mujer que debía evitar. Podía haberse tratado de una despreocupada hedonista con tanta experiencia como él, dispuesta a tener una pequeña aventura cuando llegaran a Penwyck... o incluso antes. Pero no. Tenía que ser una delicada y casta especie de hermanita de la caridad vestida de rosa y con unas perlas al cuello.

Desde luego, parecía la clase de mujer que buscaría una relación

duradera, y no precisamente con un hombre como él. Sin duda, la señorita Sara Wallington querría un hombre vestido de tweed, con una excelente pronunciación británica y que se sintiera más cómodo viendo cuadros en una galería de arte con una copa de champán en la mano que cavando en una obra mientras anticipaba la primera cerveza que iba a tomar al terminar el trabajo. Un hombre que quisiera las mismas cosas que ella de la vida: compromiso, hijos, un perrito y una casita de campo con una valla blanca alrededor.

Pero daba igual, pensó Shane filosóficamente. A fin de cuentas, tenía bastantes más cosas en qué pensar que en aquello. Además, la señorita «jersey rosa» estaba demasiado ocupada leyendo su libro, bebiendo su té… e ignorándolo por completo.

Maldijo en silencio.

El problema era que en aquellos momentos no quería ocupar su mente con todo aquel lío de Penwyck. Probablemente no querría hacerlo nunca. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar un hombre que se acababa de enterar de que podría ser el heredero del trono de un país del que apenas había oído hablar en su vida? ¿Rey Shane? Aquel no parecía el apelativo adecuado para un trabajador de la construcción cuyo contacto más directo con la nobleza habían sido sus visitas durante la infancia a los castillos de Disneylandia. Sin embargo no había sido capaz de rechazar la real orden de la reina Marissa cuando había insistido en que fuera a Penwyck a reunirse con su hermano Marcus para llegar al fondo del asunto.

Al menos podría pasar unas pequeñas vacaciones con su hermano. Lo que no sabía con certeza era si seguiría conservando su trabajo cuando volviera. El señor Mendoza no parecía haberse creído la historia del «rey Shane» más que él mismo.

Inevitablemente, volvió de nuevo la mirada hacia Sara Wallington. Por muy estirada que fuera, no había duda de que también era preciosa. El jersey flojo y la falda que vestía no hacían mucho por ocultar sus curvas, y de su moño habían caído unos mechones sueltos, dándole el aspecto de una mujer que podría volverse salvaje de vez en cuando con la provocación adecuada. Su perfil era elegante y refinado, su piel cremosa y perfecta, con un pequeño toque rosado en los pómulos. Pero era su boca lo que más inquietaba a Shane. Carnosa y de aspecto delicioso, no pudo evitar preguntarse cómo sabría si la acariciara con sus labios.

De pronto, Sara alzó la cabeza y se volvió a mirarlo. Su expresión parecía un poco alarmada, como si hubiera adivinado en qué estaba pensando Shane, y el rosado de sus mejillas se intensificó cuando vio que él también la estaba mirando.

—Quiere algo, señor Cordello? —preguntó con suavidad.

Aquella era una pregunta muy cargada, pensó Shane. ¿Qué haría si

le respondiera la verdad?

—No, nada —mintió—. Creo que tengo todo lo que necesito.

—Excelente. Si se le ocurre algo... —la voz de Sara se apagó antes de que terminara la frase, como si Shane debiera saber cómo tenía pensado acabarla.

—¿Si se me ocurre algo...? —la instó a terminar Shane, con un destello de esperanza.

Ella sonrió con frialdad y la esperanza de Shane se desvaneció al instante.

—Llame a la azafata para pedírselo.

Shane le devolvió la sonrisa.

—Eso haré —dijo, y logró cerrar la boca antes de añadir: «Su excelencia», aunque le habría parecido una respuesta muy adecuada para aquella mujer.

Ella volvió a sonreír y luego centró de nuevo su vista en el libro que sostenía en el regazo. Parecía un libro de texto, y Shane pensó que debía de ser una estudiante. Desde luego, parecía lo suficientemente joven como para serlo, pero había algo en su porte que la hacía parecer una mujer mayor, de manera que Shane no se había dado cuenta hasta aquel momento de que no debía de tener más de veintitrés años, como él. Se dijo que no debía molestarla, pues era evidente que quería que la dejara sola pero, reacio a considerar la perspectiva de dieciséis horas de silencio, volvió a empezar la conversación.

—¿Eres estudiante?

Sara alzó la cabeza lentamente y lo miró.

—Sí.

—En UCLA?

Ella negó con la cabeza, pero no se molestó en aclararle dónde estudiaba.

—En USC? —insistió él.

Sara volvió a negar con la cabeza. Luego, claramente reacia, dijo:

—Asisto a una pequeña universidad privada en Santa Bárbara.

Por fin llegaban a algo, pensó Shane.

—Pero es evidente que no eres de Estados Unidos.

—No, soy de Penwyck.

—¿Creciste allí?

—Sí —estaba claro que Sara no quería explayarse.

—¿Y qué te trajo a Estados Unidos?

—Esa pequeña universidad cercana a Santa Bárbara.

—¿No podías estudiar tu especialidad en Penwyck?

Sara sonrió de un modo que hizo pensar a Shane que sabía algo

que él no sabía, y que disfrutaba con ello.

Podría decirse eso —contestó, evasiva y refinadamente.

Shane entrecerró los ojos. ¿Qué trataba de ocultar aquella mujer? ¿Qué podía estar estudiando en Estados Unidos que no pudiera estudiar en su tierra? Sobre todo teniendo en cuenta que tenía pinta de ir a licenciarse en Lengua Inglesa o Biblioteconomía. Seguro que tenían aquellas carreras en Penwyck.

—Así que…

—No querría ser grosera, señor Cordello —interrumpió Sara—, pero tengo los exámenes finales el próximo mes y mucho que estudiar antes de que lleguen. Ya que me he visto obligada a dejar mis clases durante el resto de la semana, he pensado que lo menos que podía hacer era aprovechar el vuelo.

«En otras palabras», tradujo Shane, «déjame en paz».

Alzó ambas manos en un gesto de rendición.

—Lo siento. No quería distraerla de sus estudios. Me limitaré a… —miró el botón de llamada en el brazo de su asiento— llamare a la azafata. ¿Qué le parece?

Y antes de que Sara pudiera decir una palabra, la azafata apareció junto a Shane, obviamente dispuesta a ponerse a su servicio. Y aunque no era una princesa, pensó él con aire taciturno, sí era lo suficientemente atractiva como para lograr que las siguientes dieciséis horas resultaran más soportables.

Sara leyó por enésima vez la página por la que tenía abierto el libro y trató de no fijarse en lo seductora que sonaba la risa de Shane Cordello. Sin duda, resultaba mucho más atractiva que la de la azafata, que encontraba demasiado aguda y obvia, sobre todo porque llevaba casi catorce horas escuchándola con pocos descansos.

Habían dormido a ratos y habían parado a repostar en una ocasión, pero durante la mayor parte del vuelo, Cordello y Fawn, así se llamaba la azafata, se habían llevado de maravilla. Y si había habido momentos en los que Sara se había encontrado apretando los dientes y tragando saliva de irritación, era solo porque Fawn tenía una de aquellas risitas que podía hacer que a cualquier persona normal le diera por la bebida.

Sara sabía que ella era la única culpable, por supuesto. Después de todo, era ella la que había arrojado a Cordello a las garras de Fawn por haberlo tratado tan mal desde que lo había conocido. Pero no había podido contenerse. Aquel hombre la confundía, le hacía sentir cosas que no estaba acostumbrada a sentir, cosas que no quería sentir. Aquello la había obligado a alzar sus defensas, y cuando las defensas de Sara estaban alzadas no podía decirse que fuera la persona más complaciente del mundo. En realidad se convertía en la más miedosa,

y el miedo siempre la hacía comportarse mal.

Miró su reloj y comprobó que aún les quedaban dos horas de vuelo. Distraídamente, lo ajustó al horario de Penwyck. Más le valía echar una cabezadita antes de su llegada.

Cuando aterrizaran en plena noche serían recibidos por miembros del Royal Intelligence Institute, pero ella tenía la orden específica de dejar personalmente al señor Cordello en manos de su hermano y de la reina Marissa. Sin embargo, estos estarían dormidos cuando llegaran, lo que significaba que iba a verse obligada a mantener vigilado al señor Cordello hasta la mañana. Podían comer en el palacio y dedicarse a intercambiar cumplidos hasta que la reina se reuniera con ellos. O, si el señor Cordello quería dormir, ella podía... Sara suspiró. Suponía que podía quedarse en la puerta de su cuarto a verlo dormir, porque había prometido no perderlo de vista hasta dejarlo con Su majestad.

Alargó la mano hacia su taza de té pero decidió que ya había consumido suficiente como para sacar a flote a la compañía que lo vendía. Lo que mejor le sentaría en aquellos momentos sería una copa de champán. Pulsó el botón para llamar a la azafata, que le llevó la copa a la vez que Shane volvía a su asiento con una sonrisa demasiado petulante para gusto de Sara. A pesar de la sonrisa, parecía cansado, tenía el pelo revuelto y unas evidentes ojeras. Su camiseta blanca y sus vaqueros estaban tan revueltos como su pelo, aunque Sara no pudo evitar pensar que así era como mejor le sentaban.

En conjunto, con su descuidado aspecto, su pelo revuelto y la semi barba que asomaba a sus mejillas, parecía un hombre que estuviera deseando meterse en la cama... con una mujer dispuesta... para no dormir nada en absoluto.

Un extraño y lánguido calor recorrió el cuerpo de Sara al imaginarse a sí misma en el papel de la mujer dispuesta. Trató de apartar de inmediato aquellos peligrosos y gráficos pensamientos de sumente pero, por mucho que se esforzó, no lo logró completamente.

—Entonces, señorita Wallington —preguntó él, sonriente—, ¿cuánto nos falta para llegar?

Sara se llevó la copa a los labios y tomó un largo trago.

—Creo que no demasiado —contestó, y trató de no fijarse en la peligrosa y sensual sonrisa con que la observaba Shane—. Supongo que una hora y media o dos.

—¿Quiere jugar a las «veinte preguntas? —preguntó él de repente.

Sara arqueó las cejas.

—¿Disculpe?

Shane se encogió de hombros.

—Las «veinte preguntas» —repitió—. Es un juego al que solíamos

jugar mis hermano y yo cuando éramos pequeños para pasar el tiempo mientras viajábamos en el coche —su expresión se volvió un poco más seria cuando añadió—: O para no oír el jaleo que montaban nuestros padres con sus discusiones en el otro extremo de la casa.

Discretamente, Sara simuló no haber escuchado la última parte.

—Supongo que, siendo gemelos, estarán muy unidos.

—Lo cierto es que nuestra estrecha relación tiene menos que ver con el hecho de ser gemelos que con el hecho de haber sido separados siendo muy jóvenes.

—No estoy segura de entender.

—Nuestros padres se separaron cuando Marcus y yo teníamos nueve años. Marcus se fue a vivir con nuestro padre y yo con nuestra madre.

Sara sintió una punzada de algo intenso y desagradable y la sorprendió que la afectara tanto lo que hubiera podido pasarle a aquel hombre.

—Debió de ser difícil para ambos.

Shane asintió.

—Pasábamos juntos un mes todos los veranos, pero nunca nos pareció suficiente. Incluso ahora me gustaría poder pasar más tiempo con él.

—Viven a mucha distancia uno de otro —no pudo evitar comentar Sara.

Shane volvió a encogerse de hombros.

—Mi madre tiene su hogar en Southern California y yo no quiero estar lejos de ella porque... —se interrumpió bruscamente.

—¿Qué? —preguntó Sara antes de poder contenerse.

—Mamá es... No es muy... Tiene la costumbre...

—Shane se movió inquieto en el asiento—. Por decirlo de algún modo, va por el quinto marido, y ninguno de ellos ha valido mucho la pena. Ni siquiera mi padre supo tratarla, pero al menos él la quiso. Durante un tiempo. Mamá no sabe cuidar de sí misma —concluyó—. Necesita alguien cerca que controle las cosas. De manera que, mientras su hogar esté en Los Ángeles, allí estaré yo.

Algo se agitó en el interior de Sara al oír aquello. Shane Cordello era un buen hijo. Quería asegurarse de que su madre estuviera bien cuidada. A pesar de su duro aspecto exterior, en su carácter había una parte cálida y protectora. Sara nunca lo habría imaginado.

Pero aquello convertía a Shane Cordello en alguien mucho más peligroso, porque lo hacía mucho más atractivo e interesante. Y ella no podía permitirse que le gustara alguien como él. Simplemente no podía. Su futuro profesional estaba perfectamente planeado, un futuro en el que aún no había tenido oportunidad de embarcarse y que no

incluía la adición de otro ser humano en su vida. Y el señor Cordello se enfrentaba a la posibilidad de un cambio radical en su futuro corno heredero del trono. Lo más a lo que podían aspirar era a algo temporal, y a ella no le interesaba algo así.

—Las «veinte preguntas» —dijo, dando marcha atrás—. ¿Cómo se juega?

Shane se quedó perplejo por un momento, pues aún estaba pensando en su hermano y en su madre, pero de pronto sonrió.

—Un jugador piensa en algo y el otro puede hacer veinte preguntas a las que el primero contesta «sí» o «no». Si el segundo adivina lo que ha pensado el primero antes de consumir sus preguntas, gana.

Sara lo miró más atentamente, deteniéndose en sus ojos azules, en su suculenta y carnosa boca, en su pelo oscuro y más bien largo... Tragó saliva.

—Tal vez deberías empezar tú —dijo—. Piensa en algo y yo haré las preguntas.

Lo último que quería era que Shane se pusiera a interrogarla en aquellos momentos sobre sus pensamientos.

Capítulo Tres

Shane estaba prácticamente seguro de no necesitar hacer ninguna pregunta para saber lo que estaba pensando la señorita Wallington en aquellos momentos. Porque, lo supiera ella o no, le estaba dando todas las pistas. Pistas realmente buenas que él habría deseado seguir hasta el fin...

De pronto, el jet dio una sacudida. Automáticamente, Shane se aferró a los brazos del asiento, pero no antes de ser zarandeado por una nueva sacudida a la que sucedieron enseguida otras dos.

Miró a Sara.

—¿Qué diablos ha sido eso?

Ella negó con la cabeza. Su expresión denotaba que estaba tan preocupada como él. Shane habría esperado que se abrochara de inmediato el cinturón de seguridad y empezara a retorcer las manos mientras murmuraba algo como: «vamos a morir, vamos a morir todos», pero lo sorprendió saltando de su asiento dispuesta a avanzar por el pasillo.

—No tengo idea de lo que pasa, pero pienso averiguarlo.

Acababa de dar un paso cuando el avión empezó a girar casi con violencia, haciéndola caer de nuevo en su asiento. El giro era tan cerrado que ninguno de los dos pudo moverse de su asiento.

Cuando por fin terminó, Sara saltó de nuevo de su asiento y avanzó por el pasillo.

Shane estaba a punto de seguirla cuando Fawn salió al pasillo. Supuso que iba a decirles que todo iba bien, que solo habían sido unas turbulencias de las que ya se estaban alejando. En lugar de ello, la morena sacó de pronto una pequeña pistola automática y apuntó con ella al corazón de Sara.

—Haría bien en sentarse, señorita Wallington —dijo con frialdad —. De lo contrario me veré obligada a disparar.

Y, una vez más, Shane fue sorprendido por su compañera de viaje.

—Lo dudo mucho —dijo sin dejar de avanzar y, en un fluido movimiento apenas perceptible, desarmó a la otra mujer de un golpe en la mano. Sin dudarlo un momento, se agachó, tomó el arma, sujetó a la azafata por detrás con una llave que habría envidiado el propio Hulk Hogan y apoyó el arma contra su sien.

Shane se quedó boquiabierto y, antes (le que pudiera decir nada, el sobrecargo y uno de los pilotos salieron armados al pasillo tras Sara.

—Suéltela y siéntese, señorita Wallington.

Mientras el hombre hablaba, Fawn se revolvió y Sara dejó caer la pistola, pero no sin antes desgarrar la manga del uniforme de la azafata. En su brazo expuesto Fawn llevaba tatuada una daga negra,

algo que extrañó a Shane en una mujer como ella. Habría imaginado una rosa, o un unicornio tal vez. Algo inofensivo y suave.

Pero cuando Sara vio el tatuaje, dijo en tono despectivo:

—Debería haberlo supuesto. Caballeros Negros.

—Por supuesto que somos Caballeros Negros —replicó el sobrecargo sin dejar de apuntarla mientras la azafata recogía su pistola—. ¿Qué otros podíamos ser?

—Disidentes —dijo Sara, y Shane supo que lo estaba informando a él—. Traidores a la corona.

—Somos activistas, no traidores —aclaró Fawn.

—Oh, sí, lo había olvidado —dijo Sara con amargura—. Participáis activamente en la disensión, la traición y el terrorismo. Lamento la confusión.

—Luchamos por una noble causa —dijo Fawn—. Queremos la independencia para los habitantes de Penwyck.

—Los habitantes de Penwyck ya son independientes.

—Dejarán de serlo si se lleva adelante la alianza con Majorco —objetó el piloto—. Y la unión con Estados Unidos hará de Penwyck un país dependiente del imperio del mal.

—Oh, por favor —fue Shane quien replicó, no Sara—. ¿El imperio del mal? —añadió—. Vamos, tíos, que ya estamos en el siglo XXI.

Los Caballeros Negros lo ignoraron, excepto el piloto, que lo apuntó directamente a la cabeza.

—Fascistas —espetó Sara—. Sabéis que nunca ganaréis. La gente de Penwyck quiere a sus reyes y confían en que harán lo mejor por su país, como así será. No sois más que escoria.

Fawn alzó una mano y la abofeteó con todas sus fuerzas.

—Claro que ganaremos —dijo con ojos chispeantes.

Shane no tuvo más remedio que admirar de nuevo el temple de Sara, que ni siquiera se llevó una mano al rostro. Sin embargo, él saltó del asiento con intención se abalanzarse sobre Fawn, pero se detuvo al ver que el piloto movía su arma significativamente. Shane no sabía con certeza lo que habría hecho, y nunca se había considerado capaz de golpear a una mujer, pero lo que sí sabía era que no iba a permitir que nadie golpeara a Sara Wallington.

A menos que lo apuntaran con un arma.

Sara le hizo un gesto con la mano para que no fuera más lejos.

—No hay problema —dijo.

—Por supuesto que lo hay —contestó Shane, aún dispuesto para el ataque. No entendía lo que estaba pasando, pero el peligro era obvio y tenía que hacer algo al respecto.

—Es absurdo luchar —dijo Sara—. Son más que nosotros y nos matarán sin pensárselo dos veces.

—Desde luego que sí —Fawn volvió a apuntarla con su arma—. De hecho, no veo motivo para manteneros vivos. Después de todo, ya tenemos los diamantes por los que habíamos venido.

—Fawn! —exclamó el piloto—. ¿Eres estúpida o qué te pasa? ¡No vuelvas a decir una palabra!

La azafata apretó los labios.

—¿Diamantes? —repitió Sara—. No sabía que los Caballeros Negros se interesaran por la joyería.

Evidentemente incapaz de mantenerse callada, Fawn volvió al ataque.

—Son para financiar...

¡Fawn! —exclamó el piloto de nuevo—. Cierra la boca.

—Sí, por favor, Fawn —se burló Sara—. Estás comenzando a resultar aburrida.

Fawn alzó de nuevo la mano para abofetearla y Shane se dispuso a intervenir, pero el sobrecargo tiró hacia atrás de la azafata, la colocó a sus espaldas y ocupó su lugar.

—Siéntese —ordenó el piloto a Sara—. Siéntese o muera, señorita Wallington. Y si usted muere, ¿qué sucederá con el futuro rey de Penwyck?

—Yo no soy el futuro rey —dijo Shane de inmediato—. Soy un simple trabajador de la construcción que preferiría estar haciendo surfing.

El hombre se volvió hacia Shane y sonrió maliciosamente.

—De eso no estamos seguros, ¿verdad? Y tampoco lo están el rey y la reina. Oh, usted vale mucho para nosotros, señor Cordello. No sabe cuánto. Y ahora vuelvan a sus asientos —repitió—. Vamos a aterrizar pronto.

—¿Dónde? —preguntó Sara.

El hombre rio.

—En Penwyck no, desde luego.

—Y ¿qué pasará cuando lleguemos?

—Hace demasiadas preguntas, señorita Wallington. Usted y el señor Cordello están a salvo de momento; si no tratan de escapar, claro. Si lo hacen, la mataremos sin dudarlo —el hombre volvió su fría mirada hacia Shane—. A ambos. Para los Caballeros Negros, todas las personas han sido creadas como iguales y da lo mismo que uno sea un mero estudiante o heredero a un trono.

—Lo que significa que todas las vidas son igual de baratas para vosotros —dijo Sara.

Como respuesta, el hombre se limitó a dedicarle su maliciosa sonrisa.

De algún modo, Shane supo que nada de lo que había dicho el

piloto era cierto. Ni toda la gente era igual en su mundo, ni su causa era noble, ni Sara y él estaban a salvo.

Y, tras ver su comportamiento, también supo que Sara no era una mera estudiante. Le habría gustado saber con certeza qué y quién era de verdad.

Cuando, aproximadamente dos horas después, con la manos atadas a la espalda y la mejilla palpitándole a causa del feroz golpe que le había propiciado Fawn, Sara salió del avión, vio que habían aterrizado en una pequeña pista pobremente iluminada en medio de ningún sitio.

Ya que los Caballeros Negros le habían quitado todo, incluyendo el reloj y los libros de texto, no podía estar segura de que hubieran pasado dos horas, pero era lo que calculaba aproximadamente.

Pero lo que más la preocupaba eran sus libros. Esperaba que sus secuestradores no los examinaran muy atentamente. Y también esperaba recuperarlos Eran muy caros.

Dado que era de noche, apenas había podido fijarse en detalles que pudieran haberle indicado adónde se habían dirigido. Solo sabía que habían volado hacia el sureste, lo que los habría llevado más o menos hacia España, o tal vez Portugal.

Pero había algo de lo que sí estaba segura: Shane y ella podían estar muertos al amanecer si no hacían exactamente lo que les decían.

Los Caballeros Negros eran un grupo por completo carente de moral y escrúpulos. No les temblaría la mano para matar a una joven estudiante y a un hombre que podría ser rey. Durante la década anterior habían tratado de asesinar en varias ocasiones al rey Morgan y habían protagonizado diversos episodios de sabotaje político. Se sospechaba que habían sido ellos quienes habían secuestrado al príncipe Owen de Penwyck. Eran capaces de cualquier cosa.

El dolor en la mejilla le recordó que probablemente tendría un ojo morado. Sinceramente, no había esperado que la falsa azafata tuviera tanta fuerza. Aquel había sido uno de los varios errores que había cometido desde que habían salido de Los Ángeles. El primero había sido fiarse de que la tripulación que había subido en el aeropuerto era la misma que solía volar normalmente con la Familia Real. El segundo había consistido en asumir que el vuelo iba a ser aburrido.

Sara volvió a recriminarse una vez más por su despiste. La lección más importante que había aprendido en su primer año de estudiante era que no debía fiarse de nada ni de nadie. Pero no. Había estado bajo el embrujo de Shane Cordello, demasiado distraída con sus ojos azules, con su boca, con su...

Ya estaba volviendo a hacerlo. Dado su comportamiento de colegiala, no era de extrañar que se encontraran en aquella situación. Pero aquello se había acabado; no iban a volver a pillarla

desprevenida.

Cuando los Caballeros Negros bajaron a Shane del avión vio que a él también le habían quitado los zapatos y le habían atado las manos a la espalda. Tras la confrontación inicial los habían separado.

Cuando Shane la miró, Sara se dio cuenta de que estaba fijándose en su mejilla. Por su expresión, debía de parecer el diablo, ó, al menos, el nuevo campeón del mundo de los pesos pesados.

El más grande de los Caballeros Negros lo empujó hacia ella y Shane se tambaleó antes de recuperar el equilibrio. Cuando lo hizo pareció aún más grande de lo que era, como si estuviera flexionando cada uno de sus músculos mientras se erguía. Su expresión era mortífera y, al verla, Sara pensó que, si no se unían más elementos a los disidentes, entre los dos tendrían alguna posibilidad de escapar. Todo lo que tenía que hacer era planear bien las cosas y esperar que Shane Cordello fuera tan bueno como parecía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él cuando el hombre que lo había empujado volvió a reunirse con sus compañeros.

Sara asintió.

—Estoy bien, pero me siento bastante estúpida.

—¿Y por qué te sientes estúpida?

—Porque debería haber estado preparada para algo como esto —contestó Sara—. No debería haber permitido que pasara.

Shane parecía desconcertado.

—¿Cómo ibas a estar preparada para algo como esto? ¿Y por qué ibas a ser responsable de ello?

Sara se limitó a mover la cabeza. Las circunstancias eran demasiado complicadas como para tratar de explicárselas en aquellos momentos.

—¿Qué va a pasarnos? —preguntó Shane, aunque el tono de su voz no mostró temor ni ansiedad; tan solo hostilidad y desprecio.

—Supongo que nos retendrán como rehenes mientras hacen sus peticiones.

—¿Qué clase de peticiones?

—Por lo que he oído en el avión, imagino que amenazarán con hacerte daño si Penwyck no cancela sus alianzas con Majorco y Estados Unidos.

—Quieres decir que es culpa mía que estemos en esta situación.

Sara pareció sorprendida.

—Yo no he dicho eso.

—No hacía falta.

—No te estoy culpando por lo sucedido.

—Lo se. Te estás culpando a ti misma.

—Estoy culpando a los miserables que han secuestrado el avión y nos han tomado como rehenes. A nadie más.

—Pero si yo no hubiera venido…

—Ninguno de los dos podía adivinar que iba a pasar algo así —interrumpió Sara. Debía poner fin a todas aquellas elucubraciones para centrarse en la acción. De lo contrario, existían muchas posibilidades de que cuando amaneciera estuvieran muertos.

Shane fue a decir algo, pero se contuvo. En lugar de ello, preguntó:

—¿Y qué pasará después de que presenten sus exigencias?

Sara trató de reconfortarlo con una sonrisa.

—Ojalá pudiera decirte que estaremos a salvo hasta que sus exigencias sean aceptadas o rechazadas, pero no puedo asegurártelo. Nada es seguro con esta panda de asesinos. Lo que si puedo decirte es que estoy casi segura de que sus demandas serán rechazadas, porque la Familia Real no tiene la más mínima tolerancia a la hora de tratar con ellos. Son capaces de cualquier cosa. Incluso de asesinar.

—Hablas como si supieras mucho de ellos —dijo Shane.

Sara sabía más de lo que él podía imaginar. Había decidido dedicar su vida a conocer a los Caballeros Negros y a otras facciones como ellos. La pequeña universidad privada a la que asistía en Santa Bárbara era en realidad un centro de adiestramiento antiterrorista. Pero, por supuesto, Shane no necesitaba saber aquello. De hecho, cuanto menos supiera, mejor estarían ambos.

—Soy de Penwyck —dijo a modo de explicación—. Todo el mundo en Penwyck ha oído hablar de los Caballeros Negros. Han hecho lo imposible por hacerse notar durante los últimos años.

Sara notó que Shane se estaba fijando en algo que había tras ella. Al volverse vio que un Mercedes negro con las ventanillas tintadas se acercaba al avión. Uno de sus secuestradores les indicó que se acercaran y los hizo entrar en el vehículo. Una vez dentro, otro hombre que se hallaba en el interior les vendó los ojos.

Tras una media hora de trayecto, el vehículo se detuvo y los hicieron bajar. Después, sin quitarles las vendas de los ojos, los obligaron a entrar en una habitación y cerraron la puerta.

El lugar en que se encontraban olía a polvo y ligeramente a canela, y Sara sintió que sus dimensiones eran bastante pequeñas. Sus sospechas quedaron confirmadas tras dar un par de pasos en una dirección y chocar con unas estanterías vacías y cuatro en la otra con el mismo resultado.

—Shane —dijo con suavidad. Solo tras pronunciar la palabra se dio cuenta de que era la primera vez que lo llamaba por su nombre, y no pudo evitar sonreír con ironía. No había nada como ser secuestrado con alguien para alimentar una relación íntima.

—¿Qué? —susurró él.

—¿Te encuentras bien?

—Excepto porque estoy secuestrado, atado, con los ojos vendados, exhausto, sediento y muerto de hambre, me encuentro de fábula.

Al menos no había perdido su sentido del humor, pensó Sara.

—Voy a moverme hacia ti —dijo—. Cuando esté delante utilizaré los dientes para quitarte la venda. Luego, me daré la vuelta para que me desates las manos.

Shane no dijo nada, cosa que ella encontró extraña. Suponía que querría librarse de sus ataduras, y no podría hacerlo hasta que ella estuviera libre de las suyas.

—¿Shane?

—¿Qué? —gruñó él.

—¿Puedes hacer lo que te he pedido?

El dudó un momento y luego espetó: —No me has «pedido» nada. Estás impartiendo órdenes como un sargento chusquero.

A pesar de la situación en que se encontraban, Sara sintió ganas de reír. El agotamiento y la tensión de los dos días pasados debían de estar haciendo mella en ella. Se estaba poniendo histérica. «Basta ya», se reprendió, pero no pudo evitar que una risita escapara de sus labios antes de responder.

—Querrás decir como un general. Recuerda que el apellido de mi familia es Wallington, que e parece mucho a Wellington.

Shane permaneció un momento en silencio.

—Oh, bueno. Sí. De acuerdo. El caso es que, sin saber por qué, de pronto estás al mando.

Sara reprimió un gemido de exasperación. Hombres. Eran unas criaturas tan delicadas...

—Por favor, señor Cordello, si fuera tan amable, agradecería que me liberara de mis ataduras —dijo con exagerada dulzura—. Si le parece bien, avanzaré hacia usted y, si tiene un momento libre, tal vez podría quitarme con los dientes la venda. ¿Cree que sería posible? Después de todo, yo soy más baja y tendría dificultades para utilizar mi boca en usted.

Sara lamentó de inmediato haber empleado aquellas palabras. Porque, aunque no las había utilizado en el sentido literal, la idea resultaba demasiado tentadora como para no detenerse en ella.

Y Shane debía de estar pensando en lo mismo, porque permaneció en silencio, un silencio mucho más incómodo que todos los anteriores. De hecho, Sara sintió un gran alivio cuando lo oyó hacer un ruido impaciente... a menos que aquella impaciencia se debiera a que estaba ansioso por empezar a...

—No tiene por qué hablarme con tantos halagos, señorita

Wallington —dijo él finalmente, y Sara comprendió con alivio que no estaba pensando en lo mismo que ella—. No soy un niño —añadió con petulancia.

Sara era muy consciente de ello, pero se limitó a contestar con un evasivo: «mmm». Luego, avanzó hacia él, sintiendo dónde estaba sin verlo.

Y vendada como estaba, empezó a percibir cosas que no había notado hasta entonces. Pudo percibir su aroma, una mezcla de olores varoniles que hicieron que todos sus sentidos se pusieran en alerta roja. También notó su respiración profunda y un tanto agitada, y el calor de su cuerpo uniéndose al de ella. Y enseguida se dio cuenta de que había calculado mal las distancias, porque de pronto chocó con él.

Pero, por algún motivo, fue incapaz de moverse un centímetro hacia atrás. Se dijo que era porque necesitaba estar así de cerca para que Shane hiciera lo que le había pedido. Entonces tuvo que obligarse a admitir que aunque era cierto que necesitaba estar así de cerca, aquella necesidad no había surgido de su afán por librarse de las ataduras. No, su necesidad había surgido de algo completamente diferente, de algo en lo que más le valía no detenerse a pensar en aquellos momentos.

Shane era más alto de lo que recordaba y su barbilla le acarició la coronilla cuando sus cuerpos se tocaron. Un momento después sintió que sus labios le rozaban la frente y comprendió que estaba haciendo lo que le había pedido, o, más bien, ordenado. El roce de la mandíbula sin afeitar de Shane con su frente y su sien mientras se esforzaba en retirar la venda con los dientes resultó exquisito, seductor, excitante.., y el corazón de Sara empezó a latir más y más deprisa.

«Dios santo», pensó. ¿Cómo era posible que aquel hombre la estuviera excitando en un momento como aquel? Antes de que tuviera tiempo de detenerse a pensar en ello, Shane había logrado que la venda se deslizara por su nariz y su boca hasta dejarla colgada en torno a su cuello. Sara no podía estar segura en la oscuridad, pero tuvo la sensación de que se detenía un momento allí y respiraba profundamente. Sintió que su cálido aliento le humedecía la piel, y hubiera jurado que deslizó ligeramente los labios por la columna de su cuello antes de erguirse por completo. Pero aquello solo debía de haber sido producto de su imaginación.

Oh, Dios santo. ¿Qué le estaba pasando?

—Hueles bien —dijo él a la vez que se apartaba de ella, sorprendiéndola—. Hueles... dulce.

Y aunque, dadas las circunstancias, sus palabras parecieron completamente absurdas, Sara fue incapaz de no responder.

—Es... supongo que son... los artículos de tocador que utilizo. Es...

—dejó escapar una risita nerviosa antes de concluir—. Es lavanda.

No podía ver el rostro de Shane en la oscuridad, pero de algún modo supo que sonreía.

—Es agradable —susurró él y, de algún modo, aquel susurro calentó todo el cuerpo de Sara, por dentro y por fuera.

Tragó con dificultad y luego le dio la espalda.

—¿Puedes alcanzar las cuerdas que rodean mis muñecas? —preguntó ala vez que alzaba las manos lo más posible.

Shane también se dio la vuelta. luego, se agachó un poco y ella sintió sus manos tanteando sobre el grueso hilo de nylon que habían utilizado para atarlos. Llevó un tiempo pero, finalmente, Sara sintió que los nudos cedían. Después dio un tirón y logró liberar sus manos.

Arrojó rápidamente las cuerdas al suelo, desató la venda que le rodeaba el cuello y se puso a trabajar de inmediato en las ataduras de Shane. En cuanto lo soltó, él alzó las manos para aflojar su venda. Sin verlo, Sara supo que la arrancó de su rostro y la arrojó al suelo como si fuera lo más despreciable del mundo.

Entonces la tomó con fuerza por los hombros y la atrajo hacia sí. Por un instante, Sara creyó que iba a besarla, y se quedó anonadada al darse cuenta de que le habría gustado mucho que lo hiciera. Pero Shane se limitó a apretarle los hombros con más fuerza y a preguntar, furioso:

—¿Qué diablos está pasando?

Capítulo Cuatro

Al parecer, pensó Sara, ya se habían acabado los comentarios sobre lo bien que olía. Era obvio que Shane quería ocuparse de asuntos más inmediatos y realistas. Maldita suerte.

—Sabes muy bien qué está pasando —contestó, con la esperanza de que no se notara mucho que estaba sin aliento—. Hemos sido tomados como rehenes por un grupo disidente.

Shane la atrajo hasta estrecharla contra su cuerpo. Ella sintió una vez más el calor de sus cuerpos fundiéndose y notó que la cabeza le daba vueltas.

—No me refería a eso. Me refería a quién diablos eres tú.

Sara dudó un momento antes de contestar.

—Eso ya lo sabes. Soy una amiga de la reina que casualmente asiste a una universidad cercana al lugar en que vives. Su majestad me pidió que le hiciera el favor de escoltarte en tu viaje a Penwyck. Como súbdito leal, no pude negarme.

Por un momento, Shane aumentó la presión de sus manos sobre los hombros de Sara. Luego, la apartó con delicadeza.

—Bien. Una escolta. O lo que sea —empezó a moverse de un lado a otro de la habitación—. ¿Y dónde crees que estamos, señorita «escolta»?

Sara contestó con el mismo tono sarcástico.

—Parece una habitación pequeña, ¿no crees? Probablemente una despensa, a juzgar por el olor a canela y salvia.

—¿Y dónde dirías que está esa despensa?

—Supongo que en una casa.

Shane murmuró algo ininteligible, pero Sara intuyó que había sido un taco.

—¿Y dónde crees que está la casa? —preguntó, impaciente.

Sara suspiró.

—Tal vez en España, o en Portugal. Pero no estoy segura.

—¿Cuánto tiempo crees que estaremos aquí?

—No tengo ni idea.

—¿Crees que sobreviviremos?

Sara se irguió al oír aquello.

—Si de mi depende, sí. Desde luego.

En aquel momento se oyeron unas voces apagadas. Sara y Shane se volvieron hacia la puerta justo cuando esta se abría. Era Fawn, que llevaba en las manos una linterna, un termo y una cesta. Gracias a la luz que entraba del exterior, Sara confirmó que se hallaban en una despensa, porque tras la falsa azafata se veía una cocina. Sin previa

advertencia, Fawn lanzó la linterna hacia Sara, que la atrapó instintivamente en el aire. Luego, alargó el termo y la cesta hacia Shane, que estaba más cerca de ella.

—Veo que me habéis librado del trabajo de desataros —dijo—. Bien hecho —señaló lo que sostenía Shane con un gesto de la cabeza —. Ahí hay comida y té suficiente para que paséis la noche. No penséis en escaparos porque estáis muy bien vigilados,

tanto dentro como fuera de la casa. Hemos comunicado a la reina que si quiere volver a veros vivos tendrá que cancelar sus alianzas con Majorco y Estados Unidos. Con un poco de suerte, en unos días estaréis en Penwyck. De lo contrario, acabaréis en una cuneta con una bala en la cabeza.

A continuación salió y cerró la puerta. Sara encendió de inmediato la linterna, pero casi se arrepintió al ver la expresión de Shane. No había duda de que estaba enfadado. Se dijo que su enfado iba dirigido hacia los Caballeros Negros, pero había algo en su mirada que revelaba que parte de su infelicidad era causada por ella. Pero su expresión de enfado se desvaneció con tanta rapidez como había surgido. Sin apenas fijarse en lo que hacía dejó los termos y la cesta en una estantería a su lado.

—Pensaba que estabas sediento y muerto de hambre —dijo Sara.

—La sed y el hambre son lo que menos me preocupa en estos momentos.

Entonces Shane recorrió la distancia que los separaba en tres zancadas. Sara estaba a punto de dar un instintivo paso atrás cuando él alzó una mano y la deslizó con delicadeza por su mejilla abofeteada.

—Esa bruja —murmuró en tono amenazador—. No entiendo cómo ha podido parecerme guapa.

Sara se contuvo de comentar que las piernas de Fawn eran demasiado largas, que sus cejas eran demasiado espesas y que su actitud era demasiado obvia como para ser considerada guapa.

—Estoy bien —dijo en lugar de ello.

Y entonces dio el paso atrás, pero no porque tuviera miedo de Shane, sino porque tenía miedo de lo que le hacía sentir estando tan cerca.

—He conocido a chicas peores que Fawn a lo largo de los años —añadió.

El sonrió sin ninguna alegría.

—Ah, ¿sí?

Ella asintió despacio.

—Estuve en el equipo femenino de cricket de mi colegio. Éramos tremendas, te lo aseguro.

Shane dejó caer su mano.

—¿Y qué hacemos ahora?

Sara señaló los termos y la cesta.

—Podríamos comer algo.

Shane asintió.

—No creo que hayan envenenado la comida. Algo me dice que aún no nos quieren muertos.

Sara estaba segura de que eran mucho más útiles para los Caballeros Negros estando vivos. Al menos de momento.

—En ese caso, ¿comemos?

Shane volvió a asentir.

—Por supuesto. ¿En tu casa o en la mía?

Shane se pasó una mano por el rostro y deseó tener a mano una maquina de afeitar. Y un lavabo. Y una pastilla de jabón. Y, ¿por qué no?, una botella de whisky. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que los habían metido en aquella habitación, pero hacía rato que habían consumido el pan rancio y el flojo té que les habían dado sus captores, que les habían permitido ir al baño un par de veces a cada uno. Aunque saber el tiempo que llevaban allí tampoco lo habría ayudado a salir. Su instinto le decía que el sol se estaba elevando en aquellos momentos en la costa este de Estados Unidos, porque se sentía con ganas de hacer surf; por tanto, debía de ser media tarde en el lugar en que se encontraban.

Pero lo cierto era que no tenía planes ni citas importantes para aquel día, de manera que ¿por qué intranquilizarse?

Se dijo que debía dormir un poco, que era inútil para Sara y para sí mismo en su estado de agotamiento. Aunque había dormitado un poco desde que habían comido, solo había logrado hacerlo intermitentemente. Dados los acontecimientos, no era de extrañar que el sueño lo eludiera.

Miró a su compañera y comprobó que ella no sufría el mismo problema. De hecho, Sara había sucumbido al cansancio y se había quedado dormida hacía rato. Shane no estaba seguro de cuánto, pero si lo estaba de que era adorable estando dormida.

Su jersey rosa y su blusa estaban arrugadas y sucias de polvo en diversos lugares. Una de sus medias lucía una larga carrera y los secuestradores le habían quitado los zapatos, como a él. Hacía tiempo que se le había soltado el moño y su pelo caía en una cascada por sus hombros y frente. Ni siquiera la marca del golpe de Fawn en su mejilla endurecía su aspecto.

A pesar de lo que habían pasado, Shane debía reconocer que había mostrado un gran coraje y dignidad. Era posible que vistiera de rosa y

utilizara perlas, pero su personalidad era de acero y fuego. Y en lo único que lograba pensar en aquellos momentos era en cuánto deseaba despertarla y hacerle el amor allí mismo.

«Para el carro, muchacho», se reprendió. ¿Hacerle el amor a la señorita «jersey rosa»? ¿Acaso se había vuelto loco?

Era lo más absurdo que había pensado en su vida. Allí estaba, en una situación que desafiaba toda lógica, con la vida pendiente de un hilo, y solo se le ocurría pensar en hacer el amor con una mujer a la que solo conocía hacía un par de días.

¿Pero no había leído en algún lugar que encontrarse en una situación peligrosa acrecentaba la conciencia y creaba una especie de intimidad artificial entre quienes se hallaban en dicha situación? De manera que su reacción no era tan sorprendente… aunque lo cierto era que seguía sorprendido. Ni siquiera el peligro debería hacerlo sentirse así respecto a una mujer, sobre todo respecto a una mujer como ella. Porque, a pesar de su fuerza, era demasiado decente y dulce para la clase de pensamientos que estaba teniendo sobre ella.

Aunque estuviera mintiendo respecto a quién era.

No dudaba de que fuera una estudiante. Era demasiado… demasiado… «estudiosa» para no serlo. Pero ya no creía que estudiara Lengua Inglesa o Biblioteconomía; no a menos que fuera una fachada para otra cosa. Solo quería saber quién y qué era y por qué lo estaba engañando.

Cerró los ojos pensando que, si permanecía quieto y despejaba su mente de todos aquellos pensamientos, podría caer en el mismo sueño profundo en que se encontraba Sara.

Empezaba a sentirse adormecido cuando oyó que Sara se movía. Cuando abrió los ojos vio a la débil luz de la linterna que se estaba sentando. Gimió mientras extendía los brazos y empezaba a estirarse. Shane trató de no fijarse en cómo presionaron sus pechos contra la fina tela de su camisa cuando lo hizo, trató de no pensar que el sonido que escapó de su garganta al hacerlo fue muy parecido al de una mujer sexualmente satisfecha.

Por un momento pareció no recordar dónde estaba, y Shane no quiso decir nada para recordárselo. Se limitó a observarla en silencio mientras ella estiraba de nuevo los brazos por encima de su cabeza y luego los doblaba tras el cuello. El botón superior de su blusa se desabrochó al hacerlo, dejando al descubierto un fragmento de encaje rosa y de carne color marfil. Al instante, Shane se puso duro como una roca.

Maldijo en silencio. Aquello era lo último que necesitaba en aquellos momentos.

Con un último suspiro, Sara movió la cabeza de un lado a otro y

abrió finalmente los ojos. Por su expresión, Shane supo de inmediato que hasta aquel momento había olvidado por completo dónde se encontraba y lo que estaba pasando.

—Esperaba que solo hubiera sido un sueño

—murmuró con voz ronca.

Shane sonrió.

—Bienvenida a mi pesadilla.

Ella hizo un esfuerzo por sonreír.

—Te refieres a nuestra pesadilla.

—Bueno, supongo que no me importa compartirla.

Sara suspiró y miró a su alrededor.

—No parece que tengamos muchas opciones, ¿no?

Shane reprimió un gemido y cerró los ojos. El tono ronco y sensual de la voz de Sara, su aspecto desarreglado y adorable, y aquel botón suelto estaban volviéndolo loco.

—La verdad es que me siento mejor después de haber dormido un rato —añadió ella—. ¿Tú has podido dormir algo?

Shane se limitó a gruñir. Ella asintió.

—¿Has oído decir algo a los Caballeros Negros mientras dormía? —preguntó—. ¿Han hecho algo que te haya llamado la atención?

«Perfecto, Sara», pensó Shane. Hablar sobre su situación fue tan efectivo como arrojarle un cubo de agua helada para aplacar su ardor.

Negó con la cabeza.

—Nada. No he oído nada; ni movimientos, ni voces. Supongo que estarán durmiendo, aunque no creo que lo hagan mientras nos están vigilando. En cualquier caso, supongo que ya es por la tarde en el horario local.

—Lo es —asintió Sara de inmediato.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Shane, sorprendido.

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente lo sé. Pero, como has dicho, no creo que nuestros captores estén durmiendo mientras nos vigilan, sea la hora que sea. De todos modos —añadió con suavidad—, tendremos que buscar algún modo de escapar.

Shane la miró con expresión incrédula.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo? No solo son más que nosotros, sino que van armados. También son ellos los que tienen las llaves de la casa y del coche. Además, aunque lográramos salir de aquí no sabríamos qué dirección tomar, porque no sabemos dónde estamos. ¿Y si no conocemos el idioma? ¿Cómo íbamos a conseguir que alguien nos ayude?

—Seguro que yo conozco la lengua —dijo Sara—. Por eso no te

preocupes —su voz y su expresión se endurecieron cuando añadió—: Pero creo que no es posible encontrarse en una situación peor que esta.

Ninguno de los dos pareció saber qué más decir después de aquello y permanecieron en silencio. Antes de que este se volviera demasiado incomodo, Shane dijo lo primero que se le vino a la cabeza:

—¿Y cómo te volviste tan combativa? ¿Pertenece tu padre a la Armada Real de Penwyck, o algo parecido?

Sara sonrió crípticamente, y con cierta tristeza.

—Pertenecía al algo parecido, sí.

—¿Al ejército?

—No exactamente.

—¿A las fuerzas aéreas?

—No.

—¿Marines?

—Me temo que no.

—Entonces, ¿a qué?

La sonrisa de Sara pareció más nerviosa.

—Mi padre trabajaba para el gobierno —contestó, evasivamente.

—Y tú estás siguiendo sus pasos.

—Podría decirse algo así.

—¿Embajador?

—Más o menos.

Shane apretó los dientes.

—Por qué no te gusta hablar de ti misma? ¿Qué tratas de ocultar?

Sara se encogió de hombros.

—No trato de ocultar nada. Simplemente no hay nada que contar. Te aseguro que he llevado una vida muy aburrida.

—Apuesto a que hay mucho que contar —replicó Shane—. Apuesto a que tu vida ha sido fascinante.

—Perderías ambas apuestas. Como te he dicho, mi vida ha sido muy aburrida.

—Hasta ahora.

Sara miró a Shane directamente a los ojos.

—Hasta ahora, sí.

—¿Y cómo has llegado a este punto?

—Probablemente igual que tú. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Shane negó con firmeza.

—No. Algo me dice que tú estabas exactamente donde debías estar y a la hora correcta. Aquí está pasando algo que no me has contado, pero no tengo ni idea de qué se trata. Algo en lo que estás involucrada

y que no quieres contarme por algún motivo.

Sara trató de mostrarse despreocupada.

—Qué imaginación tienes.

Shane sonrió con ironía.

—Sí, ¿verdad?

Sara cambió rápidamente de tema.

—Y qué me dices de ti, Shane? ¿Qué te ha llevado hasta este punto?

—Un secuestro aéreo —contestó él sucintamente.

—Ya sabes a qué me refiero.

—En realidad no —Shane sonrió—. A menos que estés tratando de conocerme mejor.

Sara volvió a encogerse de hombros.

—No creo que tengamos nada mejor que hacer, ¿no te parece?

A Shane le parecía que sí, desde luego, pero no dijo nada al respecto.

—Podríamos jugar a las veinte preguntas —sugirió—. Al final no hemos podido hacerlo en el avión. Nos han interrumpido de una forma un tanto grosera.

—Mmm —contestó Sara sin comprometerse—. Extrañamente, no es así como suelen resultar las cosas cuando conozco a un hombre por primera vez.

—No me digas —replicó Shane, sintiéndose sorprendentemente juguetón—. ¿Y qué es lo que suele suceder normalmente cuando conoces a un hombre por primera vez?

Sara alzó un hombro y lo dejó caer, una acción que hizo que su blusa se abriera un poco más, dejando expuesta una sustancial parte de su sujetador de encaje. Shane reprimió un gemido e hizo lo posible por no mirar.

—Normalmente vamos a cenar y al cine —dijo Sara—. O, si me gusta mucho el hombre, vamos a bailar.

—¿Y luego?

—Luego, dejo que me acompañe a casa.

—¿Y luego?

—¿Y luego qué?

—¿Lo invitas a pasar?

Sara negó con firmeza.

—Claro que no. No en la primera cita.

—¿Ni siquiera para tomar una copa?

—Desde luego que no.

—Te gusta jugar a hacerte la difícil de atrapar, ¿verdad?

Los ojos de Sara parecían echar chispas cuando miró a Shane.

—Te aseguro que no es ningún juego. Es muy difícil atraparme.

Shane estaba seguro de que aquello era cierto, y precisamente por ello iba a ser más divertido. Porque en aquel momento supo que iba a atrapar a Sara Wallington. En cuanto salieran de aquella situación. Y saldrían.

—Entonces —dijo—, ¿quieres volver a intentarlo?

—¿Intentar qué? —preguntó ella, desconcertada.

—Jugar a las veinte preguntas. Porque ahora mismo estoy pensando en algo realmente bueno

—Shane se esforzó por no sonreír lascivamente—. Y estoy seguro de que podrías averiguar de qué se trata en menos de veinte preguntas.

Capítulo Cinco

Sara negó con la cabeza en respuesta a la sugerencia de Shane.

—Preferiría que me hablaras de ti y de tu hermano Marcus. Después de todo, puede que uno de los dos se convierta en el rey de mi país, y no todos los días se le presenta a una mujer una oportunidad como esta.

Observó a Shane mientras este parecía meditar sobre su pregunta. Estaba hecho un desastre, sin afeitar y con aspecto de encontrarse agotado. Su pelo, más enmarañado que nunca, caía sobre su frente casi hasta sus ojos. En algún momento se le habían desgarrado los vaqueros a la altura de la rodilla, que quedaba expuesta cada vez que se agachaba. La camiseta blanca aún presentaba un aspecto más o menos decente bajo la cazadora vaquera y tenía un agujero en un calcetín.

Sara no pudo evitar sonreír mientras lo miraba. De algún modo, su aspecto resultaba enternecedor además de increíblemente atractivo, como si necesitara que alguien cuidara de él.

—Te propongo una cosa —dijo Shane, interrumpiendo los pensamientos de Sara—. Yo contestaré tus preguntas sobre mí y Marcus si tú contestas las que yo te haga sobre ti. Diez cada uno —añadió—. Así serán en total veinte.

—De acuerdo. Me parece justo.

—Tú empiezas.

Sara miró atentamente a Shane mientras pensaba en las preguntas que quería hacerle.

—¿A qué universidad fuiste?

—A UCLA.

—¿En qué te especializaste?

Shane sonrió.

—En chicas.

—Esa no es una asignatura oficial.

—Puede que no, pero sí es una asignatura importante. Cuenta con un montón de estudiantes.

—¿Y la aprobaste? —preguntó Sara con descaro.

—Desde luego —contestó Shane, y rio de un modo casi arrogante.

Sara no pudo evitar reír también.

—¿Pero sacaste algún título o no?

—No —contestó Shane en tono risueño.

—¿Por qué no?

—No me gustaba pasarme el día metido en clase. Quería salir. Quería hacer algo.

—¿Crees que estudiar no es hacer algo?

—Para algunas personas sí —concedió Shane—. Pero no para mí. Me gusta trabajar con mis manos. Y me gusta el aire fresco.

—Entonces, ¿dejaste la universidad?

—En el tercer curso. Me puse a trabajar en una obra preparando cemento y al cabo de un tiempo ascendí a capataz. Me gusta lo que hago —añadió Shane con firmeza, como si fuera muy importante que Sara entendiera aquello—. Estoy orgulloso de mi trabajo. Y ya llevas diez preguntas. Ahora es mi turno.

—Aún no he hecho las diez —protestó Sara.

—Claro que sí.

—De eso nada.

Shane alzó una mano y empezó a enumerar.

—A qué universidad fui, en qué me especialicé, si aprobé, otro montón de «¿por qué no?» y alguna otra en medio. Diez en total.

—No puedes contar los « ¿por qué no?»

—¿Por qué no?

—Porque no son verdaderas preguntas.

—¿Se hacen con interrogantes, no?

—Sí, pero...

—Entonces son preguntas.

—Pero...

—Así que ahora es mi turno, y esta es mi primera pregunta para ti —Shane señaló con el dedo el abdomen de Sara a la vez que preguntaba—: ¿Sabías que tienes la blusa desabrochada?

Sara necesitó unos momentos para darse cuenta de algunas cosas. Primero, que Shane se la había jugado bien jugada, segundo, que realmente le había hecho la pregunta que le había hecho, y tercero, que la había hecho en serio. Lo último lo comprobó cuando bajó la mirada y vio que, efectivamente, llevaba la blusa desabrochada. Alzó una mano de inmediato y se abrochó todos los botones, hasta casi ahogarse con el del cuello. Oyó que él reía suavemente mientras lo hacía.

—¿Lo encuentras divertido?

Shane apoyó una mano en una de sus rodillas y sonrió traviesamente.

—No tengo por qué contestar esa pregunta porque es la número once.

—Ya he dejado de jugar —replicó ella.

—Ah, ¿sí? ¿En serio?

—Con esas dos ya llevas tres preguntas —indicó Sara sin poder contenerse.

Shane volvió a reír.

—De manera que sigues jugando —dijo, ufano—. Gracias por responder a mis preguntas, incluso aunque haya tenido que adivinar las respuestas, porque en realidad no has respondido, y aunque lo hubieras hecho, habría sido solo una respuesta para dos preguntas, lo que significa que si quisiera podría descalificar esas respuestas, y por tanto esas preguntas, y hacerte otras en su lugar. Pero no voy a hacerlo —concluyó en tono magnánimo—. Porque esa es la clase de tipo que soy.

En respuesta a aquel absurdo sermón, Sara solo logró soltar el aire y murmurar:

—Oh, por favor.

Sin embargo, Shane no pareció desanimarse por su respuesta, porque su expresión se volvió aún más arrogante. Por un momento se limitó a mirarla pero, de pronto, se puso a cuatro patas y empezó a recorrer lentamente la distancia que los separaba.

Viéndolo acercarse de aquel modo, Sara se sintió como si se hubiera convertido en la pequeña presa atrapada por la mirada hipnótica de un fiero depredador. Quiso moverse, pero fue incapaz. Además, no había adónde ir.

Y de pronto, Shane estaba sentado a su lado, todo lo cerca que era posible sin tocarla. Entonces se inclinó hacia ella y murmuró junto a su oído:

—¿Por favor, qué?

Las palabras surgieron cálidas y húmedas junto al rostro de Sara, y la misma sensación tuvo en su cuerpo al oírlas.

—Yo… yo… no se qué… qué quieres decir —balbuceó.

Sin moverse ni un milímetro, Shane susurró con tanta suavidad como antes:

—Has dicho: «oh, por favor», y me preguntaba por qué lo has hecho. Si me estás pidiendo lo que creo que me estás pidiendo, te aseguro que no hace falta que lo hagas tan educadamente. De hecho, no hace falta que digas: «por favor» —añadió en tono seductor.

Al notar que sus labios prácticamente le acariciaban la oreja, Sara sintió que se le secaba la boca y que cada célula de su cuerpo ardía de necesidad y deseo. De pronto se sintió como si fuera a morir si Shane no la tocaba, si no la abrazaba, si no la besaba… si no le hacía el amor.

Su reacción no tenía explicación. Sara nunca había sentido aquel deseo casi ansioso por ningún hombre. Aquel era el motivo de que aún no hubiera recibido ninguna instrucción sobre las mecánicas del amor. Sabía lo que sucedía entre un hombre y una mujer cuando se deseaban, desde luego, pero nunca había sentido el impulso de

explorar la actividad por sí misma. No tenía objeciones morales ni sociales al sexo prematrimonial; simplemente, nunca había conocido un hombre que le hubiera hecho desear tener relaciones sexuales, lo mismo que no había conocido a ninguno que le hubiera hecho plantearse la posibilidad de casarse. El matrimonio no le interesaba en aquella fase de su vida, y no quería estar implicada sexualmente con nadie. Y era demasiado pragmática como para ofrecerse a ser desflorada solo porque ya tenía edad suficiente.

Además, sus estudios siempre habían sido lo primero, lo mismo que la carrera que seguiría a estos. Y había tenido novios en el pasado, por supuesto. Pero ninguno de ellos había significado lo suficiente como para hacerle sentir que quería entregarse de lleno a la relación.

Pero Shane Cordello si le hacía sentir aquello. En un instante, por su mera cercanía y unas palabras susurradas junto a su oído, había logrado que deseara entregarle todo aquello que había guardado para sí tanto tiempo, que deseara abandonarlo todo: estudios, familia, carrera, su situación de cautividad…

¡Oh, Dios, su situación de cautividad! ¿Cómo había podido olvidar aquello?

Se apartó apresuradamente hasta dejar al menos medio metro entre Shane y ella. Solo entonces pudo volver a respirar con normalidad. Solo entonces pudo empezar a pensar con claridad. Solo entonces pudo recordarse que aquel no era lugar para enamorarse, que Shane no era la clase de hombre que le convenía…

«Oh, no, no, no, no, Sara», se reprendió, frenética. «Cuida tu elección de las palabras».

El amor no tenía nada que ver con aquello. Lo que estaba experimentando era el simple resultado de la tensión producida por la situación en que se encontraban. Su respuesta a Shane era puramente física, se dijo. Pura química. No había nada emocional en ella. Nada.

Oyó que Shane reía en voz baja y volvió la cabeza hacia él.

—¿Qué te hace tanta gracia?

El rio en alto.

—No juegas siguiendo las reglas. Sigues haciendo preguntas a pesar de que ya no es tu turno de hacerlas.

Sara reprimió un gruñido.

—De acuerdo —dijo con aspereza—. Haz tus malditas preguntas para que vuelva a ser mi turno. Te quedan seis.

Shane abrió la boca como si fuera a protestar, pero finalmente sonrió y asintió.

—De acuerdo. ¿En qué te has especializado en la universidad?

—En chicos no —replicó Sara con frialdad.

—Eso se nota.

Ella alzó levemente la barbilla

—Si quisiera podría sacar las mejores notas en esa asignatura.

—No lo he dudado ni por un momento —aseguró Shane.

Sara trató de sonreír socarronamente.

—Si te dijera cuál es mi especialidad, tendría que matarte.

Shane miró primero a su izquierda, luego a su derecha, y luego a los ojos de Sara.

—Disculpa si no me tomo en serio la amenaza, pero supongo que habrás notado que ya me encuentro en una situación desesperada.

Ella pensó que podía decirle la verdad. A fin de cuentas, sus estudios tampoco eran un gran secreto. Algún día, el trabajo al que pensaba dedicarse sería muy secreto y misterioso, pero no había reglas respecto a sus estudios universitarios. Además existía la posibilidad de que ninguno de los dos saliera de allí con vida, de manera que lo que se contaran el uno al otro podría resultar totalmente irrelevante.

—Supongo que podría decirse que mi especialidad son las ciencias políticas. Mis estudios están específicamente centrados en la lucha antiterrorista.

—Y por eso sabes tanto sobre los Caballeros Negros.

—Lo cierto es que no —dijo Sara—. Ya era una experta en ellos cuando opté por mis estudios.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Los Caballeros Negros asesinaron a mi padre. Pusieron una bomba en las oficinas del Ru hace ocho años.

La única reacción de Shane fue abrir un poco la boca, pero sus ojos parecieron oscurecerse y todo su cuerpo se puso rígido, como si estuviera dispuesto a golpear algo. O a alguien.

—De acuerdo, siguiente pregunta —dijo en tono amenazador—. ¿Qué es el Ru?

—El Royal Inteligence Service —aclaró Sara—. Es una agencia del gobierno que actúa como la mano derecha del rey. Mi padre trabajaba para ellos.

—¿Y quiénes son los Caballeros Negros? Creo que ya va siendo hora de que me aclares a qué nos enfrentamos, Sara. Es obvio que los tipos que nos tienen secuestrados no han obtenido respuesta a sus peticiones, o de lo contrario no estaríamos aquí sentados manteniendo esta conversación.

—No —asintió Sara—. Supongo que estaríamos muertos.

La expresión de Shane se endureció aún más.

—Mayor motivo para que me lo cuentes todo. Creo que merezco saber con qué nos enfrentamos exactamente.

Sara asintió. Shane tenía razón. Hacía rato que debería haberlo puesto al tanto de todo lo que sabía.

—Como ya te había dicho, los Caballeros Negros existen hace diez años. Hoy en día se han convertido en un grupo siniestro, sin moral ni escrúpulos, pero muy bien organizado. A pesar de las investigaciones, no ha sido posible averiguar quién lo financia. Hay muchas teorías, y alguna de ellas apunta bastante alto en la administración de Penwyck. Incluso hay quienes piensan... —Sara se interrumpió. Shane no necesitaba un curso avanzado sobre los Caballeros Negros, sino la versión preliminar. Saber demasiado podía resultar peligroso para él —. El caso es que nadie está seguro de quién dirige la organización, y no hemos podido averiguar de dónde procede su financiación. Este año han sido responsables de varios actos de sabotaje contra el gobierno y los militares, por no mencionar el secuestro del príncipe Owen y el intento de secuestro de la princesa Anastasia,

Shane frunció el ceño.

—Nadie me había dicho nada sobre esos secuestros.

—Owen y Anastasia ya están a salvo y a la reina no le gusta hablar del secuestro de sus hijos. Pero tampoco ha sido un gran secreto —Sara movió la cabeza lentamente— En conjunto, me temo que este no ha sido un buen año para la Familia Real. La reina averiguó que su hermano había estado implicado en un intento de asesinato del rey algunos años atrás. La princesa Anastasia sufrió un acceso de amnesia. La princesa Meredith se puso enferma y se temió por su bebé. Owen descubrió que había sido padre cuatro años atrás, mientras a la universidad en Estados Unidos. Y la princesa Megan se quedó embarazada sin estar casada, lo cual supuso un gran escándalo. Por supuesto, se casó con el padre, el conde de Silvershire, y eso fue otro escándalo.

—¿Por qué?

—Porque el conde es de Drogheda —contestó Sara, segura de que aquel sería el único comentario necesario.

Sin embargo, Shane no pareció entender. — ¿eso qué quiere decir?

Sara suspiró, impaciente. No tenía tiempo de ponerlo al tanto sobre el enfrentamiento histórico de las naciones de Penwyck y Drogheda.

—Las familias llevan muchas generaciones enemistadas. Lo último que podíamos esperar era que una boda real las uniera.

—Ah —dijo Shane, aunque estaba claro que no había entendido nada.

Sara continuó con su historia.

—Pero por extraño que parezca todo, más extraño fue aún que el rey Morgan contrajera una encefalitis vírica y cayera en coma más o menos en la época de la boda, algo más en lo que sospechamos que tuvieron que ver los Caballeros Negros. El Royal Inteligence Institute recurrió a su gemelo idéntico para sustituirlo. Es un grupo muy

poderoso e intervino en cuanto el rey entró en coma. El caso es que al principio no le dijeron ni siquiera a la reina que era Broderick quien ocupaba el trono, y no el rey Morgan...

—¿Broderick?

—El gemelo del rey —aclaró Sara—. Si me hubieran preguntado habría dicho que el gemelo «maligno» del rey, pero nadie me pidió mi opinión. El caso es que Broderick está dirigiendo el país en lugar del rey, y lo único que está haciendo es meter la pata. Para colmo, ahora resulta que hay cuatro posibles candidatos al trono. Es como una telenovela mala.

—Tres —corrigió Shane.

—Sí, bueno, supongo que hay suficiente material como para producir tres telenovelas distintas —asintió Sara.

—Me refería a que solo hay tres posibles candidatos para el trono. Yo no pienso dirigir ningún país —dijo Shane con firmeza.

Sara lo miró Sin saber muy bien qué pensar de sus palabras.

—¿Y si resulta que tú eres el verdadero sucesor del rey?

—Eso es muy poco probable. Me cuesta mucho creer que Marcus y yo fuéramos intercambiados al nacer por otros dos gemelos. Ni siquiera puedo creer que fuéramos adoptados. Por otro lado, Marcus nació media hora antes que yo, así que, aunque acabáramos siendo los herederos perdidos, él tendría prioridad. Además, hace ya unos años que dirige una empresa de ámbito internacional, de manera que dirigir un país tiene que ser algo muy sencillo para él. Aparte de todo eso, si me ofrecieran el trabajo, no lo querría.

Aquello sí que era una sorpresa, pensó Sara. Shane le había dejado bastante claro que le gustaba vivir según sus propias normas, pero no imaginaba que nadie pudiera rechazar la posibilidad de ser rey de su propio país.

—Dices eso ahora, pero no pensarías lo mismo si alguien te confirmara que eras el sucesor legal del rey de Penwyck.

Shane negó con la cabeza.

—No. No quiero ser rey de nada.

—Tonterías —dijo Sara antes de poder contenerse—. Todo hombre quiere ser rey de algo. Lo que os gusta es controlar las cosas.

Shane pareció sorprendido por su afirmación, y solo entonces se dio cuenta Sara de lo vehemente y revelador que había sido su tono.

—Vaya, vaya —murmuró él—. Parece que hemos dado con uno de los puntos flacos del «general» Wallington.

Sara cerró los ojos un momento, contó despacio hasta cinco y volvió a abrirlos.

—De acuerdo —concedió—. Reconozco que ese es un tema delicado para mí.

—¿Por qué?

—El porqué no es importante —aseguró Sara. Al menos no lo era para Shane Cordello, se dijo—. Puede que mi comentario haya sido un poco radical, pero sigo pensando que la mayoría de los hombres aceptarían sin pensárselo dos veces la oferta de ser reyes de su país. Y que la mayoría lo haría para poder ejercer el control.

Shane la miró con tal intensidad que Sara apartó la vista.

—Yo no soy la mayoría de los hombres. Ni siquiera unos pocos.

Aquello era algo en lo que ella ya se había fijado.

—Estamos divagando —dijo.

Shane asintió.

—Me ibas contando por qué piensas que los hombres son unos obsesos del control.

—No. Estábamos hablando de todas las cosas extrañas que le han sucedido a la Familia Real durante el último año —corrigió Sara con suavidad.

—Ah, sí. Luego, podemos seguir hablando del asunto del control.

«Ni hablar», pensó Sara, pero no tuvo oportunidad de decir nada porque Shane siguió hablando.

—¿Por qué no se me puso antes al tanto de todo esto?

—Puede que la reina temiera que no quisieras ir a Penwyck si te enteraras.

—Puede que la reina tuviera razón —replicó Shane secamente.

—Estoy segura de que planeaba contártelo en cuanto llegaras. Después de todo, este viaje se ha organizado de forma bastante precipitada.

—Sí, y mira lo que pasa cuando se organizan los viajes de forma tan precipitada —dijo Shane en tono burlón. Luego, soltó un exasperado aliento y movió la cabeza lentamente—. Tengo que empezar a ver las noticias más a menudo.

—Los canales norteamericanos apenas dan noticias de lo que sucede en Penwyck —le recordó Sara—. Yo suelo estar informada de todo gracias a mi madre y a mis hermanas. No debe preocuparte no estar al tanto. Ahora ya lo estás.

—Pero lo que sé responde a muy pocas de mis preguntas. Por ejemplo, ¿a qué ha venido lo de los diamantes? Fawn los mencionó y uno de los tipos la hizo callar. ¿De qué estaba hablando?

—No tengo ni idea —contestó Sara sinceramente—. He supuesto que te han secuestrado por tu posible vinculación con el trono. Ya secuestraron y liberaron al príncipe Owen. Puede que sepan algo que no sabemos. Puede que Owen no sea el heredero y tú sí. Pero no tengo idea de dónde encajan los diamantes. Lo que más los preocupa son las alianzas con Majorco y Estados Unidos, y te aseguro que nada

detendrá a los Caballeros Negros para conseguir su propósito. Son un grupo siniestro del que se puede esperar lo peor.

—En ese caso —dijo Shane—, tenemos que salir de aquí lo antes posible.

—Por supuesto. ¿Qué te parece si llamo a la reina y le pido que envíe un coche a recogernos? —preguntó Sara en tono burlón—. Podrían parar de pasó en un supermercado para traernos unos sándwiches.

Shane le dedicó una mirada sarcástica. —No he dicho que fuera a ser fácil.

—No, pero si tienes un plan mejor que el mío, me gustaría oírlo.

Capítulo Seis

Probablemente iba a conseguir que los mataran, pensó Shane un rato después. Pero Sara había aceptado seguir adelante con su plan, de manera que ella sería igualmente responsable de sus muertes.

Extrañamente, aquello no le produjo ningún consuelo.

Pero mientras permanecían sentados en la oscuridad, pues las pilas de la linterna ya se habían agotado, se dijo que no tenían más opción que intentar escapar. No había ninguna garantía de que los Caballeros Negros fueran a dejarlos vivir, aunque la reina accediera a sus demandas. Lo más probable era que tuvieran decidido matarlos en cualquier caso.

De manera que su única alternativa era escapar. Si podían. Solo esperaba que ambos fueran lo suficientemente valientes y fuertes como para lograrlo.

El momento para averiguar si lo eran llegó antes de lo que esperaba, cuando oyó el sonido de unos pasos acercándose. Esperaba que fuera Fawn, porque sería más fácil reducirla que a uno de los hombres.

Los dioses debieron de oír su ruego, porque fue Fawn quien abrió la puerta. Llevaba en las manos el termo y la cesta que había recogido uno de los hombres cuando había acudido a abrirles para que fueran al baño. Fawn parecía más cansada que aquella mañana y Shane no pudo evitar preguntarse si estaría teniendo tantas dificultades como él para dormir.

Antes de que cualquiera de ellos pudiera decir nada, Shane oyó un ruido en el exterior y escuchó atentamente. Cuando se dio cuenta de qué se trataba tuvo que reprimir una sonrisa. Era uno de los mejores sonidos que había oído en su vida, incluso mejor que el rugido de las olas mientras se curvaban sobre él cuando hacía surf, o que el murmullo de una mujer satisfecha cuando despertaba a su lado un plácido domingo por la mañana.

Porque lo que oyó Shane fue el sonido de un coche alejándose.

Al menos uno de los secuestradores se había ido de la casa. Con un poco de suerte se habrían ido dos. Miró a Sara para ver si también lo había oído y, por la expresión de júbilo de su mirada, supo que así había sido. Luego, simulando no haber oído nada, miró a Fawn.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó sin preámbulos.

—No es hora de ir al baño.

Shane se encogió de hombros.

—Ya sabes, la llamada de la naturaleza y todo eso—dijo—. Un hombre debe hacer lo que debe hacer —añadió, a la vez que dedicaba a su captora su mejor sonrisa.

—No es hora de ir al baño —repitió Fawn—. Es hora de comer. Luego, podrás ir al baño.

En lugar de responder, Shane se levantó despacio, con los brazos a los lados, para que ella no pensara que trataba de hacer algo raro.

—Lo cierto es que no estoy acostumbrado a beber el té que tanto consumís los habitantes de Penwyck —dijo en tono muy relajado—, y te aseguro que si no me dejas ir al baño voy a quedarme muy... frustrado.

Fawn frunció el ceño y miró a Sara, que seguía tranquilamente sentada en el suelo.

—No me mires. Me crie en Penwyck y prácticamente mamé el té. Mi vejiga no tiene ningún problema. Es él el que tiene que ir.

Fawn dudó un momento y luego suspiró, exasperada.

—De acuerdo —dijo —. Puedes ir al baño. Pero no intentes nada raro; ya sabes que somos más y que estamos armados.

—Sí, nada menos que con un termo y una cesta de pan —dijo Shane.

Sin advertencia previa, Fawn le arrojó los artículos en cuestión. Shane los atrapó y los arrojó a su vez a Sara, que los atrapó sin dificultad. Luego, con las manos aún a los lados para no resultar amenazador, dio unos pasos hacia la puerta... y hacia su captora.

Fawn dio un paso atrás al ver que se acercaba y se apartó para dejarlo pasar.

Shane siguió avanzando pero, nada más cruzar el umbral, se volvió, aferró a Fawn y la empujó al interior de la despensa. Sin perder un instante ni darle tiempo a reaccionar, Sara la golpeó con el termo en la cabeza. Fawn cayó como un fardo al suelo, inconsciente. Sara se inclinó, le quitó los zapatos lisos que llevaba y se los puso. Luego, con el termo bajo un brazo y la cesta del pan colgando del otro, pasó por encima del cuerpo inerte y se acercó a un sonriente Shane.

—Por algún motivo he disfrutado con esto —susurró cuando estuvo junto a él—. Fawn tiene unos pies mastodónticos, pero creo que lograré conservar los zapatos puestos —bajó la mirada hacia los pies de Shane, que aún seguían en calcetines—. ¿Y tú?

—Me las arreglaré —susurró él—. Tengo el pellejo muy duro, y he pasado gran parte de mi vida corriendo sobre arena caliente y veneras rotas. No hay problema —señaló con la cabeza la puerta trasera del otro lado de la cocina—. ¿Vamos?

—Sí —contestó Sara a la vez que sujetaba el termo y el pan con firmeza—. Nuestros secuestradores son unos anfitriones realmente funestos. Creo que puedo decir con total seguridad que esta es la peor fiesta a la que he asistido nunca.

No se sorprendieron al llegar a la puerta y encontrarla cerrada. Sin más preámbulos, Shane le dio una patada. El primer golpe solo debió de servir para alertar a quien pudiera estar en la casa de que trataban de huir. Sin embargo, con el segundo logró abrirla. Salieron de inmediato al porche. Hacía frío y el sol se estaba poniendo, pero aún había suficiente luz como para ver por dónde ir, aunque ninguno de los dos supiera muy bien lo que iban a hacer o dónde estaban. Shane se puso de inmediato en marcha hacia la zona boscosa que había en la parte trasera de la casa, confiando en que Sara lo siguiera.

Acababan de alcanzar los primeros árboles cuando se oyó una enfadada voz masculina tras ellos. Instintivamente, Shane tomó la mano de Sara y enlazó sus dedos con los de ella. Mientras corrían se fijó más en la soltura con que ella lograba mantener el ritmo que en el dolor que le producía en los pies cada paso que daba.

Ninguno de los dos dijo nada mientras se adentraban en el bosque. Poco a poco, la voz del hombre que los seguía fue perdiéndose, hasta desaparecer por completo. Para entonces ya casi había oscurecido y Shane supo que muy pronto sería inútil seguir corriendo, de manera que redujo poco a poco la marcha.

Los pies le dolían mucho, y ese era otro motivo por el que necesitaba ir más despacio. Pero su pánico había remitido y su instinto le decía que ya no se encontraban en una situación tan precaria como antes de dejar la casa.

—¿Cómo vas? —preguntó en un susurro a la vez que se detenía.

Reacio, soltó la mano de Sara y se inclinó un momento para ayudarse a respirar. Luego, se irguió. Apenas podía distinguir algo más que su silueta en la oscuridad, y vio que ella también se esforzaba por normalizar su respiración. La cesta del pan aún colgaba de su brazo y, por el extraño perfil de su cuerpo, Shane dedujo que había metido el termo en el interior de su blusa. No pudo evitar sonreír al verlo. No había duda de que aquella mujer pensaba rápido.

—Estoy bien —contestó Sara, jadeante—. Solo me he quedado sin aire. ¿Qué tal van tus pies?

—Bien —contestó Shane, a pesar de que le dolían mucho—. Pero no me vendría mal poder los un rato. Por casualidad no te habrás vuelto vidente en las últimas horas y sabrás con exactitud dónde estamos y cómo salir de aquí, ¿no?

—Lo siento, pero me temo que no. Pero si echamos un vistazo al cielo tal vez pueda orientarme.

Ambos alzaron la cabeza a la vez, pero lo único que lograron ver fue un denso entramado de ramas y hojas.

—No estoy segura, pero creo que estamos subiendo una montaña —dijo Sara.

—Yo he tenido la misma sensación.

—Probablemente deberíamos estar bajándola.

Shane asintió, reacio.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Pero creo que lo mejor que podemos hacer es esperar a que amanezca. De momento hemos perdido a nuestros captores, pero volverán a seguirnos en cuanto salga el sol, y lo mejor sería que nosotros los viéramos primero.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿has pasado ya alguna noche bajo las estrellas? —preguntó Shane.

Sara negó con la cabeza.

—No. Siempre he pensado que si decidiera dormir alguna noche bajo las estrellas sería con Tom Cruise o George Clooney.

Shane rio y estuvo a punto de decir que, aunque él no fuera una estrella, no le importaría hacerle compañía.

En lugar de ello, dijo:—Te aseguro que esto va a ser mejor.

—Lo dudo.

—Vamos, ¿dónde ha quedado el espíritu del general Wallington?

—En la despensa, bajo el cuerpo de Fawn, la de los pies mastodónticos.

—Aquí estaremos bien —prometió Shane, aunque no las tenía todas consigo—. Creo que incluso recuerdo cómo me enseñaron a encender un fuego con dos palos cuando estaba en los boyscouts.

—No hay duda de que sabes impresionar a una chica en la primera cita —dijo Sara en tono irónico—. ¿Fuego con dos palos? Me dejas patidifusa.

—¿Significa eso que vas a invitarme más tarde a tomar algo calentito?

—Lo primero es lo primero. Tengo que asegurarme de que puedes hacer el fuego que has prometido.

Pasaron los siguientes minutos buscando un lugar adecuado en el que detenerse. Finalmente encontraron un pequeño claro con unas rocas que estaban situadas en dirección opuesta a la que habían tomado.

Mientras Shane buscaba unas ramas pare encender el fuego, Sara dispuso las cosas para comer. Cuando terminaron su frugal comida, Shane se dio cuenta de que tenía los pies en un estado lamentable.

Sara debió de leerle la mente, porque, un segundo después, volvía la mirada hacia sus pies.

—Oh, Dios mío —murmuró a la vez que rodeaba el fuego y se acercaba a la roca en que Shane había apoyado los pies para calentarlos—. Me habías dicho que tenías los pies bien.

—Los tenía bien cuando me has preguntado —mintió él.

—De eso nada. Estaban sangrando. Es obvio que no te han empezado a sangrar ahora.

—Sí, pero los tenía entumecidos y no lo sabía.

—Mentiroso —replicó Sara—. Te los has destrozado del todo mientras corríamos. ¿Por qué no has dicho nada?

—Me temo que estaba un tanto ocupado huyendo de alguien que quería matarme —dijo Shane con ironía.

Sara hizo una mueca.

—Mañana vas a usar tú los zapatos de Fawn. Como ya he dicho, tiene unos pies mastodónticos, así que puede que te valgan.

—Estaré bien —dijo Shane—. Quédate con los zapatos de Fawn —sonrió—. Además, no van a juego con mi cinturón.

—También te han quitado el cinturón —le recordó Sara sin poder evitar responder a su sonrisa.

—Más motivo para no llevar zapatos. Sería ir contra la moda.

Sara pensó que aquel comentario no necesitaba respuesta, de manera que no dijo nada mientras empezaba a retirarle los calcetines. Una vez hecho esto, la luz del fuego reveló hasta qué punto había mentido Shane respecto al estado de sus pies. Estaban hechos un desastre, con cortes, rozaduras y restos de sangre seca.

Aún quedaba un poco de té en el termo y Sara lo agarró para quitarle la tapa. Luego, empezó a quitarse el jersey con intención de mojarlo para limpiar los pies de Shane, pero pensó que le convenía más conservar el jersey y utilizar en su lugar la blusa.

—Enseguida vuelvo —dijo a la vez que se ponía en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó Shane, confundido.

Sara señaló las rocas.

—Ahí detrás. Tengo algo que hacer.

Dejó que Shane interpretara aquello como quisiera y se retiró tras las rocas. Una vez allí se quitó las medias, que estaban hechas un desastre, y el jersey. Tras quitarse la blusa volvió a ponerse este y se lo abrochó hasta el cuello.

—Cien por cien seda —dijo mientras volvía junto a Shane—. Nada menos que de Ralph Lauren. Servirá para hacer unos excelentes vendajes.

—Pero...

Sara interrumpió las objeciones que fuera hacer Shane desgarrando la camisa. Utilizó una parte para hacer varias vendas y el resto para mojarlo y limpiar la sangre y las heridas de los pies de Shane. Tras vendárselos cuidadosamente, volvió a colocarlos sobre la roca, cerca del fuego. Pero cuando alzó la mirada hacia él para ver qué tal estaba, se quedó sin aliento. Su rostro estaba semioculto por las sombras, pero

notó que su mirada se había oscurecido. La tenía totalmente centrada en ella y había algo en su expresión que resultaba a la vez atractivo, amenazador... y muy excitante.

—¿Te... te sientes mejor? —preguntó Sara, y su voz apenas fue un susurro.

Shane asintió despacio, sin decir nada, y se limitó a seguir mirándola.

Ella tragó con esfuerzo y trató de decirse que solo estaba imaginando cosas. Solo estaba imaginando el calor que había empezado a recorrerla, el deseo de tocar el resto de su cuerpo como había tocado sus pies, de que la tomara entre sus brazos y la abrazara, de que le hiciera...

—¿Puedo... hacer algo más por ti? —balbuceó, en un intento de frenar sus pensamientos antes de que la llevaran a un terreno demasiado peligroso.

Shane se limitó a asentir de nuevo sin decir nada.

—Y... ¿de qué se trata?

Al ver que seguía en silencio, Sara se preguntó si la debilidad que se había apoderado de su cuerpo habría alcanzado a su voz. Estaba a punto de repetir su pregunta cuando, finalmente, Shane habló.

—Ven aquí —fue todo lo que dijo, pero el tono de su voz sonó muy distinto al que Sara había oído hasta entonces. De hecho, sonó como la voz de un hombre firmemente decidido a...

Dios santo. Había sonado como la voz de un hombre decidido a hacer el amor en aquel mismo instante. Sara no tenía mucha experiencia en reconocer cómo sonaba la voz de un hombre decidido a hacer el amor, pero tampoco era una virgen temblorosa. Era simplemente una virgen normal. A pesar de todo, sabía reconocer el tono de voz de un hombre excitado. Y no había duda de que Shane lo estaba. O algo parecido.

¿Pero cómo era posible que un hombre se excitara porque una mujer le lavara los pies? Había que hacer un gran esfuerzo de imaginación para considerar excitante aquella actividad, Pero lo más probable era que aún no supiera lo suficiente sobre los hombres.

—¿Qué... qué has dicho?

—Ven aquí —repitió Shane en voz más alta. Más exigente. Más excitante...

Normalmente, Sara no hacía caso cuando alguien le hablaba en tono imperativo, pero en aquella ocasión sintió que una fuerza sobre la que no ejercía ningún control la impulsaba a obedecer.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó a la vez que se arrodillaba junto a él.

Shane dudó un momento. Luego, con el mismo tono ronco y

sensual, dijo: —Necesito que te inclines hacia mí.

Sara volvió a tragar saliva al ver que sus ojos se oscurecían aún más mientras hablaba.

—¿Por… por qué? —preguntó, sin aliento—. ¿Por qué quieres que haga eso?

—Porque necesito besarte.

Capítulo Siete

Convencida de haber oído mal, Sara miró atentamente el rostro de Shane. Por su expresión supo de inmediato que había dicho exactamente lo que había creído oír… y que lo había hecho en serio.

—Tú... tú... tú... —empezó, pero fue incapaz de continuar, como si de repente se hubiera quedado sin cerebro.

—Necesito besarte, Sara —repitió él en tono insistente, exigente, excitante...

—Quiero besarte. Inclínate para que pueda hacerlo.

Y, de algún modo, incluso mientras se decía que aquello no podía ser buena idea, Sara hizo exactamente lo que le había pedido. Se inclinó despacio hacia delante, pero mantuvo las palmas de las manos en el suelo, como si así pudiera mantenerse anclada a la realidad. Shane pasó una mano tras su cuello y la atrajo hacia sí con firme delicadeza.

Y entonces su boca se encontró con la de ella, o tal vez fue al revés, pero la maravillosa sensación que recorrió el cuerpo de Sara como resultado hizo que le diera totalmente lo mismo quién hubiera dado el último impulso.

Shane la besó como nunca la habían besado, de un modo a la vez vacilante y firme, confiado e indeciso. Al principio se limitó a rozarle los labios hasta tres veces antes de apartarse un poco. Al notarlo, Sara abrió los ojos y vio que la miraba con expresión enigmática. Sonrió y, sin esperar a que él volviera a besarla, adelantó la cabeza y fundió sus labios con los de él.

La sensación que siguió fue exquisita.

La barba de Shane le rozaba la boca, pero la sensación de sus labios era tan suave, cálida e incitante... Incapaz de contenerse, Sara apartó las manos del suelo y apoyó las palmas contra su pecho, maravillándose al sentir la sólida musculatura que palparon sus dedos. Ya se había fijado en varias ocasiones en lo bien hecho que estaba, gracias a su trabajo, probablemente; y también se había preguntado más veces de las debidas qué se sentiría siendo la mujer que se acostara con él.

Allí tenía su oportunidad, pensó.

Entonces, sin ni siquiera darse cuenta de que lo había hecho, se encontró de pronto tumbada a su lado, con todo el cuerpo pegado al de él. Shane reaccionó al instante y le pasó una mano por la cintura para retenerla contra sí, como si temiera que fuera a apartarse de inmediato.

Pero Sara no tenía ninguna intención de hacerlo. No pensaba ir a ningún sitio. Al menos de momento...

Shane ladeó la cabeza y tomó su boca de un modo más posesivo, más íntimo. La besó una y otra vez, hasta que su deseo por ella se transformó en voracidad. Cuando Sara abrió la boca para tomar aire, él la penetró con la lengua y la saboreó de un modo inicialmente vacilante, pero que enseguida se volvió más apasionado. Ella se sintió sorprendida por la invasión y estuvo a punto de apartarse, pero había algo intensamente erótico en el hecho de sentir a Shane en su interior de aquel modo, de manera que se abrió completamente a él e incluso se aventuró a devolverle las caricias con la lengua.

Shane gimió al sentir la primera penetración. Por unos instantes lucharon por la posesión del beso, entrelazando sus lenguas, tentándose, jugueteando... De pronto, Sara se encontró tumbada de espaldas y con Shane a medias sobre ella. Sentir el peso de su cuerpo contra los pechos, la pelvis y los muslos, le produjo la excitación más intensa que había experimentado en su vida. Cuando lo rodeó con los brazos por la cintura, Shane situó una pierna entre sus muslos y apoyó una mano en su cadera. Entonces se hizo verdaderamente cargo del beso y la penetró una y otra vez con su lengua a la vez que presionaba la pierna contra la parte más íntima de su cuerpo, creando una deliciosa fricción que Sara nunca había experimentado. En aquella ocasión fue ella quien gimió en respuesta, primero a causa de la ráfaga de calor que explotó entre sus piernas, y luego por el modo que fue extendiéndose por su cuerpo.

Entonces sintió que la mano de Shane ascendía hasta el borde de su jersey y empezaba a desabrochárselo. Finalmente, la prenda se abrió sobre su sujetador. Shane apartó su boca de la de ella y, jadeante, deslizó los labios abiertos por su barbilla, su garganta, su cuello, hasta llegar a la carne que sobresalía del sujetador. Sara entrelazó los dedos con su pelo y temió enloquecer a causa de las sensaciones que recorrían su cuerpo y el fuego que ardía entre sus piernas.

Para entonces la falda se le había subido casi hasta la cintura y, junto con el jersey abierto, la hizo sentirse expuesta y vulnerable. Y en algún lugar del fondo de su enfebrecida mente empezó a darse cuenta de lo que estaba pasando. ¿Qué sucedería si permitía que aquello continuara? Y sabía que no estaba preparada para que sucediera. Aún no.

—¡No! —exclamó a la vez que empujaba a Shane con ambas manos para que se retirara. En cuanto estuvo libre se fue al otro lado del fuego, que ya se estaba consumiendo. Cerró su jersey y trató de relajar su agitada respiración. Pero los pensamientos giraban a tal velocidad en su cabeza que les faltaba coherencia y significado. No sabía qué decir.

—No podemos —logró decir finalmente, porque aquello era lo

único que tenía claro—. No podemos hacer esto, Shane. No podemos.

—¿Por qué? —preguntó él, con la respiración tan agitada como la de ella.

Sara se aferró a lo primero que se le ocurrió.

—Por los Caballeros Negros. Podrían estar en cualquier lugar —dijo, aunque estaba segura de que habían perdido su rastro hacía rato.

Shane la miró un momento en silencio.

—Sí, claro —murmuró—. Supongo que no sería buena idea dejar que nos atraparan con los calzoncillos bajados.

Sara cerró los ojos y deseó que Shane no hubiera utilizado aquel eufemismo en particular.

Evidentemente, Shane se lo estaba pensando, porque enseguida trató de dar marcha atrás.

—Quiero decir que...

Pero ambos sabían que ya era demasiado tarde.

Si hubieran seguido donde lo habían dejado, los habrían atrapado con bastante menos que los calzoncillos.

—No ha pasado nada —dijo Sara, consciente de que mentía—. Estamos viviendo unas circunstancias muy tensas y es lógico que haya pasado esto.

—Sí, claro —dijo Shane en tono sarcástico—. Es lógico que haya pasado. La tensión. Nada más.

—Exacto. Nada más.

Sara empezó a abrochar su jersey, pero le llevó bastante más tiempo del habitual porque las manos le temblaban de un modo incontrolable. Cuando miró a Shane vio que su expresión de había vuelto hermética, de manera que no pudo descifrar lo que estaba sintiendo.

Decepción, sin duda, pensó, porque, junto con otras cuantas cosas, era lo que estaba sintiendo ella. Sin embargo, para Shane, como para cualquier otro hombre, lo más probable fuera que su decepción se debiera a la mera frustración física, una frustración que habría podido satisfacer con cualquier cuerpo.

Pero para ella, la decepción tomaba muchas formas. Ella también sentía una intensa frustración física, por supuesto, pero era específicamente con Shane con quien habría querido completar su unión, no con cualquier otro, Y le habría gustado saber si él sentía lo mismo que ella.

Alzó una mano y frotó sus cansados ojos. Dormir. Necesitaba dormir. Ambos lo necesitaban. No podían fiarse de nada de lo que sucediera estando exhaustos y sobrecargados de adrenalina. No era de extrañar que hubiera sucedido lo que había sucedido. A cualquiera le habría pasado lo mismo.

—Probablemente deberíamos dormir por turnos —dijo Shane, como si hubiera leído su mente—. Yo estoy un poco… tenso, así que ¿por qué no empiezas tú?

—De acuerdo —contestó Sara, reacia. Ella también estaba tensa, pero se sentía tan cansada…

Se tumbó donde estaba, bien alejada de Shane Cordello. Al día siguiente todo tendría más sentido y se vería más claro. Con un poco de suerte, bajarían la montaña y encontrarían algún pueblo cercano. Entonces…

Suspiró pesadamente mientras se le cerraban los ojos. Pensaría en el «entonces» al día siguiente.

A la mañana siguiente, cuando se pusieron en marcha, ninguno de los dos mencionó lo que había pasado. Su abrazo había sido tan fugaz e irreal que había momentos en que Shane pensaba que lo había soñado. También había otros en que recordaba cada instante de lo sucedido, pero enseguida se veía obligado a reconocer que había sido un error. El problema era que no llegaba a convencerse a sí mismo de ello, porque, ¿cómo iba a haber sido un error algo que le había parecido tan maravilloso y perfecto? En cualquier caso, era un alivio que Sara pareciera tan reacia a hablar del tema como él. Porque, a pesar de las circunstancias, no debería haber sucedido.

Al menos, no todavía.

Pero lo mejor que podían hacer ambos era centrarse en su inmediato futuro, no en el pasado. No tenían ni idea de dónde estaban y, sin duda, sus secuestradores seguirían buscándolos. No tenían más remedio que seguir adelante con los ojos y los oídos bien abiertos.

El día resultó largo y tedioso, y apenas hablaron. Shane se preguntó si se debía a que ambos se sentían incómodos por lo sucedido la noche anterior, o a que estaban ansiosos por alejarse de los Caballeros Negros, o, simplemente, a que estaban concentrados en el terreno y en la orientación del sol. Probablemente era una combinación de las tres cosas, pero en aquellos momentos lo importante era centrarse en encontrar el camino de vuelta casa, no en recordar lo dulce, agradable y excitante que había sido tener a Sara entre sus brazos.

Ya estaba atardeciendo cuando salieron del bosque a una zona despejada desde la que se divisaba una casa de labranza en la distancia. Una casa de cuya chimenea salía humo y en cuyas ventanas ardía una pálida luz amarilla. Por la reacción de Sara y de Shane, cualquiera habría pensado que acababan de encontrar un tesoro oculto durante siglos. Cuando aceleraron instintivamente el paso, la perspectiva de verse finalmente libres hizo que Shane ni siquiera recordara el dolor de sus pies.

Cuando estuvieron más cerca comprobaron que la casa era una sencilla construcción de estuco rodeaba de una valla de piedra tras la que había un pequeño viñedo. Ninguno de los dos se había alegrado tanto en su vida de ver una casa.

Sara se detuvo ante la verja de entrada sin abrirla.

—¿Qué sucede? —preguntó Shane cuando ella apoyó una mano en su brazo para detenerlo—. El final de nuestro secuestro está a la vista. ¿Por qué nos paramos?

—Debemos tener cuidado. La gente que vive en zonas tan apartadas no suele fiarse de los desconocidos. Especialmente de desconocidos con nuestro aspecto.

A Shane no le quedó más remedio que estar de acuerdo. El jersey y la falda de Sara estaban obviamente sucios, al igual que sus manos y piernas, y el pelo le caía completamente revuelto sobre los hombros. Y eso que ella era la que mejor aspecto tenía de los dos.

—Debemos buscar alguna excusa para explicar nuestro aspecto —dijo Sara que, al parecer, también empezaba a desarrollar la capacidad de leer la mente de Shane—. Incluso si resulta ser una familia agradable, se preguntarán quiénes se han presentado en su casa con este aspecto.

—Podemos decirles que estábamos acampando

—dijo Shane—. Que estamos de luna de miel por Europa y que hemos sido atacados por… por unos osos.

Sara sonrió.

—No creo que haya osos por aquí.

—Oh.

—Y resultaría extraño que yo lleve falda si estamos acampando. Por no mencionar tu falta de calzado.

Shane asintió.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Creo que la parte de la luna de miel está bien, pero necesitamos pensar en algo distinto a los osos. Algo como… —Sara abrió los ojos con expresión de júbilo— como unos ladrones, por ejemplo.

Salteadores de camino modernos. Aunque no sean muy comunes, si son creíbles en esta parte del mundo. Conducíamos por la montaña disfrutando de las vistas cuando alguien que nos seguía nos hizo salir de la carretera. A fin de cuentas estamos de luna de miel, así que no estábamos prestando demasiada atención a si nos seguían o no. Teníamos nuestras mentes en otras cosas.

Sus miradas se encontraron como por mutuo acuerdo, y Shane supo que, efectivamente, en aquel momento ambos tenían sus mentes en otras cosas. De hecho, en otra cosa en particular.

—Así que… hemos sido asaltados por unos salteadores de camino

que nos han robado el coche y todas nuestras pertenencias —continuó Sara precipitadamente—. Después hemos tenido que bajar la montaña y así es como hemos llegado hasta su puerta. ¿Qué te parece?

Shane pensó un momento en el relato se Sara y asintió.

—Parece bastante creíble. ¿Pero estás segura de que hablas la lengua de este lugar? A fin de cuentas, no sabemos dónde estamos.

—No te preocupes por eso —dijo Sara en tono tranquilizador.

—En ese caso, ¿a qué esperamos?

Sara respiró profundamente, sonrió para darse ánimos, tomó la mano de Shane a la vez que le recordaba que estaban de luna de miel, como si no quisiera que él malinterpretara el gesto, y se encaminó hacia la casa. Cuando se detuvieron ante la puerta utilizó su mano libre para llamar.

Al cabo de un momento la puerta se abrió y fueron recibidos por una mujer de pelo canoso, sujeto en un firme moño en lo alto de su cabeza. Vestía falda negra, camisa blanca y zapatos negros y llevaba un chal bordado sobre los hombros. Sonrió con una mezcla de calidez y curiosidad al verlos.

—¿Sí? —dijo.

—Buenas tardes, señora —empezó Sara.

En aquel momento, un hombre corpulento y de pelo también canoso se unió a la mujer. Como ella, vestía pantalones negros, camisa blanca y zapatos negros. En lugar del chal, llevaba un gastado chaleco marrón. Su sonrisa también fue inquisitiva pero cortés, y Sara se la devolvió.

Lo que siguió fue un rápido intercambio en español que Shane apenas pudo seguir, a pesar de que hablaba lo suficiente la lengua como para hacer una escapada de vez en cuando a Tijuana. Pero captó lo bastante como para saber que Sara les estaba contando la historia de los ladrones. Debió de resultar convincente, porque la expresión de la pareja fue pasando de la cautela a la conmoción y de esta a la pena. Finalmente, la mujer chasqueó varias veces la lengua, apoyó una mano en el hombro de Sara y palmeó maternalmente la mejilla de Shane antes de invitarlos a pasar.

El interior de la casa era tan sencillo y modesto como el exterior, pero resultaba muy acogedor.

Mientras los demás hablaban, Shane hizo lo posible por seguir sonriendo pacíficamente mientras pensaba en el mal aspecto que debía de tener y en lo mal que debía de oler. Tras unos minutos, el hombre asintió en respuesta a algo que dijo su mujer y salió de la habitación. Ella tomó a Sara de la mano y la condujo hasta una mecedora que se hallaba frente a la chimenea a la vez que hacía un gesto para que Shane las siguiera. Luego, se acercó hasta una puerta que, juzgando

por el delicioso olor que llegaba a través de ella, debía de dar a la cocina.

—Hilda va a traernos algo de comer —dijo Sara—. Su marido se llama Enrique. Se apellidan Santos. Les he contado lo que habíamos acordado y han insistido en que nos quedemos aquí a pasar la noche. El pueblo más cercano está a una hora y Enrique no puede conducir de noche. Creo que sería una tontería por nuestra parte tratar de avanzar más esta noche si podemos evitarlo. Pero no tienen teléfono, así que no podemos ponernos en contacto con nadie —su expresión se volvió más preocupada cuando añadió—: Odio molestar a estas personas, porque es obvio que tienen muy poco, pero se han ofrecido a compartirlo con nosotros. Me siento muy mal por mentirles de este modo.

—¿Crees que se sentirían mejor si les dijeras que en sus montañas hay unos cuantos secuestradores?

—No creo...

—Si va a hacer que te sientas mejor puedes decirles la verdad mañana, antes de irnos. Y cuando lleguemos a Penwyck puedes enviarles un talón, o algún detalle para agradecerles su hospitalidad.

Sara suspiró pesadamente y se llevó una mano a la cabeza. Al tocarse el pelo hizo una mueca de desagrado.

—Uf. Estoy asquerosa. Ambos deberíamos lavarnos antes de comer algo —miró su indumentaria—. Ojalá tuviéramos otra ropa que ponernos.

Como por arte de magia, en aquel momento apareció Enrique con varias prendas de vestir en ambos brazos. Sonrió mientras se acercaba a Sara y le entregaba las que llevaba en el brazo derecho. Las del izquierdo fueron para Shane.

—Gracias —dijo Sara por ambos. Intercambió unas palabras en español con Enrique y luego miró a Shane—. Las ropas pertenecían a sus hijos, que ya son mayores y no viven aquí —explicó—. Ha dicho que podemos lavarnos en el baño de arriba y que también tienen una habitación libre para nosotros. Le he dicho que nos gustaría lavarnos antes de comer, así que ¿quieres ir tú primero?

Shane negó con la cabeza.

—Las damas primero —dijo, y lo cierto era que nunca había dicho aquellas palabras con tanta verdad. Porque, aun sucia, con el pelo revuelto y la ropa hecha un asco, Sara Wallington era la mujer con más clase que había conocido en su vida, y no había dejado de pensar en ella desde que le había puesto los ojos encima. Cuando se levantó de la silla lo hizo con la majestuosidad de una reina, y cuando volvió a dar las gracias a Enrique, lo hizo con tal dignidad y nobleza que podría haber sido la propia reina de Penwyck.

Menuda mujer…

Shane acababa de pensar aquello cuando Enrique lo dijo en alto en su lengua nativa. Shane rio y se las arregló para chapurrear en español que estaba de acuerdo. Luego, mantuvieron un forzado diálogo sobre la zona en la que se encontraban, el tiempo y lo ruines que podían ser los salteadores. Pero cuando la conversación se encaminó hacia lo agradable que era estar recién casado y la suerte que tenía Shane de haber encontrado a una chica tan guapa, este prefirió cambiar de terna.

Estaba de acuerdo con todo lo que había dicho su anfitrión, por supuesto, pero sabía que debían mentir. Si dijeran la verdad, lo más probable sería que los Santos no los creyeran, o, silos creían, se asustarían y temerían por sus vidas. Y Shane no creía que estuvieran en peligro. De lo contrario no estaría allí, poniéndolos en peligro, y Sara y él ya estarían huyendo de nuevo.

De manera que no era la mentira en sí lo que lo preocupaba. De hecho, no lo había preocupado nada elaborarla antes de entrar en la casa. Sin embargo, por algún motivo, la mentira empezaba a resultarle incómoda. Y, de pronto, no le pareció bien mentir a Hilda y Enrique.

Sara debió de tomar una ducha muy rápida, porque regresó enseguida vestida con una falda larga de flores verdes y azules y una blusa del color verde de sus ojos. Su pelo aún estaba húmedo y se lo había sujetado en una trenza. Su aspecto resultaba más suave, más etéreo que antes. Viéndola así parecía más joven, más dulce, más ingenua, más…

«Guau!». Aquel fue el adjetivo más apropiado que encontró Shane para describir lo que parecía Sara. Parecía realmente: «Guau!»

—El baño es todo tuyo —dijo ella. Pero aunque el comentario iba obviamente dirigido a Shane, pareció dirigir su mirada a todos lados excepto a él, como si estuviera demasiado nerviosa corno para mirarlo. Como si se sintiera incómoda por algún motivo.

¿Pero por qué iba a sentirse incómoda?, se preguntó Shane. En aquellos momentos Sara debía de sentirse mejor que hacía varios días. Sin embargo, parecía más ansiosa que nunca.

Shane se volvió hacia Enrique, le dio las gracias por su hospitalidad y luego miró de nuevo a Sara, pero esta aún evitaba su mirada y parecía inquieta por algo.

De manera que se limitó a sonreír y dijo:

—Gracias. No tardo —y se encaminó al baño.

Al pasar junto a Sara trató de no notar lo bien que olía, lo femenina, fresca y cálida que parecía. Y se esforzó aún más por no pensar en «la» habitación que les habían prometido los Santos para pasar aquella noche. Noche que, probablemente, iba a ser una de las



más largas de su vida.

Capítulo Ocho

Oh, oh, oh.

Sara no podía creer lo nerviosa que estaba solo por encontrarse en la misma habitación que Shane… la cocina, nada menos, probablemente la habitación más inofensiva de la casa en cuanto a riesgos sociales. Y el hecho era que lo único que estaba haciendo Shane era consumir su gazpacho con toda la calma del mundo, como si no tuviera la más mínima preocupación. Sin embargo, aquello era precisamente lo que estaba poniendo nerviosa a Sara. A pesar de las incomodidades y peligros que había experimentado durante aquellos días, nunca se había sentido más aprensiva que en aquellos momentos, sentada a la mesa frente a un hombre atractivo, viéndolo comer.

Y lo cierto era que podía señalar el segundo exacto en que la aprensión había comenzado: cuando había salido de la ducha y se había dado cuenta de que su ropa interior estaba demasiado sucia como para volver a ponérsela.

Oh, oh, oh.

Al parecer, Enrique no había pensado en aquel detalle cuando había ido a buscarles ropa limpia, y Sara no se había sentido con ánimos para mencionarle el tema a Hilda porque ya tenía la sensación de estar abusando lo suficiente de su hospitalidad.

El resultado era que iba a tener que compartir el dormitorio con Shane… sin ropa interior.

Oh, oh, oh.

Cuando había elaborado la historia de los recién casados atracados por los salteadores no había previsto que acabarían pasando la noche en la misma habitación. En la misma cama. Y, al menos ella, sin ropa interior, aunque lo más probable era que Shane tampoco hubiera podido volver a ponerse la suya. Por supuesto, probablemente no era nada realista pensar que hubiera podido anticipar aquello, por muy clarividente que hubiera sido imaginando el resto. Si realmente hubieran estado de luna de miel, la falta de ropa interior no habría supuesto un problema. Pero Shane y ella no eran una pareja en plena luna de miel.

Al menos de momento.

«Nunca!», se corrigió de inmediato. En ningún momento pensaba hacer nada con Shane que pudiera ser interpretado como el típico comportamiento de unos recién casados. Exceptuando tomarse de la mano y sonreír como tontos para resultar más convincentes antes los Santos. Pero una vez que se quedaran a solas en el dormitorio, con una sola cama y sin ropa interior…

Oh, oh, oh.

¿Por qué no le había aclarado a Hilda que iban a necesitar dormitorios separados?, se preguntó mientras se llevaba a la boca una cucharada de gazpacho. ¿Por qué no le había dicho que cuando los habían asaltado estaban en plena discusión y que ya no se hablaban?

Su falta de previsión la iba a llevar a pasar la noche con un hombre al que encontraba demasiado atractivo.., y no iba a tener su ropa interior para mantenerse caliente. Aunque el calor no era su principal preocupación. Shane podría ocuparse de mantenerla caliente…

« ¡Basta ya! », se reprendió. «Te estás comportando como una colegiala».

Probablemente aquello era debido a que Shane Cordello la hacía sentirse como una colegiala, una colegiala consciente de todo lo que podía pasar entre un chico y una chica, sobre todo cuando se quedaban a solas en un dormitorio sin ropa interior…

«¡Basta ya, Sara!»

Aquel exabrupto mental resonó con tal fuerza en su cerebro que dejó caer la cuchara que sostenía. Hilda fue a levantarse para recogerla, pero Sara hizo un gesto para que se detuviera y la recogió ella misma. Para entonces casi había terminado su segundo cuenco de gazpacho y un buen trozo de pan integral.

—¿Has terminado? —preguntó Shane desde el otro lado de la mesa.

Sara asintió sin mirarlo. No necesitaba hacerlo. La imagen de Shane volviendo de la ducha un rato antes había quedado indeleblemente grabada en su cerebro. Había bajado las escaleras mientras se ponía la camisa que le habían prestado y Sara había podido ver por un instante sus perfectamente delineados abdominales y el oscuro vello que adornaba su pecho y su abdomen. También notó que se había afeitado y se fijó por primera en los hoyuelos que le salían cuando sonreía, un rasgo que lo hacía aún más sexy.

—No se tú —dijo él a la vez que se levantaba de la mesa—, pero yo estoy listo para ir a acostarme.

Oh, oh, oh.

—Ah, sí. Sí. Creo que nos vendrá muy bien dormir —dijo Sara, y se reprendió al instante por mentirosa. En lo último que estaba pensando en aquellos momentos era en dormir. Solo esperaba que Shane no tuviera intención de utilizar la cama como su febril mente le estaba sugiriendo.

Cuando explicó a sus anfitriones en castellano que querían retirarse, Hilda y Enrique intercambiaron unas risitas de complicidad que la pusieron realmente nerviosa. Hilda le dijo que su dormitorio estaba abajo, al final del pasillo, de manera que si ella y Shane necesitaban algo tendrían que bajar a buscarlos. Aquello solo sirvió

para que Sara se pusiera más nerviosa al darse cuenta de lo aislados que iban a estar arriba. En el dormitorio. Con una sola cama. Y sin ropa interior.

Oh, oh, oh.

Se levantó con tal rapidez y torpeza que la silla cayó hacia atrás y golpeó el suelo con estrépito. Los Santos se sobresaltaron, pero Shane se limitó a sonreír maliciosamente.

Los nervios que había sentido Sara hasta entonces no fueron nada comparados con los que se apoderaron de ella en aquellos momentos.

Porque Shane la estaba mirando de un modo que no la había mirado antes, con una intimidad que hizo que todos sus músculos se debilitaran. Su corazón empezó a latir con más fuerza, a bombear sangre a su cuerpo a un ritmo alarmante. Cuando se agachó para recoger la silla y luego rodeó la mesa para acercarse a él, sintió que caminaba a través de un sueño. Shane le ofreció la mano y ella la tomó automáticamente. Luego, tras dar las buenas noches a sus anfitriones, salieron de la cocina y subieron al dormitorio.

—Puedo dormir en el suelo —dijo Shane mientras cerraba la puerta—. Estoy convencido de que no será peor que dormir sobre el polvo, como esta noche. Al menos aquí hará calor y estaremos a salvo.

Sara se volvió hacia él... y lamentó de inmediato haberlo hecho. La suave luz del techo lo iluminaba de un modo que lo hacía parecer casi irreal y más accesible que antes. Parecía más delicado, más tierno, menos intimidante, y su sonrisa parecía contener promesas de delicias sobrenaturales. A Sara le habría gustado saber si sería capaz de hacer otra clase de promesas y, sobre todo, si sería capaz de mantenerlas.

—No —contestó, sorprendiéndose a sí misma—. No tienes por qué dormir en el suelo. La cama es lo suficientemente grande para los dos.

La sonrisa de Shane se ensanchó y algo se contrajo en el pecho de Sara.

—Sobre todo si nos arrimamos bien —dijo.

Sara lamentó que hubiera dicho aquello, sobre todo porque era exactamente lo mismo que ella estaba pensando.

—Shane... —empezó, pero en realidad no estaba segura de lo que quería decir, cosa que no pareció preocupar a Shane, porque la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—Respecto a lo que sucedió anoche... —dijo, pero él también se interrumpió, como si no estuviera más seguro que ella de lo que decir.

—¿Qué? —preguntó Sara.

Shane suspiró, se acercó a ella y metió las manos en los bolsillos como si no se fiara de lo que fuera a hacer con ellas.

—Supongo que debería disculparme por lo que pasó —dijo con expresión seria—. Supongo que debería decirte que lo siento y que

solo sucedió porque estaba cansado y no pensaba con claridad.

—¿Deberías?

Shane asintió.

—Debería. Pero no pienso hacerlo, porque sería mentir.

El corazón de Sara se desbocó y tuvo que cruzar los brazos con firmeza sobre su pecho para contenerlo. Sabía que debía decir algo, pero las palabras se negaban a acudir en su rescate. De manera que se limitó a seguir mirando a Shane en silencio, con la esperanza de que aclarara las cosas para ambos.

—No siento que pasara —continuó él al ver que ella no decía nada —, Y no estaba cansado. Podría haber seguido toda la noche, y eso era lo que pretendía hacer. Cuando te besé tenía la cabeza más despejada que en toda mi vida, y no pienso disculparme por ello.

Sara tuvo que tragar saliva.

—Yo no... no quiero que te disculpes.

Shane la miró con cautela.

—¿No?

Sara negó con la cabeza.

—Pero fuiste tú la que decidió parar —le recordó él.

—Sí.

—Porque no te gustaba.

—No —aseguró ella de inmediato—. Paré por que... porque me gustaba demasiado. No quería que terminara, Shane, y por eso tuve que...

—Oh, Sara.

Entonces, sin previa advertencia, Shane la rodeó con un brazo por la cintura y la besó en los labios. Sara no tuvo más remedio que responder rodeándolo a su vez con su brazo por la cintura y aspirando su masculino aroma a la vez que entreabría los labios.

Y entonces Shane la penetró con su lengua y comenzó a saborearla como la noche anterior. Sara sintió que sus rodillas estaban a punto de ceder y se aferró a él para no caer. Shane la inclinó hacia atrás para seguir besándola una y otra vez sin desmayo.

Sara sabía lo que estaba pasando, lo que pasaría si no lo detenía. Pero así como la noche anterior no se había sentido preparada para hacer el amor con él, aquella noche sí se sentía preparada. Tal vez se debía a que habían sobrevivido a los peligros por los que habían pasado. Tal vez sentía que merecía una recompensa por ello. O tal vez se debía a que no sabía lo que les iba a deparar el día siguiente. O tal vez temía que cuando volvieran al mundo real las cosas siguieran como antes. Y no quería que sucediera eso. No sabía por qué se sentía así, pero no quería que su vida volviera a ser como antes. Antes de Shane Cordello. Quería que las cosas fueran diferentes. Ella quería ser

diferente. Y también quería conservar unos buenos recuerdos del tiempo que: había pasado con Shane para atenuar los malos que de otro modo podrían prevalecer.

Simplemente deseaba a Shane, reconoció. Lo deseaba como nunca había deseado nada en su vida. Estaban solos. Estaban a salvo. Al día siguiente los rescatarían y después...

No quería pensar en el futuro. Solo quería pensar en el presente.

Apartó su boca de la de Shane y apoyó las manos contra su pecho para detener un instante las emociones y sensaciones que se estaban apoderando de ella. Por la expresión de Shane supo que temía que fuera a interrumpirlo de nuevo, de manera que le dedicó una sonrisa de ánimo a la vez que apoyaba una mano en su mejilla.

—No diré «no» —prometió—. Y tampoco diré «para».

Shane la miró con una mezcla de alivio y desconcierto.

—¿Entonces por qué...?

—Solo quiero ir un poco más despacio. Quiero que nos lo tomemos con calma.

Shane sonrió.

—Eso podemos hacerlo. Al menos durante un rato. Pero luego...

—¿Luego, qué? —preguntó Sara.

—Luego, tengo planes para ti, corazón.

Oh, oh, oh.

En lugar de preocuparse por el hecho de que Shane sabía mucho más que ella sobre lo que estaba pasando entre ellos, Sara se centró en lo que sí sabía. Y, desde luego, sabía cómo desvestir a un hombre. No podía ser muy diferente a desvestirse a sí misma.

Con un ligero matiz de indecisión, alzó las manos hasta el botón superior de la camisa de Shane y lo desabrochó. Al hacerlo se animó a mirarlo al rostro y vio que sonreía... con indulgencia. ¡Con indulgencia! Lo que quería era que le sonriera con pasión, licenciosamente, con picardía, no con indulgencia.

—¿Ves algo que te gusta? —preguntó él, divertido.

—Todavía no.

Sintiéndose retada, Sara terminó de desabrocharle rápidamente la camisa y luego introdujo las manos bajo esta con intención de quitársela. Pero se detuvo en cuanto sus manos entraron en contacto con el pecho de Shane. Era tan sólido, tan duro y fuerte, y sin embargo tan suave, aterciopelado y flexible... Fascinada, se tomó su tiempo en explorarlo. Acarició con los pulgares sus planos pezones, deslizó los dedos por sus rígidos abdominales, por sus pectorales, hasta que finalmente retiró la camisa de sus hombros y lo tuvo ante sí semidesnudo.

Estaba tan sorprendida por su propio gesto y tan cautivada por sus

descubrimientos que apenas se dio cuenta del efecto que su exploración había tenido sobre Shane… hasta que lo miró y vio en sus ojos toda la pasión que hacía unos momentos había anhelado encontrar en ellos.

Su pulso se aceleró locamente cuando la estrechó contra su cuerpo y deslizó las manos por su espalda hasta su trasero, donde las dejó apoyadas. Luego, capturó su boca en un beso que la dejó sin aliento.

Sara sintió el calor de sus manos a través de la fina tela de su falda, que era lo único que las separaba de su carne desnuda. Apartó su boca un momento para respirar pero él la reclamó de nuevo de inmediato y la besó de forma aún más profunda que antes, a la vez que la estrechaba casi con violencia contra su cuerpo. Al sentir cómo se endurecía contra su vientre estuvo a punto de desmayarse. Sabía lo suficiente respecto a lo que sucedía entre hombre y mujer aunque nunca lo hubiera experimentado personalmente. Y no hacía falta ser una experta para darse cuenta de que Shane Cordello sería un amante formidable.

Como si hubiera leído su último pensamiento y no quisiera decepcionarla, Shane la tomó de la mano y le hizo apoyar la palma contra su evidente excitación. Sin apartar su mano de la de ella, le hizo moverla de arriba a abajo a lo largo de su poderoso miembro.

Sara temió perder el conocimiento ante la intimidad de su acción, pero no quería que se detuviera. Ante su dureza y tamaño, solo pudo preguntarse qué se sentiría teniendo a un hombre como aquel en su interior.

Mientras su imaginación se desbocaba, Shane empezó a tomarse más libertades. Deslizó hacia abajo la mano que tenía apoyada en su trasero y empezó a subirle la falda sin dejar de besarla.

En medio de la bruma de sensualidad que se había apoderado de su mente, Sara trató de decidir si debía poner freno a aquello antes de que llegara demasiado lejos. Pero entonces se dio cuenta de que las cosas ya habían ido demasiado lejos. Ningún hombre la había tocado nunca como Shane parecía decidido a tocarla, sin barreras entre su carne y la de ella. Y entonces, antes de que pudiera decidir, él curvó la palma de la mano sobre la delicada piel de su trasero.

—Oh —gimió Shane contra su boca mientras la tocaba—. Me preguntaba si tú también llevarías el trasero al aire. Oh, Sara…

Y siguió besándola mientras deslizaba un dedo enloquecedor entre sus nalgas. Sara dejó escapar un gritito ante la escandalosa naturaleza de su acción y las sensaciones aún más escandalosas que recorrieron su cuerpo al sentir la caricia. Sentía todo el cuerpo líquido y ardiente, como si estuviera a punto de incendiarse. Trató de decirle que parara, que volviera a dejar la falda en su sitio, que la soltara, pero no logró pronunciar las palabras. Probablemente porque no quería

pronunciarlas, reconoció en medio de su desenfreno. Quería seguir sintiendo aquello todo el tiempo que pudiera.

Shane debió de interpretar el sonido que surgió de su garganta como un gritito de ánimo, porque introdujo la otra mano bajo su camisa y tomó en ella uno de sus pechos. Volvió a gemir al notar que allí tampoco había barreras y lo presionó delicadamente antes de tomar el pezón entre el pulgar y el índice.

Sara se aferró con fuerza a sus hombros, porque el intenso placer que estaba experimentando la hizo sentirse muy débil y temió derretirse si no se sujetaba. Entonces, Shane deslizó más abajo la mano con la que aún le acariciaba el trasero y deslizó los dedos entre sus piernas hasta la parte más secreta de su cuerpo.

¡Oh, Dios santo!

Sin previa advertencia, y sin la más mínima vacilación, Shane la penetró lentamente con uno de sus largos dedos. Aquella era la primera invasión de su intimidad que Sara experimentaba en su vida. Sabía que Shane no estaba al tanto de aquel detalle, y que probablemente pensaba que era una mujer con al menos cierta experiencia en el terreno sexual. Sabía que tenía que decirle la verdad: que nunca había estado con un hombre de aquel modo. Porque Shane tenía derecho a saberlo. Pero temía que dejara de hacerle lo que le estaba haciendo si se lo decía. O, como mínimo, iría más despacio. Sería más paciente. Y aquello era lo último que quería.

No podía decírselo. No podía. Porque el modo en que la estaba tocando era… erótico, hipnótico, narcótico...

Pero no le bastaba.

Capítulo Nueve

—Shane... —logró decir finalmente—. Shane, por favor.

Pero Sara no sabía con exactitud qué le estaba pidiendo que hiciera. Una parte de ella quería que se detuviera, al menos lo suficiente como para poder pensar en lo que estaba sucediendo. Pero otra parte más grande, más insistente, quería que le prometiera que no iba a detenerse nunca, porque no quería tener que volver a pensar en nada nunca más.

Shane no debió de oírla, porque no dejó de acariciarla. De hecho, deslizó un segundo dedo en su interior y lo separó del otro, ensanchándola, haciéndola retorcerse de necesidad por algo que ni siquiera podía identificar.

—Oh, Shane... —intentó de nuevo—. Por favor, por favor, tienes que...

—¿Qué? —preguntó él y, sin transición, deslizó la punta de la lengua por la curva superior de los pechos de Sara, que dejó escapar otro frenético ruidito de su garganta.

—No podemos... No debes... No estoy... No es...

—Sí podemos —replicó él, sin aliento—. Tengo que... Sí estás. Sí lo es. Todo, Sara. Tenemos que llegar hasta el fin.

—Pero...

—Ssss. No hables.

—Pero yo...

—Solo siente —Shane introdujo con gran destreza un tercer dedo en el interior de Sara—. Siénteme dentro de ti.

—Te siento… te siento... —gimió ella.

—Eres. tan dulce... Te prometo que vas a disfrutar como nunca.

—Oh, Shane...

—Siente lo que te hago —susurró él a la vez que le introducía y le sacaba lentamente los dedos—. Y piensa en lo maravilloso que va a ser cuando estemos en la cama, cuando estés encima de mí y yo mucho más dentro de ti que ahora.

—Oh, Shane...

—Piensa en ello.

—Lo estoy haciendo. Oh, sí...

Entonces Shane la tomó en brazos, la llevó hasta la cama y la depositó en su centro.

Sin pensar en lo que hacía, Sara extendió las manos hacia él en una silenciosa invitación. Shane se reunió con ella en la cama sin pensárselo dos veces. Un momento después ambos estaban desnudos y Shane comenzó a besarla de nuevo a la vez que deslizaba una mano por todas sus curvas y sus valles, por sus hombros, por sus pechos, sus

caderas y muslos. Luego, se tumbó de espaldas, la tomó de la mano y tiró de ella para que se montara sobre él. Instintivamente, Sara separó las piernas y ciñó con las rodillas su magnífico y musculoso torso.

El sonrió a la vez que tomaba en ambas manos sus pechos y le acariciaba los pezones con los pulgares.

—Eres tan preciosa... —murmuró.

Sara extendió las manos sobre la piel de su fuerte pecho y pensó que solo las antiguas esculturas griegas se acercaban a la perfección del cuerpo de Shane. El también era precioso, pensó. Más precioso que nada de lo que había visto hasta entonces en su vida.

Shane siguió acariciándole los pechos el tiempo suficiente para hacerla enloquecer. Cuando Sara empezaba a sentir que su interior se licuaba en pura lava, la tomó por las caderas, la alzó y, de pronto, la estaba abriendo con su poderoso miembro, horadándola, penetrándola...

—Podemos empezar de este modo —dijo, ronco—. Pero quiero hacértelo de todas las formas posibles esta noche, Sara. De todas las formas que podamos imaginar.

En pleno delirio, ella se limitó a asentir.

—Y me gusta duro y rápido —añadió él—. ¿Te parece bien?

Sin entender muy bien lo que quería decir, Sara volvió a asentir, porque quería que nada interrumpiera la intensidad de aquel momento. Shane sonrió, satisfecho. Ella estaba a punto de devolverle la sonrisa cuando, simultáneamente, él la empujó con fuerza hacia abajo a la vez que alzaba las caderas hasta penetrarla por completo.

El dolor que experimentó Sara en aquel momento fue muy intenso y no pudo evitar un grito al sentirlo. Shane debió de darse cuenta a la vez de que acaba de profanar una barrera que ningún hombre había penetrado hasta entonces porque, tras un momento de desconcierto, salió de ella, la tumbó de espaldas y se colocó encima con los codos apoyados sobre el colchón.

—¿Eres virgen? —preguntó, asombrado.

Aún jadeante a causa de la espiral de dolor que había recorrido brevemente su cuerpo, Sara logró sonreír a la vez que alzaba una mano y acariciaba afectuosamente el pelo de Shane.

—Ya no —contestó.

El la observó un momento en completo silencio, como si se hubiera vuelto de piedra.

—Diablos —murmuró a la vez que se tumbaba a su lado y se cubría los ojos con una mano—. Diablos.

Sara se mordió el labio y logró contener las lágrimas. Trató de decirse que sus ganas de llorar se debían al dolor que había experimentado, y no a la reacción de Shane. Por algún motivo, esta le

había hecho aún más daño.

—¿Tan espantoso ha sido? —preguntó.

Shane dejó caer la mano con que cubría sus ojos y se volvió hacia ella de inmediato.

—Por supuesto que no, Sara, pero...

—¿Qué?

—Deberías habérmelo dicho.

Ella lo observó un momento en silencio.

—Si tanto te importaba —dijo—, deberías habérmelo preguntado.

—Había supuesto...

—Pues no deberías haberlo hecho.

Shane abrió la boca para decir algo pero la cerró enseguida.

—Tienes razón —dijo al cabo de un momento—. No debería haber supuesto nada. Además, ahora que lo pienso, todo tiene sentido.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero al hecho de que eres... de que eras...

—Shane e corrigió a sí mismo con evidente renuencia— ya sabes.

—¿Virgen?

—Sí, eso.

—¿Qué pasa? ¿Acaso tenía una gran «V» pintada en mi ropa que hasta ahora no se ha hecho evidente?

Shane negó con la cabeza.

—No. Pero debería haberme dado cuenta de todos modos.

—¿Cómo ibas a darte cuenta? —por algún motivo, Sara empezaba a sentirse un poco irritada. ¿Acaso era ella tan diferente a otras mujeres? ¿Acaso era tan pura, tan casta, tan inocente, tan ingenua? Ninguna de aquellas palabras resultaba especialmente halagadora en aquellos tiempos, y ninguna le parecía adecuada. Su virginidad no implicaba que no supiera nada de la vida. Una podía ser sofisticada y culta sin necesidad de haberla perdido, por expresarlo de algún modo.

Shane sonrió y parte de la irritación de Sara se desvaneció, y se evaporó por completo cuando dijo:

—Debería haberme dado cuenta porque no te pareces a ninguna de las mujeres que he conocido hasta ahora, por eso.

Sara decidió tomarse aquello como un cumplido, a pesar de que Shane había parecido un poco melancólico al decirlo.

—Tú tampoco te pareces a ninguno de los hombres que he conocido hasta ahora.

Shane se limitó a mirarla un momento en silencio, como si estuviera buscando la respuesta a una pregunta muy importante.

—¿Y ahora que pasa? —preguntó finalmente. Sara sonrió.

—Lo cierto es que esperaba experimentar un orgasmo en algún

momento de la noche. Por lo que he oído, debe de ser muy divertido.

Shane se quedó un momento boquiabierto y luego rompió a reír.

—Entonces, ¿aún quieres...?

—Claro que quiero. ¿Tú no?

—Por supuesto, pero... ¿no te duele?

—Lo cierto es que al principio me ha dolido mucho —Sara apartó un mechón de pelo de la frente de Shane y trató de ignorar la punzada de ternura y afecto que sintió en su interior—. Pero me dolería aún más que paráramos cuando las cosas empezaban a ir tan bien.

Shane sonrió.

—Ya que lo pones de ese modo... —antes de que Sara tuviera tiempo de responder, la tomó de la mano y la hizo sentarse de nuevo a horcajadas sobres su torso—. ¿Te parece bien así? ¿Quieres que intentemos algo distinto?

—Así me gusta mucho. Es muy excitante. Y en cuanto hayamos acabado de esta forma, quiero hacerlo de otra, y luego de otra, y luego de otra...

Shane la hizo callar con un beso aún más hambriento que los anteriores.

—Eres una mujer muy sexy —murmuró cuando se apartó.

Ella sonrió.

—¿Aunque nunca haya...?

—Saber que es tu primera vez solo hace que sea aún más excitante. Pero esta vez seré más suave.

Sara frunció el ceño al oír aquello.

Él rio.

—Te aseguró que será mejor así al principio. Puede que después...

Al ver que no terminaba la frase, Sara se preguntó si Shane pensaría que no habría un «después», que aquella podría ser la última oportunidad que iban a tener de estar juntos. Por mucho que odiara admitirlo, ella se temía lo mismo. Aquella debía de ser la causa por la que sentía mucho más dispuesta a seguir adelante que la noche anterior. No quería perder la oportunidad de estar con un hombre como Shane. A fin de cuentas, los hombres como él solo aparecían una vez en la vida.

—Hazme el amor, Shane —susurró—. Hazme el amor...

El no necesitó más estímulo. Lo siguiente que supo Sara fue que estaba de nuevo tumbada de espaldas y que las manos de Shane parecían encontrarse por todo su cuerpo, enloqueciéndola con sus íntimas caricias, con sus besos, con su lengua... hasta que notó cómo apoyaba entre sus piernas su magnífico y palpitante miembro y la penetraba de nuevo, más lentamente en aquella ocasión, dándole tiempo a acostumbrase a su tamaño y su presencia. Poco a poco fue

avanzando sin dejar de besarla, sin dejar de decirle lo bella que era, lo sexy que era, lo adorable…

Y cuando la hubo penetrado por completo, la incomodidad que había sentido inicialmente Sara empezó a desaparecer. Se sentía colmada por él, como si la hubiera poseído, como si fuera su dueño, y su dominio la excitó de un modo increíble. Y al abrir los ojos y mirar el rostro de Shane vio que ella no era la única afectada por su unión.

—¿Estás bien? —preguntó él, jadeante.

Ella asintió débilmente.

—¿No te duele?

—Sss,.. —susurró ella a la vez que apoyaba un dedo contra sus labios—. Hazme el amor. Hazme tuya, por favor. Haz que siempre recuerde esta noche. Haz que nunca olvide…

Cuando Shane empezó a moverse en su interior, Sara fue incapaz de seguir hablando. Lenta, metódicamente, él la penetró y se retiró una y otra vez, aumentando poco a poco el ritmo de sus movimientos y la profundidad de la penetración. Cuando ella lo rodeó instintivamente con las piernas por la cintura, los movimientos de Shane se volvieron más rápidos, más furiosos.

Entonces Sara comenzó a sentir pequeñas oleadas de placer que alcanzaron rápidamente una intensidad casi insoportable, hasta convertirse en una sola gran oleada que la llevó junto a Shane a la cima del éxtasis.

Después, tan rápido como habían llegado, aquellas maravillosas sensaciones comenzaron a remitir.

Sin salir de ella, Shane le pasó los brazos por detrás de la espalda y se tumbó de costado, arrastrándola consigo. La atrajo hacia sí y la besó en la sien con exquisita ternura, algo que a Sara le pareció aún más íntimo que la unión que acababan de compartir. Luego, apartó el rostro de ella y, sin decir nada, la miró a los ojos como buscando la respuesta a alguna pregunta más antigua que el tiempo.

Sara deseó saber cómo responder, pero lo único que logró fue alzar una mano y deslizar un tembloroso dedo por sus carnosos labios. Luego, lo besó y apoyó la cabeza en la almohada. Lo último que oyó fue a Shane pronunciando su nombre. No supo si luego dijo algo más, porque estaba demasiado adormecida como para oírlo…

Cuando despertaron al amanecer, aún abrazados, no hicieron falta palabras. Se besaron, acariciaron e hicieron el amor con auténtico frenesí, como si en ello les fuera la vida.

Después, aún jadeante a causa de la pasión, Shane se preguntó qué se suponía que iban a hacer.

¿Le había dicho la noche anterior a Sara que la amaba? No lograba recordarlo. Tal vez había utilizado las palabras que nunca había

utilizado con otra mujer, pero ¿lo había hecho en serio? Probablemente no, se dijo. A veces, en un arrebato de pasión, las personas decían cosas que no querían decir. Y la increíble pasión que había experimentado aquella noche era algo nuevo para él. Nunca había tenido una experiencia parecida con ninguna mujer, nunca había sentido las cosas que había sentido con Sara.

¿Qué se suponía que debía hacer al respecto?

Pero ninguno de los dos parecía saber muy bien lo que debían hacer, porque se levantaron, lavaron y vistieron en medio de un incómodo silencio. Probablemente, lo mejor era no hablar de ello, pensó Shane. Al menos, de momento. Habría tiempo más adelante, se dijo. Tendrían tiempo para aclarar las cosas cuando llegaran a Penwyck.

Cuando bajaron a la cocina, Hilda ya había preparado el desayuno para los cuatro. Sara intercambió algunas palabras con sus anfitriones mientras Shane permanecía en un meditativo silencio. Después, Enrique se ofreció a llevarlos a María Lupe, el pueblo más cercano.

Media hora después los dejaba ante la comisaría local, asegurándoles que la policía haría lo posible por localizar a los bandidos que los habían asaltado. Cuando salieron del coche y se acercaron a la ventanilla para despedirse, Enrique sacó la mano y, a la vez que estrechaba la de Shane, dejó unas monedas y unos billetes en ella, dinero que él aceptó con gesto culpable, pues sabía que no lo ganaba fácilmente. Luego, Enrique les deseó suerte y se alejó.

Y, una vez más, Sara y Shane se quedaron a solas, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Por mutuo acuerdo, dieron la espalda a la comisaría en cuanto Enrique desapareció de la vista. Luego, tras echar un vistazo a un lado y otro de la calle, se encaminaron hacia un hotel que parecía el centro de la plaza del pueblo. Shane estaba seguro de que allí encontrarían un teléfono público.

—Antes de irnos he anotado las señas de los Santos. Así podremos devolverles el dinero cuando lleguemos a Penwyck —dijo mientras hacía sonar las monedas que Sostenía en la mano—. Supongo que ahora convendrá llamar a alguien.

Sara asintió.

—Sí, por supuesto. Me pondré en contacto con el RII de inmediato. Ellos podrán comunicar al RET dónde estamos.

—¿Al RET? —repitió Shane—. ¿Qué es eso?

—El RET forma parte del Ru —aclaró Sara—. Son las iniciales de Royal Elite Team; la crema de la crema, por definir de algún modo a sus miembros, que son la mano derecha del rey. Dirigen operaciones encubiertas, rescates y cosas parecidas. Pero serán miembros del Ru

los que vendrán a por nosotros.

—Parece un grupo interesante —dijo Shane.

—Lo es. Como te he dicho, mi padre trabajaba para ellos, y en primavera, cuando termine mis estudios, habrá un trabajo esperándome en el grupo.

«Ajá», pensó Shane. Aquello explicaba muchas cosas sobre las «habilidades» que había visto manifestar a Sara.

—El RII se ocupará de investigar nuestra desaparición —continuó ella—. Ahora que no van tener que ponerse a buscarnos, las cosas les resultaran más sencillas.

Shane señaló el hotel con la cabeza.

—Probablemente habrá un teléfono de pago dentro —dijo. «Y habitaciones», pensó. Al RII le llevaría unas horas llegar hasta ellos, y Sara y él podían aprovechar el tiempo para...

—Sí, por supuesto —dijo ella, y extendió la mano hacia él.

Por un momento, Shane quiso pensar que le estaba ofreciendo la mano para llevarlo a una de aquellas habitaciones, pero enseguida reconoció que lo que quería eran las monedas, de manera que se las dio. Entonces se dio cuenta, con bastante sorpresa, de que no quería ir a una habitación para volver a hacer el amor con ella. En realidad, lo que quería era hablar. Hablar sobre todo lo que había pasado, sobre lo que iban a hacer, sobre lo que pasaría una vez que llegaran a Penwyck. Y no solo respecto al asunto de los herederos del trono.

—Gracias —dijo ella con suavidad mientras tomaba el dinero y, como había hecho durante toda la mañana, evitaba la mirada de Shane. —

Luego, se volvió y entró en el hotel. El la siguió. El teléfono estaba a un lado del pequeño vestíbulo de entrada, y Sara fue directa a él. Shane sabía que había pocas posibilidades de que los Caballeros Negros anduvieran merodeando por allí, pero de todos modos echó un buen vistazo a su alrededor mientras ella llamaba. Tras comprobar que no parecía haber nada sospechoso, prestó atención a la conversación que Sara mantenía a sus espaldas. Desafortunadamente, solo podía oír lo que decía ella, pero enseguida notó que se estaba enfadando.

—Sí, lo comprendo, señor —estaba diciendo en tono de disculpa—. Pero tiene que entender que... ¿qué? Sí, pero... Lo sé, pero... No ha sido... Eso ya lo sé, pero no ha habido tiempo de... Pero no tenía forma de saber... —suspiró, derrotada y, durante unos momentos, se rindió a la iracunda voz masculina que llegaba del otro lado de la línea.

Shane imaginó lo que debía de estar costándole permanecer en silencio, y se prometió poner al tanto a los muchachos del Ru de que

Sara había hecho todo lo que había podido. Lo más probable sería que ella no le agradeciera su intervención, porque ya había visto por sí mismo que le gustaba hacer las cosas a su manera, pero lo haría de todos modos.

« ¿Y entonces qué?», susurró una vocecita en su interior. «Pensaré en ello más tarde», contestó Shane de inmediato.

Porque aquella era la filosofía de Shane en lo referente a asuntos de naturaleza personal y romántica. ¿Por qué hacer hoy lo que podía hacer mañana? Pero si hubiera esperado al día siguiente a hacer el amor con Sara nunca habría llegado a saber lo increíbles que podían ser las cosas entre ellos.

«Sí», dijo la vocecita. «Y tampoco estarías aquí sin saber qué diablos se supone que debes hacer».

Shane estaba a punto de contestar algo insolente a la vocecita cuando Sara volvió a hablar.

—Como ya he tratado de decirle, señor —empezó de nuevo—, no tenía motivos para pensar que existiera esa posibilidad. Me dijeron que escoltar al señor Cordello a Penwyck iba a ser una misión meramente rutinaria. Y estuve a punto de conseguirlo

—añadió—. Si puede enviar a alguien a un pueblo llamado Maria Lupe, en España, estaremos esperando en el vestíbulo del Hotel Magnífico, que está cerca de la comisaría. ¿Cuándo calcula que llegarán? Estupendo. Sí, estaremos bien hasta entonces. Gracias. Esperaremos en el bar.

O en una habitación, quiso decir Shane. ¿Por qué correr riesgos?

Pero, antes de que pudiera hacer la sugerencia, Sara colgó el teléfono con rabia, murmuró algo entre dientes y se apoyó contra la pared. Evidentemente, el altercado que había tenido con su superior le había hecho olvidar la incomodidad que había sentido estando con Shane, porque habló mirándolo directamente al rostro.

—¡Menudo imbécil! Se comportan como si hubiera hecho esto a propósito, como si hubiera querido que nos secuestraran. Oh, sí. Nada me gusta más que correr por un bosque de noche, sin provisiones y con un gorila siguiendo mi rastro tras un largo suspiro, añadió: Siento mucho haberte metido en todo este lío, Shane. Si hubiera tenido la más mínima sospecha de que los Caballeros Negros podían hacer algo así, nunca habría...

—No me debes ninguna disculpa, Sara —interrumpió Shane—. Lo que ha sucedido no ha sido culpa tuya.

—En realidad sí lo ha sido. ¿No te das cuenta? Me encargaron la misión de llevarte a salvo a Penwyck y he fallado miserablemente.

—No has fallado. Vas a llevarme a salvo a Penwyck, solo que vas a tardar un poco más de lo que pensabas.

Sara movió la cabeza.

—No. No voy a ser yo la que te lleve a salvo a Penwyck, sino el Ru.

A Shane no le hizo gracia cómo sonaba aquello.

—¿Qué quieres decir?

—Nos han seguido muy bien la pista —explicó Sara—. Tienen agentes trabajando aquí mismo, en Maria Lupe, y ya han atrapado a dos de los secuestradores. Fawn y el otro siguen sin aparecer, pero puede que con nuestra ayuda los atrapen pronto. Los agentes del Ru se presentarán aquí en un momento. Han estado trabajando con la policía local. Hoy mismo te escoltarán hasta Penwyck. En unas horas estarás con la reina Marissa.

—Pero tú...

—Yo me quedaré aquí para dar el informe y luego iré a Penwyck. Estoy segura de que el propio almirante Monteque querrá hablar conmigo, aunque solo sea para decirme que soy un fracaso.

La expresión de Sara no se inmutó mientras contaba a Shane todo aquello, pero él supo que no estaba tan tranquila como quería aparentar. Sus ojos brillaban demasiado y tenía la barbilla ligeramente alzada. Estaba claro que no se sentía más feliz que él respecto a cómo habían resultado las cosas. Aunque, probablemente, la causa de su decepción se debía a que su carrera estaba en peligro, no a que no pudiera quedarse con él.

—Sara...

—Todo irá bien, Shane —dijo ella, interrumpiéndolo—. En unas horas estarás con tu hermano y la reina, aclararás el asunto de tu identidad y podrás seguir adelante con tu vida, sea cual sea la dirección que tome.

—Pero tú...

—Yo también podré seguir adelante con mi vida

—volvió a interrumpir Sara—. Sea cual sea la dirección que tome.

En otras palabras, pensó Shane, «todo ha acabado entre nosotros».

Y al darse cuenta de aquello se sintió como si acabara de ser arrollado por un camión. ¿Cómo podía decir eso?, se preguntó. ¿Cómo podía sugerir que debían seguir adelante con sus vidas después de lo que había pasado aquella noche? ¿Después de todo lo que había pasado aquella semana?

«Y qué esperabas, Cordello?», preguntó la molesta vocecita. «A fin de cuentas, no os habéis hecho ninguna promesa. Desde luego, tú no le has hecho ninguna a ella».

Shane no recordaba si le había dicho a Sara en algún momento durante la noche que la quería, pero si lo había hecho, estaba seguro de que había sido sin convicción.

Pero sí estaba seguro de no haberle hecho ninguna promesa. Ni

siquiera cuando se había dado cuenta de que lo había elegido como el primer hombre de su vida. Aquella noche había sido importante para ella. Sara no se habría decidido a hacer el amor si no hubiera sentido algo por él. No era la clase de mujer que entregaría su virginidad así como así a un hombre al que no esperara volver a ver. Shane había comprendido aquello incluso mientras aceptaba su regalo. Y al hacerlo, había reconocido, conscientemente o no, que ella sentía algo por él. Algo bastante intenso.

Pero él no le había dicho nada para hacerle creer que sentía lo mismo; no le había dado indicios de que aquella noche hubiera significado más que otras con otras mujeres. Incluso una declaración de amor podía ser malinterpretada. Las personas decían cosas cuando hacían el amor, pero eso no significaba que las dijeran en serio. Incluso aunque él no hubiera dicho jamás aquellas palabras a una mujer. Sara no tenía motivos para pensar que él quería que siguiera a su lado. Y aquella era su forma de liberarlo.

—Sara... —empezó de nuevo.

—Oh, mira —interrumpió ella una vez más—, han batido su propio récord. Ya están aquí.

Shane siguió la dirección de su mirada y vio a dos hombres de mediana edad que habrían pasado por dos turistas de no ser por las típicas gafas oscuras y los aparatos de escucha que llevaban en las orejas. En cuanto los localizaron, se encaminaron hacia ellos.

—Wallington —dijo uno de ellos mientras se acercaba, en un tono totalmente carente de entonación—, nosotros nos hacemos cargo a partir de ahora. Morrisey te espera fuera, en el coche.

Sara asintió, claramente resignada, y luego se volvió hacia Shane.

—Buena suerte. Espero que todo te vaya bien

—dijo, pero aunque su voz sonó vacía, sus ojos...

Oh, sus ojos, pensó Shane. Estaban llenos de pesar, de necesidad, de deseo, y habría querido quedarse con ella para decirle todo lo que no le había dicho la noche anterior.

—Sé feliz —añadió.

Como si aquello fuera posible sin ella, pensó Shane. Pero todo lo que respondió fue:

—Sí, gracias.

Ya continuación fue escoltado por los dos hombres a lo largo del vestíbulo hasta el exterior del hotel, donde esperaban dos coches. La puerta de unos de ellos se abrió fantasmagóricamente y uno de los escoltas le dijo que pasara al interior. El otro hombre ocupó el asiento delantero. Conducía una mujer. Shane se volvió a mirar por la ventanilla trasera y vio que Sara miraba una última vez en su dirección antes de entrar en el otro coche. Sin pensarlo, alzó una

mano para despedirse, aunque no estaba seguro de que pudiera verlo. Pero creyó ver que sonreía con tristeza antes de subir al vehículo.

Y entonces, así como así, Sara se había ido.

Capítulo Diez

El palacio de Marlestone, la capital de Penwyck, sobrepasaba todo lo que había imaginado Shane.

Mientras una serie de desconocidos lo conducían a través de docenas de habitaciones llenas de espléndidos muebles y pasillos abarrotados de cuadros de nobles muertos, solo pudo mover la cabeza maravillado de que hubiera gente en el planeta capaz de vivir así. La posibilidad de que Marcus y él hubieran podido pasar la vida en aquel opulento entorno resultaba casi... grosera. Aquella sería la última clase de vida que querría para sí, llena de excesos materiales, de privilegios, de reverencias... Después de todo, había tenido que esforzarse mucho para evitar una vida como aquella: El podría haber llevado una vida parecida, aunque Marcus y él no hubieran sido príncipes ni hubieran podido vivir en un palacio como aquel. Pero sus padres tenían mucho dinero cuando ellos eran niños, y siempre les gustó hacer ostentación de ello. La casa que Shane recordaba de su infancia en Chicago era una especie de minipalacio, y su estilo de vida era el de los muy ricos. El y su hermano asistían a un colegio privado muy selectivo en el que se codeaban con las familias más ricas del país, y tenían todo lo que deseaban. Excepto unos padres que se quisieran, por supuesto.

Pero incluso después del divorcio, cuando lo separaron de su hermano, la vida de Shane siguió siendo parecida. Su madre se casó seis meses después con otro hombre rico dispuesto a hacer lo que fuera por ganar un dólar más.

De hecho, cuando terminó sus estudios en el colegio iba camino de convertirse en un hombre parecido a los que lo habían criado: rico, bien conectado, holgazán... y corrupto. Porque a la mayoría de los hombres que habían pasado por la vida de su madre nunca los había preocupado cómo o de dónde surgía su dinero con tal de tenerlo a su disposición en grandes montones. Prácticamente ninguno había trabajado para vivir. Eran ricos, pero muy poco humanos, y Shane no quería ser así.

Afortunadamente se dio cuenta de ello muy pronto, y juró que nunca se parecería a ellos. Marcus lo ayudó a mantenerse centrado, a pesar de que él también se había criado en medio del lujo y las comodidades. Marcus había trabajado duro para asegurarse de seguir siendo rico, y había logrado ganar su primer millón nada menos que a los diecinueve años. Pero el asunto era que Marcus había trabajado. Se había ganado su fortuna. No se había conformado con lo que tenía y había dejado que otros hicieran el trabajo por él. Había tomado la iniciativa.

Lo mismo que Shane. Desafortunadamente, él no tenía la cabeza de su hermano para los negocios. Y lo cierto era que no quería tenerla. A

Shane siempre le había gustado trabajar con sus manos, desarrollar trabajos físicos más que mentales. Y cuando abandonó el estilo de vida que le ofrecía su madre, nunca echó de menos las riquezas y los privilegios. Había encontrado una gratificación muy especial en el hecho de buscarse la vida sin necesidad de ayuda. Por primera vez en su vida se sintió orgulloso y satisfecho de sí mismo. Se sintió útil e importante.

La primera vez que terminó un edificio al que había visto nacer de la nada sintió un orgullo enorme. Aquella era una manifestación física de su duro trabajo, y además servía para algo.

Lo que había conseguido en la vida lo había conseguido por sí mismo, trabajando con sus manos, y eso lo hacía sentirse bien. Sin embargo, caminando por los pasillos del palacio de Marlestone…

Allí había demasiadas riquezas, demasiados privilegios y, probablemente, lo único que había hecho la familia Penwyck para ganar todo aquello había sido nacer. Lo cual podía ser perfectamente aceptable para otras personas, pero no para él.

Cuando sentía que ya llevaban casi media hora andando, sus acompañantes se detuvieron ante una puerta en la segunda planta del palacio. Shane supuso que aquella puerta daría a la habitación del trono, o a donde fuera que los reyes y reinas hicieran sus negocios. En lugar de ello, entró en lo que parecía un lujoso dormitorio y vio a su hermano de pie junto a un gran ventanal.

—¡Shane! —exclamó Marcus al verlo entrar.

Corno de costumbre, el pelo castaño oscuro de Marcus parecía a la vez desarreglado y elegante, y sus ojos verdes brillaban de sincera alegría. También como de costumbre vestía un elegante traje oscuro, camisa azul y corbata de seda. Shane no pudo evitar pensar con cierto humor que el conjunto debía de valer más de lo que él ganaba en un mes. Marcus era un poco más bajo que él, pero su porte lo hacía parecer más alto.

—¡Ya era hora de que llegaras! —añadió mientras se acercaba a su hermano para darle un abrazo—. Estaba preocupado por ti. Menos mal que has llegado.

Shane le devolvió el abrazo riendo y le palmeó varias veces la espalda.

—Siento haber tardado tanto, pero durante al viaje han surgido algunas distracciones.

—Por lo que he oído, nada menos que los Caballeros Negros. Ese grupo ha causado muchos problemas a este país últimamente. Tienes suerte de haber salido vivo.

A Shane le habría gustado aclarar que la mayor distracción no habían sido precisamente los Caballeros Negros, sino Sara Wallington,

pero decidió reservar aquella historia para más tarde, cuando pudiera estar tranquilamente a solas con su hermano. Sobre todo quería saber más sobre la nueva mujer que había en la vida de Marcus. En la penúltima conversación que había mantenido con él le había mencionado a lady Amira Corbin de Penwyck, pero había sido muy evasivo al respecto.

—Sin duda alguna, ha sido el peor viaje de mi vida —dijo Shane—. Y la comida tampoco ha sido muy buena. ¿Qué ha pasado por aquí?

Marcus lo puso rápidamente al tanto sobre lo que había sucedido en Penwyck desde que había tenido lugar el secuestro, sobre la llamada de los secuestradores exigiendo que cesaran los contactos con Mojorco y Estados Unidos a cambio del regreso del posible futuro monarca. Mientras su majestad hacía lo posible por ganar tiempo, el Ru se había puesto a seguir la pista del avión secuestrado desde el último lugar en que había sido detectado por radar. Lograron rastrearlo hasta Maria Lupe, en España, pero allí les habían perdido la pista.

—Fue una suerte que te secuestraran con una mujer que estudia para ingresar en el Ru —comentó Marcus—. Pero tú siempre has tenido suerte, ¿no?

Shane pensó que aquello era un tópico a debate. Desde su punto de vista sí había tenido suerte; por lo menos en aquel caso. Y no porque Sara fuera una aspirante a entrar en el Ru, sino porque era Sara.

—¿Sabes qué ha sido de Sara? —preguntó a su hermano—. Necesito hablar con ella.

Marcus se encogió de hombros.

—Supongo que estará con el Ru, contándoles lo que ha pasado. También quieren hablar contigo, por supuesto, pero la reina Marissa ha insistido en verte en cuanto te hayas refrescado un poco. Les he pedido que te trajeran a mi dormitorio para poder verte antes.

Shane suspiró.

—Tenemos tantas cosas de qué hablar... Pero ahora mismo lo que más me gustaría sería poder dormir dos días seguidos.

—No puedes —dijo Marcus—. Estás citado con la reina dentro de veinte minutos, y por lo menos vamos a tardar diez minutos en llegar desde aquí al otro extremo del palacio.

Shane suspiró y señaló su camisa.

—De acuerdo, pero al menos deja que me quite esto.

Marcus rio.

—Ya lo había anticipado —dijo, y señaló con el pulgar hacia una puerta que había a sus espaldas—. Te han puesto en la habitación contigua a la mía, En ella encontraras todo lo que necesitas. Hice unas compras cuando supe que ibas a llegar. Levi’s, Shane —añadió de

inmediato—. Con bragueta de botones. ¿Sabes lo difícil que es encontrar esos pantalones en Penwyck? Pero Amira sabía exactamente dónde ir.

—Sí, hablemos de Amira cuando tengamos oportunidad, ¿de acuerdo? —dijo Shane con una amplia sonrisa.

La sonrisa que le devolvió Marcus fue la de un hombre que hubiera descubierto el mejor tesoro de todos. Y, siendo tan rico como era, debía de tratarse de todo un tesoro.

—Quiero que la conozcas luego —dijo—. Es increíble, Shane. Nunca pensé que llegaría a conocer a una mujer como ella.

La sonrisa de Shane se ensanchó.

—¿Debo ir preparándome para ponerme un esmoquin dentro de poco? —preguntó en broma.

Para su sorpresa, Marcus asintió.

«Dios santo!», pensó Shane. El solo estaba bromeando, porque Marcus nunca había mostrado más inclinación a casarse que él. Pero allí estaba, hablando de su boda como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Hablas en serio? —preguntó—. ¿Te vas a casar?

Marcus volvió a asentir.

—Ya sé que te pone los pelos de punta tener que vestir algo que no sea de tela vaquera, pero lo harás esta vez por mí, ¿verdad, hermanito?

Shane movió la cabeza.

—Sí, sí. Si te hace feliz...

—La que me hace feliz es Amira —dijo Marcus, radiante—. Pero de todos modos apreciaré que te pongas un esmoquin cuando seas mi padrino.

—Por ti, lo que sea, Marcus.

Y Shane esperaba que su hermano hiciera lo mismo cuando llegara el momento de su boda.

«Un momento. Frena el carro», se dijo de inmediato. ¿Su boda? Aquella era una palabra que nunca había esperado oír referida a sí mismo. Sin embargo, él solito se había encargado de pensarla.., y sin ninguna clase de provocación o amenaza por parte de nadie. Asombroso. Y lo más asombroso era que, aunque solo hacía una semana habría huido aterrorizado ante la mera sugerencia, en aquel momento no le parecía tan terrible. De hecho...

« ¡Frena el carro!».

—¿Shane?

Shane se dio cuenta de que su hermano le había estado hablando sin que él se enterara de nada.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Has dicho algo?

Marcus rio, pero había cierta ansiedad en su risa.

—Supongo que sufrir un secuestro hace que uno se vuelva distraído durante una temporada. He dicho que estaría bien que te cambiaras de ropa antes de ir a ver a la reina. Ponte el traje que te he comprado y reserva los vaqueros para luego. En este país se deben seguir ciertas reglas, y uno no lleva vaqueros para ir a ver a la reina.

Reglas, pensó Shane. Se preguntó si aquel sería el motivo por el que Sara se había mostrado reacia a que pudieran mantener una relación. Su refinamiento sugería que había crecido entre las clases privilegiadas, y lo más probable era que aún disfrutara pisando aquellos altos escalones de la sociedad. Y él había hablado muy claro sobre su existencia de clase obrera. Sin embargo, Sara no parecía la clase de mujer que dejaría que algo tan superficial como aquello se interpusiera en su camino. Pero él tampoco le había dado motivos para ponerse a prueba.

Tenía demasiadas cosas en qué pensar y muy poco tiempo para hacerlo, ese era el problema. Apartó de su mente todo pensamiento sobre Sara, prometiéndose meditar sobre todo ello más tarde, cuando estuviera solo.

—Sí, estoy listo para ver a la reina —contestó—. Dame cinco minutos.

La sala de recepción de la reina estaba en consonancia con el resto del palacio; lujo, opulencia, suntuosidad, extravagancia... Sin embargo, Shane pensó enseguida que la reina era una mujer que no se andaba con zarandajas. No parecía tener más de cincuenta o cincuenta y cinco años, era de estatura media y delgada. Tenía unos penetrantes ojos azules que parecían ver a través de las personas y llevaba su pelo oscuro cuidadosamente recogido en un moño. Vestía un traje de falda azul marino con un discreto alfiler de oro sujeto a la solapa, unos zarcillos de oro a juego y zapatos lisos, también de color azul marino.

Era casi como si no quisiera levantar la más mínima polémica con su vestimenta, pensó Shane. Y lo conseguía.

Estaba de pie junto a un elegante escritorio de madera, flanqueada por un grupo de personas con aspecto de ser bastante importantes.

—Por fin nos conocemos, señor Cordello —la reina Márissa sonrió cálidamente mientras se acercaba a Shane.

El permaneció donde estaba, pero hizo una reverencia cuando la reina estuvo más cerca, como su hermano le había indicado. También le había dicho que debía esperar a ver si ella extendía su mano. Así fue, y Shane la estrechó, aunque el contacto fue muy breve. Luego, la reina señaló un sofá de cuero junto a la chimenea.

—Siéntese, por favor. Con su hermano —Marcus se sentó con Shane en el sofá—. Estoy deseando que me ponga al tanto de sus

experiencias con los Caballeros Negros —continuó la reina—, pero sé que el Ru insistirá en hablar con usted primero.

Alzó una mano con dos dedos ligeramente extendidos y al instante fue rodeada por un cuarteto de hombres vestidos con una variedad de trajes de negocios y uniformes militares. Se situaron junto a la reina como si estuvieran dispuestos a protegerla con sus vidas, incluso en sus dominios privados. La reina Marissa no pareció notar su llegada, ni siquiera se volvió para ver si estaban allí; era como diera por hecho que así sería. Y, por supuesto, estaban.

—De hecho, me gustaría presentarle a alguno de los miembros más importantes del Royal Elite Team —continuó la reina—, que querrán estar presentes durante su entrevista con el Ru. Almirante Monteque, coronel Prescott, sir Selwym Estabon y sir Carson Logan.

Cada uno de los hombres asintió en dirección a Shane a modo de saludo, pero este estaba tan nervioso que olvidó de inmediato quién era quién, de manera que los saludó en grupo.

—Hola.

Aquella única palabra fue todo el impulso que necesitaron para ponerse de inmediato a hacerle preguntas al unísono sobre el secuestro, preguntas a las que Shane esperaba responder durante su entrevista con el Ru.

—¡Caballeros! —dijo la reina a la vez que volvía a alzar la mano, y las preguntas cesaron al instante—. Ya tendrán tiempo de hablar con el señor Cordello más adelante. Ahora mismo soy yo la que desea hablar con él.

Pero, en lugar de hablar, la reina se limitó a mirarlo atentamente, primero sus ojos, luego su nariz, luego su boca y de vuelta a los ojos. Parecía buscar algo específico en su semblante, y Shane no supo qué hacer excepto quedarse quieto y permitirle hacerlo. Después, la reina sometió a Marcus al mismo escrutinio.

—Está claro que sois hermanos —dijo finalmente—. Vuestro parecido es notable. Sin embargo, no veo en vuestros rasgos ninguna herencia de Penwyck —suspiró y su expresión se suavizó—. Pero puede que eso se deba a que no quiero verla. La posibilidad de que seáis mis hijos y de que esta sea la primera vez que os veo… —su voz se apagó—. Me cuesta aceptar que pueda ser verdad. Mis hijos… —se interrumpió de nuevo y movió la cabeza como si aquella hubiera sido una observación demasiado personal—. Practicaremos las pruebas de ADN lo antes posible. Ese será el factor decisivo.

—Si le sirve de ayuda, Majestad —dijo Shane—, yo tampoco creo que seamos sus hijos. Presiento que no lo somos —tras una pausa, añadió—: No pretendo resultar ofensivo, señora.

La reina sonrió.

—Le aseguro que no me siento ofendida.

Shane abrió la boca para decir algo más, aunque lo cierto era que no sabía qué decir para que la situación resultara menos incómoda, pero entonces, sin previa advertencia, se abrió la puerta y entró una atractiva mujer de unos veinticinco años. Se parecía mucho a la reina, aunque sus ojos eran verdes en lugar de azules, y estaba embarazada.

También parecía claramente alterada por algo y, juzgando por las ansiosas miradas que lanzó a los presentes, estaba claro que le habría gustado encontrar menos gente reunida en las habitaciones de su madre.

—Es la princesa Megan —susurró Marcus a Shane. Por un momento, la princesa Megan permaneció en silencio junto a la puerta, sujetándola con expresión asustada.

—¡Mamá! —exclamó finalmente—. ¡Debes venir enseguida! ¡Papá ha recuperado la conciencia! ¡Está saliendo del coma! ¡Se va a poner bien!

Capítulo Once

Shane estaba sentado en su habitación, más taciturno que nunca, preguntándose qué iba a pasar. Cuando la princesa Megan se había presentado con la noticia de que el rey estaba saliendo del coma, todo el mundo se había puesto a hablar a la vez y él no había logrado entender nada de lo que decían.

Cosa que había dado igual porque, un momento después, a nadie pareció interesarle demasiado su presencia. La reina Marissa se excusó gentilmente, le dijo que hablarían más tarde y luego salió con su séquito de la sala.

Marcus y Shane se retiraron a la habitación de este último y estuvieron hablando de todo lo que había pasado. Entretanto, la princesa Megan los informó de que el rey estaba consciente, aunque aún se sentía un poco desorientado. El médico real opinaba que se recuperaría por completo, aunque sería un largo proceso. Pero, desafortunadamente, no volvería a estar en condiciones de dirigir el país, y tendría que tomar una rápida decisión respecto a su sucesión. La princesa los informó de que las pruebas de ADN tendrían lugar al día siguiente.

Sin embargo, Shane y Marcus no pasaron la tarde hablando sobre su posible futuro como reyes de Penwyck. Ambos estaban preocupados por una asunto mucho más acuciante: las mujeres.

—Tienes que decírselo —Marcus miró a su hermano—. Tienes que decirle a Sara lo que sientes.

—¿Pero qué debo decirle? —preguntó Shane, agobiado—. No se lo qué siento.

Marcus sonrió.

—Claro que lo sabes.

—No lo sé.

Marcus suspiró.

—Son cuatro letras y dos sílabas. Y rima con calor, ardor...

Shane tragó con dificultad.

—¿Pero cómo puedo saber si la... si la amo? Puede que solo fueran las circunstancias, ¿no crees? ¿Cómo puedo estar seguro de que es amor?

La sonrisa de Marcus se ensanchó.

—Lo sabes —fue todo lo que dijo.

Shane abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla. Porque en aquel momento, muy dentro de sí, supo la verdad. Supo que Sara no se parecía a ninguna de las mujeres que había conocido en su vida, y también que él había reaccionado de una forma completamente distinta a como solía hacerlo. Y que había empezado a reaccionar así

antes de que los secuestraran. De hecho, había sucedido nada más conocerla, y su reacción no había hecho más que crecer desde aquel momento. Era posible que las circunstancias hubieran acelerado el proceso, pero incluso si todo hubiera ido como se esperaba, él seguiría sintiendo lo mismo por Sara. Eso lo sabía con certeza. Y lo que más deseaba en aquellos momentos era estar con ella.

De manera que ¿por qué no estaba con ella?

—Puedo pedirle a Amira sus señas —dijo Marcus, como si hubiera leído su mente

—Ella sabrá dónde localizar a Sara.

Shane miró su reloj. Ni siquiera era la hora de comer. Si se iba enseguida, Sara y él podrían ir a algún sitio a hablar. O mejor aún, quedarse y hablar. Le daba lo mismo mientras pudieran hablar Mientras pudieran estar juntos. Mientras pudieran seguir así el resto de sus vidas.

Asintió.

—Sí. Me gustaría verla. Hablar con ella. Gracias hermano —dijo— Te debo una.

Marcus negó con la cabeza.

—Se la debes a Amira. Y lo único que te pedirá ella es que no hagas un brindis detestable el día de nuestra boda.

Shane rio.

—Trato hecho. Pero solo si tú me devuelves el favor en mi boda.

Sara estaba bajando las escaleras que daban al vestíbulo de la casa de su madre cuando oyó que un coche se detenía ante la entrada. Devon y sus padres ya debían estar allí. Su madre aún no estaba vestida, de manera que tendría que recibirlos personalmente. Los maldijo en silencio por haber llegado tan pronto y también maldijo su vestido mientras se detenía ante un espejo para tirar hacia arriba del corpiño que amenazaba con caer demasiado abajo. También maldijo al diseñador.

Y, de paso, maldijo todas las cenas de compromiso. Había olvidado que su madre había organizado aquella para celebrar su inesperado viaje de vuelta a casa. Había tratado de convencerla para que la cancelara, pero su madre se había negado. Solo serían cinco personas, le había recordado. Desafortunadamente, entre aquellas cinco personas estaría Devon Trent, un antiguo compañero de colegio de Sara que, según su madre, sería un marido muy adecuado para ella.

Había insistido en que era más importante que nunca que celebraran aquella reunión, porque así celebrarían que hubiera regresado sana y salva de su secuestro y ella se sentiría más animada tras aquellas desgraciadas experiencias.

«Desgraciadas experiencias», pensó Sara de nuevo mientras

luchaba con su vestido de seda azul sin mangas. Ojalá todas sus experiencias de los últimos días hubieran sido desgraciadas... Pero lo cierto era que aquellas experiencias le habían dado la posibilidad de estar con Shane, de madurar y cambiar para mejor. Había aprendido mucho sobre sí misma durante aquellos días y, por primera vez en su vida, había sabido lo que era estar enamorada.

Porque, por mucho que hubiera querido negarlo desde que había despertado aquella mañana junto a Shane, ya sabía sin ningún género de dudas que se había enamorado de él. No estaba segura de cuándo o cómo había sucedido, pero así había sido. La pragmática y razonable Sara Wallington se había enamorado a primera vista.

No, no a primera vista, se corrigió de inmediato. Se había sentido atraída por Shane desde el principio, desde luego, pero solo tras conocerlo, tras conocer un poco su personalidad, su irónico sentido del humor, tras ver cómo había reaccionado ante el peligro y percibir su ternura, había empezado a sentir algo por él. Y lo que había sentido había alcanzado su punto álgido la noche anterior, cuando habían hecho el amor.

Estaba enamorada de Shane Cordello. Y lo estaba a pesar de saber que no era un hombre dispuesto a mantener una relación durante mucho tiempo.

«Pero no llores», se dijo. «Recordarás lo sucedido con nostalgia y anhelo. Pero la vida, sigue. Hay muchas cosas que hacer. Tendrás tu profesión. Probablemente. Cuando el almirante Monteque te perdone por haber fastidiado tu primera misión y te saque del departamento de correos del Ru, que es donde probablemente te envíen a ejercer tu carrera, si es que alguna vez llegas a ejercerla. Puede que en cincuenta años te asciendan».

Suspiró y echó un último vistazo a su imagen en el espejo. Se había vestido formalmente, como exigía su madre para aquellas circunstancias. Por encima del costoso vestido de seda azul, una gargantilla de diamantes rodeaba su cuello. Llevaba el pelo sujeto en un moño francés, y había hecho lo posible con el maquillaje para ocultar su ojeras.

El timbre volvió a sonar y fue a abrir.

—No seas tan impaciente, Devon —dijo mientras lo hacía.

Pero con quien se encontró al otro lado de la puerta fue con Shane Cordello.

Parecía casando y el traje oscuro y la corbata que vestía resultaban un tanto incongruentes en él. El nudo de la corbata estaba medio deshecho, la camisa estaba mal abotonada y daba la sensación de que había dormido con la chaqueta puesta. Sara no pudo evitar sonreír mientras lo miraba. ¿Por qué habría ido allí? ¿Acaso trataba de

impresionarla?

—¿Quién diablos es Devon? —preguntó Shane a modo de saludo —. ¿Y por qué iba a estar impaciente?

Sara notó entonces que, además de no sonreír, parecía muy irritado. ¿Y era petulancia lo que había notado en su voz al mencionar al otro hombre? Qué intrigante...

—Hola, Shane. Yo también me alegro de verte. El frunció el ceño.

—Lo he dicho en serio. ¿Quién es el tal Devon? —de pronto pareció fijarse en el atuendo de Sara y su expresión se relajó—. Vaya. Estás preciosa. Pareces...

—¿Qué?

Shane sonrió, pero sin humor.

—Pareces una princesa —dijo con tristeza, aunque Sara no entendía por qué lo hacía infeliz aquello—. ¿Interrumpo algo?

—Sí —dijo Sara—. Has interrumpido lo que prometía ser una tarde muy aburrida. Pasa, por favor.

Apenas podía creer que Shane estuviera allí. De hecho, no esperaba volver a verlo. Según la habían informado, tenía organizado cada minuto de su estancia en Penwyck, y si las pruebas de ADN daban un resultado positivo, toda su vida estaría organizada hasta el último minuto. Y aquellos minutos no incluirían a nadie que no perteneciera a la Familia Real.

Se había permitido esperar que la telefoneara, pero no se había permitido soñar. A pesar de lo que hubiera pasado entre ellos, Shane Cordello no era la clase de hombre que perseguía a una mujer. Sobre todo a una mujer que conocía hacía poco tiempo. Sobre todo a una mujer a la que no le había hecho promesas.

Pero sí había corrido tras ella, comprendió en aquel momento. De hecho estaba allí, en el vestíbulo de la casa de su madre, con la mirada... Bueno, su mirada ya no estaba fija en ella. Estaba vagando por el vestíbulo, por la larga escalera circular que había tras ella, por el salón que había a la derecha y la sala de música a la izquierda. No lograba imaginar en qué estaría pensando.

—Bonita casa —dijo.

Oh. Así que estaba pensando en aquello.

—Realmente bonita —insistió—. Me recuerda al palacio, solo que en grande.

—En realidad no —dijo Sara—. Tienen más o menos el mismo tamaño.

—Ah.

—Originalmente, el palacio de Marlestone solo iba a ser la casa de verano de la Familia Real. Esta ha sido la casa de mi familia durante trescientos años.

—Ah.

Y por algún motivo, con aquel sonido suavemente murmurado, Shane pareció pasar del enfado a la desmoralización más absoluta.

—Sucede algo malo, Shane? —preguntó Sara.

El volvió a fijarse en su atuendo y centró la mirada en la gargantilla. Alzó una mano y deslizó un dedo por los diamantes. Sara cerró los ojos y deseó que bajara la mano un poco, que acariciara la piel desnuda de su garganta, de su cuello... Pero Shane retiró la mano enseguida, y cuando ella abrió los ojos vio que estaba contemplando de nuevo el suntuoso mobiliario de la casa. De manera que siguió su mirada, tratando de ver lo que la rodeaba con los ojos de alguien de fuera, y al hacerlo se dio cuenta de lo ampuloso y excesivo que resultaba. Su madre debería donar parte del mobiliario y las obras de arte al Royal Museum. Lo único que estaban haciendo allí era llenarse de polvo.

—Shane? —dijo, volviendo su atención hacia él.

—Tú... supongo que creciste aquí, ¿no?

Sara asintió.

—Debe de gustarte vivir de esta forma.

—La verdad es que nunca he pensado demasiado en ello.

—No, supongo que no. Imagino que siempre lo has dado por sentado.

—Bueno, yo tampoco diría eso.

Shane aún seguía en el umbral de la puerta, y parecía que estaba a punto de darse la vuelta para marcharse, de manera que Sara hizo lo único que se le ocurrió; lo tomó por las solapas, tiró de él para hacerlo entrar, cerró la puerta, lo apoyó contra ella y...

Lo besó con toda su alma.

Normalmente, Sara nunca habría sido tan lanzada. Pero tampoco se enamoraba todos los días de un hombre al que temía no volver a ver en su vida. De manera que supuso que su comportamiento podía ser excusado por una vez.

Pero a él no pareció preocuparlo, porque respondió rodeándola de inmediato por la cintura con los brazos y prácticamente devorándola. La besó como si llevara meses sin verla, y Sara disfruto de su evidente deseo por ella.

—¿Significa esto que me has echado de menos? —preguntó él entre besos.

—Sí, desesperadamente —contestó ella, sin aliento. Shane volvió a besarla.

—Pero solo han pasado unas horas desde la última vez que nos hemos visto.

—Y han sido un infierno —murmuró ella contra sus labios.

—Es cierto. Un infierno.

Sus palabras dieron paso a nuevos y apasionados besos y abrazos. De algún modo, Sara logró fijarse en el sonido de un coche que se detenía ante la casa y se apartó de Shane.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Entre otras cosas.

Sara sonrió.

—Mi madre espera invitados.

—Sí, al impaciente Devon. Aún no me has dicho quién es ni por qué está impaciente.

—¿Celoso? —preguntó Sara, juguetona.

—Desde luego que sí.

—Pues no tienes por qué estarlo. Tú eres el único para mí.

La expresión de alivio de Shane fue tan intensa que Sara no pudo evitar una sonrisa. ¿De verdad había pensado que podía querer a otro? Menuda tontería...

—Vamos arriba —dijo.

Y, sin esperar respuesta, tomó a Shane de la mano y prácticamente lo arrastró hacia su dormitorio. Al pasar junto a la habitación de su madre llamó a la puerta y dijo que iba a echarse un rato porque le dolía la cabeza y que bajaría a recibir a los invitados en media hora.

En cuanto estuvieron en su dormitorio, cerró la puerta, rodeó a Shane con los brazos y lo besó. Profundamente. Licenciosamente. Apasionadamente.

Sin perder el tiempo con palabras, Shane tomó su barbilla con una mano y le hizo abrir más la boca para penetrarla con su lengua. Luego, tiró hacia abajo del corpiño del vestido, liberó ante su vista los deliciosos pechos de Sara y abarcó uno de ellos en su mano. Impaciente, sin dejar de besarla, lo presionó con delicadeza, lo acarició. Luego, apartó su boca de la de ella y la besó en la garganta, en el cuello, en el hombro, antes de bajar la cabeza y tomar en su boca la erecta cima de uno de sus pechos.

Sara entrelazó los dedos con su pelo y lo presionó contra sí cuando empezó a lamerla, a mordisquearla.

—Creía... que íbamos a hablar —dijo, jadeante.

—Las acciones dicen más que las palabras —dijo Shane con voz ronca—, y ahora mismo estoy gritando con todas mis fuerzas.

Así era, pensó Sara, ¿y qué podía hacer ella excepto escucharlo?

Cuando Shane se irguió para volver a besarla, ella comenzó a desvestirlo. Empezó por la corbata, luego pasó a la chaqueta y la camisa y a continuación se centró en el cinturón y en la bragueta.

Y nunca en su vida se había sentido mejor que en aquellos momentos, desnudando a un hombre. Porque no era cualquier hombre

al que estaba desnudando. Era el hombre que necesitaba, el hombre al que amaba.

Finalmente, tiró hacia abajo de los pantalones y los calzoncillos de Shane y los deslizó por sus duras nalgas, por sus caderas, por sus esbeltos y fuertes muslos, arrodillándose ante él para poder retirarlos de sus tobillos. Cuando empezaba a levantarse, su mejilla rozó el rígido miembro de Shane e, impulsivamente, lo besó. El contuvo el aliento ante su gesto, y cuando ella entendió por qué, volvió la cabeza y deslizó la punta de la lengua a lo largo de toda su longitud. Luego, abrió la boca y lo tomó de lleno en ella.

—Oh, Sara… —susurró Shane mientras ella lo tomaba por los muslos y movía la cabeza hacia delante para que penetrara en su boca hasta el fondo. Un nuevo sonido escapó de la garganta de Shane, un sonido casi salvaje, incontrolado, y Sara se deleitó descubriendo el poder que podía ejercer sobre él. Le dio placer oral largo rato, y solo se detuvo cuando sintió que la tomaba por los hombros y la animaba silenciosamente a levantarse.

Después, sin decir nada, la hizo caminar de espaldas a la cama. Cuando Sara se volvió y se inclinó para apartar la colcha, él la sorprendió por detrás subiéndole la falda hasta las caderas y prácticamente arrancándole las braguitas. Después, sin previa advertencia, la sujetó por las caderas y la penetró profundamente por detrás. Sara dio un gritito ahogado y trató de erguirse, pero el apoyó una mano sobre su espalda y la presionó con firme delicadeza para que siguiera inclinada.

Obediente, Sara apoyó los brazos en la cama y separó más las piernas. Shane apoyó de nuevo las manos en sus caderas y la atrajo hacia sí, profundizando aún más su penetración. Luego, deslizó un dedo entre sus nalgas, las entreabrió ligeramente y

comenzó a acariciarla en el centro, moviéndolo en delicados círculos a la vez que la presionaba. Sara contuvo el aliento ante la intimidad del gesto y comenzó a mover sus caderas sinuosamente, buscando una penetración aún más profunda.

Shane la penetró una y otra vez, y la fricción hizo descubrir a Sara placeres que nunca habría imaginado posibles. Cuando sentía que estaba a punto de perder el control, Shane se retiró, la hizo darse la vuelta y la besó en los labios a la vez que la hacía tumbarse de espaldas sobre la cama. Sus piernas quedaron colgando a los lados del colchón. Shane le hizo alzarlas y rodearlo por la cintura con los tobillos. Luego, la penetró una vez más y tuvo que cerrar los ojos ante las sensaciones que se apoderaron de él. Sara pensó que aquellas sensaciones debían de parecerse mucho a las que ella estaba experimentando. Estiró los brazos por encima de su cabeza y dejó que las oleadas de placer recorrieran libremente su cuerpo mientras el

ritmo de las penetraciones de Shane aumentaba.

Con un fuerte empujón final, Shane echó la cabeza atrás y alcanzó en un prolongado gemido su culminación. Unos instantes después Sara lo seguía. Por unos instantes pareció que el tiempo se detenía, absorbiéndolos a ambos en un clímax perfecto, eterno. Y entonces aquel momento pasó y Sara volvió lentamente a tierra. Shane se dejó caer en la cama junto a ella y, de algún modo, entre ambos lograron cubrirse con la colcha.

Permanecieron fuertemente abrazados, como si temieran soltarse.

Cuando recuperó el aliento, Sara dijo: —Supongo que debería llevarte abajo a presentarte a mi madre.

Shane dejó escapar una ronca risa.

—Preferiría conocer al tal Devon. Aún no me has dicho quién diablos es.

—Es el hombre con el que mi madre querría que me casara.

Shane dejó de sonreír.

—En ese caso, preséntame a tu madre. Y también a Devon. ¿Crees que se fijarán si no me pongo los calzoncillos?

—Sería toda una declaración, ¿no?

—Desde luego que sí.

Sara se acurrucó contra Shane y deseó con todo su corazón que pudiera ver cuánto lo amaba sin necesidad de poner voz a las palabras, porque no estaba segura de poder decirlas todavía.

Pero Shane cambió de tema, aunque no parecía especialmente interesado en hacerlo.

—Supongo que te has enterado de lo del rey Morgan, ¿no? —preguntó.

—Las noticias se difunden con rapidez en Penwyck. Es estupendo saber que Su majestad se va a poner bien.

—Pero no podrá seguir gobernando.

Sara asintió.

—No, pero al menos Broderick tendrá que cerrar el pico. ¿Sabías que se rumorea que él es la cabeza de los Caballeros Negros? Aún no hay pruebas, desde luego, pero hay quienes piensan que lleva años en ello.

—¿Y qué pasará si averiguan que es verdad?

—Supongo que el RET tendrá mucho que decir al respecto. Al menos ahora no podrá suceder al rey.

—Pero el rey tendrá que nombrar su sucesor

—dijo Shane.

Sara percibió la ansiedad de su voz.

—Temes que tengan razón y que tú y tu hermano seáis los

herederos perdidos.

Shane asintió.

—No dejo de decirme que es imposible, que de ninguna forma podría ser de... sangre real —concluyó en tono melodramático— Pero mientras exista la posibilidad...

—¿Qué harás si resulta que sois los herederos?

—No lo se. Lo cierto es que no lo sé.

Sara deseó poder decirle algo para tranquilizarlo, pero se limitó a mirarlo en silencio mientras él permanecía pensativo.

—Pero hay una cosa que sí sé —dijo Shane finalmente.

—¿Qué?

El dudó un momento.

—Sé que quiero que estés conmigo, pase lo que pase.

Sara sonrió.

—Por supuesto que estaré contigo cuando te den el resultado de las pruebas de ADN, Shane. Para eso están los amigos.

El negó con la cabeza.

—No me refiero a eso. Por supuesto que quiero que estés conmigo cuando averigüe la verdad, pero...

—¿Qué? —preguntó Sara, sin aliento, aunque no sabía por qué.

—También quiero que estés conmigo después. Quiero...

—¿Qué?

—Que estés conmigo... para siempre. Y no corno amiga. Bueno, no solo como amiga —añadió Shane rápidamente.

Sara entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... ¿Te ves a ti misma pasando la vida con un tipo que no sea noble?

Sara sonrió.

—Tú eres noble, Shane. Que seas príncipe no tiene nada que ver con ello.

—Me refiero a si podrías estar con un tipo normal y corriente.

Sara negó con la cabeza.

—No, me temo que no.

Shane pareció conmocionado por su respuesta.

—No —repitió Sara—. Lo siento, pero preferiría a alguien como tú.

Shane parecía perplejo.

—¿Pero qué...?

Sara rio, ya convencida de que los dos estaban en la misma longitud de onda.

—No quiero un tipo normal y corriente, Shane. Quiero a alguien especial. Te quiero a ti.

Shane pareció meditar sobre aquello un momento y luego, lentamente, empezó a sonreír.

—Oh. De acuerdo —volvió a ponerse serio—. ¿Pero qué pasará si acabo siendo rey?

—En ese caso serás un hombre especial que se pone corona para determinadas situaciones —contestó Sara, que se irguió sobre los codos para mirarlos a los ojos y decir lo que tenía que decir—. No me importa a qué te dediques, Shane, si diriges un país o si te dedicas a clavar clavos en un trozo de madera. Lo que me importa es quién eres. Y eres… —sonrió—. Extraordinario.

Shane sonrió, obviamente aliviado.

—¿Eso es todo?

—No. También eres el hombre que quiero.

Shane apoyó una mano en la mejilla de Sara y le dedicó una mirada cargada de amor y promesas.

—Yo también te quiero, Sara —dijo, solemne—. Así que ¿qué dices? ¿Te casarás conmigo?

—¿Y ser tu reina?

Shane asintió.

—La verdad es que mi reino no da para mucho. Lo más probable es que haya perdido mi trabajo, y tampoco creo que haya muchas posibilidades de que acabe siendo el futuro rey de Penwyck, así que mis dominios se limitan a un apartamento de una habitación en Malibú, y un Jeep Cherokee. También tengo una estupenda tabla de surf. Hay personas que ocupan cargos muy importantes que serían capaces de matar por ella.

Sara rio.

—Protegerla será mi primera misión cuando empiece a trabajar para California Security Sistem.

Shane frunció el ceño, preocupado.

—Creía que tenías un trabajo esperándote con el Ru. Y ahora que lo pienso, eso va a significar que vas a tener que hacer todo un viaje diario si quieres ser mi reina y comonarca.

Sara negó con la cabeza.

—Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que mi futuro en el Ru está un tanto comprometido. Además, después del interrogatorio al que he sido sometida esta tarde sobre nuestra aventura con los Caballeros Negros, creo que puedo asegurar que ya no tengo deseos de trabajar para ellos. Prefiero aceptar un trabajo que me ofreció a principios de año una de mis profesoras. Necesita a alguien dispuesto a trabajar en Los Ángeles y especializado en contraterrorismo, que, casualmente, es mi especialidad.

Shane asintió.

—Así que tú serás la reina de los contraterroristas y yo el rey de los desempleados.

Sara rio.

—Parecemos una pareja hecha en el Cielo.

—O, como mínimo, una pareja hecha en Penwyck —Shane volvió a estrechar a Sara entre sus brazos y la besó ardientemente—. Te quiero, Sara Wallington —dijo cuando se apartó—, y no me importa lo que acabes siendo.

—Y yo te quiero a ti, Shane Cordello, y tampoco me importa lo que acabes siendo.

Y mientras se besaban para sellar el trato, ambos supieron que aquello era lo único que realmente importaba.

Fin